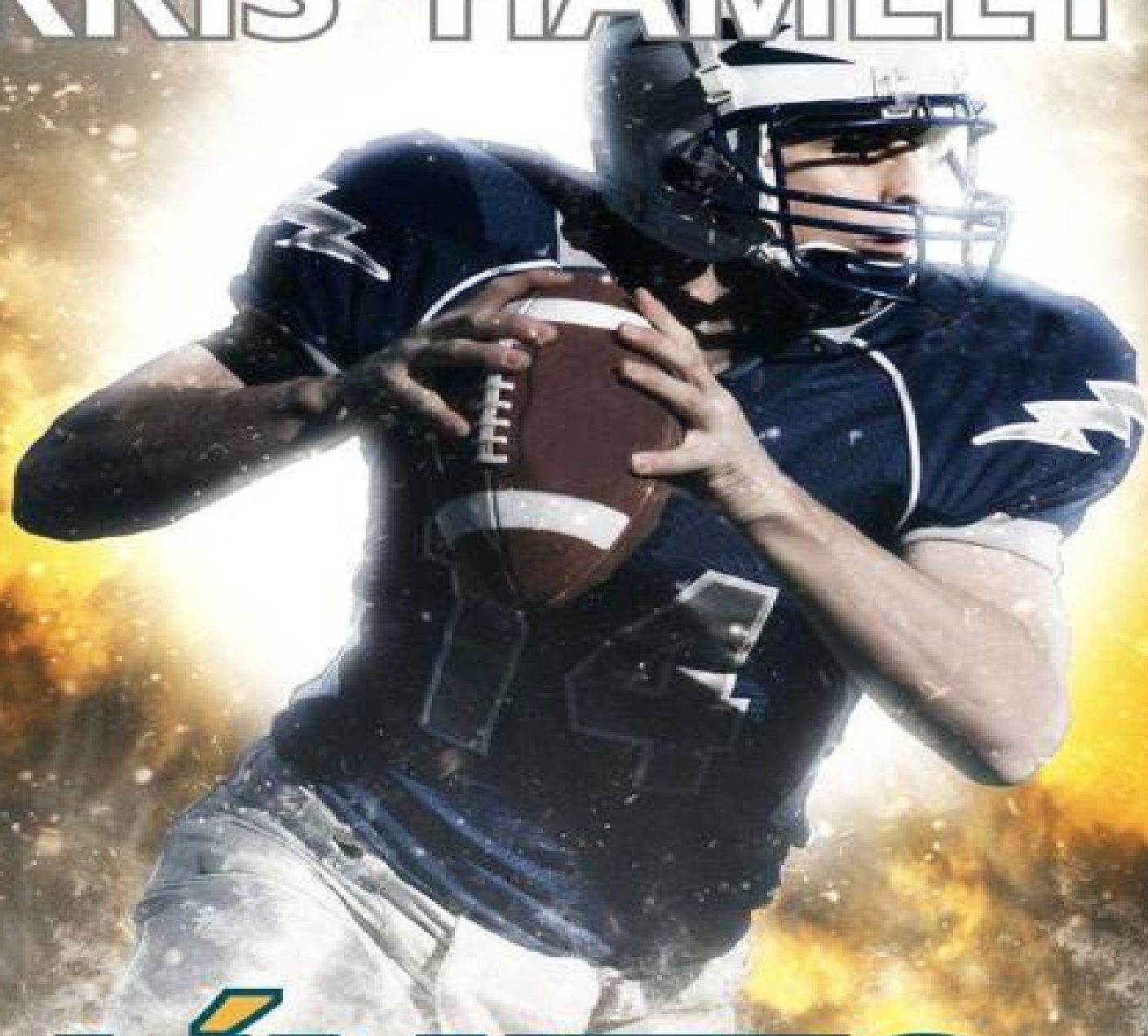


KRIS HAMLET



LÍMITES

Cruelles



Límites crueles

Kris Hamlet

Derechos de autor © 2024 Kris Hamlet

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

A los que creen en el amor que nace inesperado, crece prepotente, prospera ardiente

Contenido

Página del título	
Derechos de autor	
Dedicatoria	
PRÓLOGO	
1. SAVANNAH	
2. HUNTER	
3. SAVANNAH	
4. HUNTER	
5. SAVANNAH	
6. HUNTER	
7. SAVANNAH	
8. HUNTER	
9. SAVANNAH	
10. HUNTER	
11. SAVANNAH	
12. HUNTER	
13. SAVANNAH	
14. HUNTER	
15. SAVANNAH	
16. HUNTER	
17. SAVANNAH	
18. HUNTER	
19. HUNTER	
20. SAVANNAH	
21. HUNTER	
22. SAVANNAH	
23. HUNTER	
24. SAVANNAH	
25. HUNTER	
26. SAVANNAH	
27. SAVANNAH	
28. SAVANNAH	
29. HUNTER	
30. SAVANNAH	
31. HUNTER	
32. SAVANNAH	
EPÍLOGO	
Agradecimientos	

PRÓLOGO

Mi vida apesta.

Pensé que venir a la universidad resolvería al menos la mitad de mis problemas, pero evidentemente me equivocaba.

Estudiar es agotador, compaginar mi papel en el campo de fútbol y ser un playboy en el campus requiere mucho esfuerzo.

Afortunadamente, existen los entrenamientos para mantenerme con la cabeza sobre los hombros y los ojos en el único y verdadero objetivo.

La NFL.

La National Football League, la mayor liga profesional de fútbol americano del mundo.

El único sueño que tuve de niño y que nunca se ha ido a la mierda. *A diferencia de los demás.*

No. No puedo permitirme pensar en eso ahora que mi equipo acaba de ser derrotado por los *Blue Streaks*, perdiendo así su última oportunidad de pasar a las eliminatorias.

Me cuesta mucho admitirlo, pero ese imbécil de Nick Moore es un quarterback imparable y arrastró a su equipo a la victoria como un auténtico líder.

Un gemido ahogado capta mi atención, miro a mi alrededor, pero entre la música a todo volumen, las luces tenues y todo el alcohol que he ingerido, estoy demasiado perdido para preocuparme por cualquiera que esté en esta habitación conmigo.

Nuestra defensa la cagó estrepitosamente. Sí, si Nick Moore consiguió destrozar a nuestro equipo cerrando el partido con doce puntos de ventaja, también es porque nuestra línea defensiva tiene más agujeros que un colador.

Tengo un año más para demostrar mis habilidades y ser seleccionado en el draft como *escolta ofensivo* de uno de los grandes equipos, lo que significa que en el próximo curso tendré que trabajar el doble y sudar el triple si quiero llevar a mi equipo al éxito y tener una oportunidad real.

Mi mente vuelve a las imágenes del partido mientras bebo otro sorbo de mi cóctel demasiado azucarado. Después de los chupitos de tequila y los tres vasos de ponche barato, necesitaba algo que endulzara el amargor que aún tenía en la boca, pero no creo que esta bebida de piña sea para mí.

Devuelvo la mirada al televisor encendido con la grabación del partido, y en mi estado de letargo caigo en cuenta de que tengo una media erección, a pesar de mi baja moral. Quizá debería buscarme una conejita futbolera y follármela para olvidar todos mis fracasos, en lugar de ver la película por quinta vez.

—Ya vas a llegar —maúlla la voz de mi conciencia y... un momento.

¿Por qué maúlla la voz de mi conciencia? Y, sobre todo, ¿por qué es femenina?

—¿Pero qué...?

—Oh, Hunter, había oído que estabas bien equipado, pero no *lo creía*.

Bajo la mirada entre mis rodillas y, que me jodan, me encuentro a una rubiecita con dos tetas de infarto allí arrodillada.

—¿Quién eres? —le pregunto, luego miro a mi alrededor y me doy cuenta de que estoy en mi habitación, en el piso que comparto con tres de mis compañeros. *¿Cómo he llegado hasta aquí?*

Suelta una risita aguda, pero no responde a la pregunta, solo me mira lascivamente y sonríe.

—No importa quién soy, sino lo que voy a hacerte —dice un momento antes de volver a acercar su boca a mi erección. *Y, joder, lo hace muy bien.*

—¿Y los demás? —murmuro.

La chica se aparta casi sin querer.

—Todos siguen abajo, la fiesta sigue, solo falta el gran final.

¿Qué gran final?

Sacudo la cabeza, pero mi visión se divide y creo que he bebido demasiado.

—¿Por qué estás en mi habitación?

—Por diversión, ¿no?

—Ninguna chica sube, esas son las reglas —no recuerdo cómo llegamos aquí, pero nunca pude olvidar los puntos básicos de las reglas de esta casa.

Ninguna conejita en el primer piso. Nunca. Sin excepciones.

—Bueno, ahora estamos aquí, ¿no?

Tiene suerte de que no tenga ni la voluntad -ni la fuerza- de oponerme.

—En cuanto acabemos, te irás sin llamar la atención, ¿entendido? —murmuro, apoyando la nuca en el respaldo de la silla.

—Oh, no te preocupes, solo quiero llamar la atención de alguien —se ríe entre dientes.

Si se trata de una broma, no estoy lo bastante lúcido para entenderla. Cuando vuelve a metérmela en la boca, pierdo todo interés en hacerlo. *Maldita sea, esta chica tiene un problema serio.*

Cierro los ojos y me dejo llevar por el momento, olvidando los dramas, los fracasos, el mal partido y al imbécil de Moore.

—Hijo de puta.

Mierda, todo lo que necesitábamos eran alucinaciones auditivas.

—Te voy a matar, imbécil —la voz de Nick parece acercarse rápidamente, y abro los ojos de par en par, encontrándome con un quarterback de aspecto homicida frente a mí.

Aprieto los párpados y sacudo la cabeza, pero cuando no desaparece, me doy cuenta de que el capitán de los *Blue Streaks* es real y está delante de mí... y yo con los pantalones aún bajados.

—¿Qué coño haces en mi casa?

—He venido a ver por mí mismo si estabas dispuesto a renunciar a caminar sobre tus piernas solo por *follártela*.

—¿A quién? —pregunto confuso.

—A mi novia, imbécil —con un gesto de la barbilla señala a la chica que hasta hacía unos momentos me la estaba chupando como una profesional y que ahora está de pie en medio de la habitación con expresión de suficiencia. *¡Qué zorra!*

Solo tengo tiempo de darme cuenta de que he sido un medio para un fin, pero Moore ni siquiera me da la oportunidad de defenderme y lo último que veo es su puño acercándose a mí con una velocidad devastadora.

—La próxima vez que toques algo mío, te mataré.

Es lo último que oigo antes de que todo se vuelva negro.

1. SAVANNAH

Seis meses después

Me tiemblan las piernas, me sudan las axilas y las náuseas no se calman.

Es mi primer día en la universidad y estoy más nerviosa que cuando empecé el instituto.

No me gusta ser el centro de atención, pero sé que hoy será inevitable, y ni respirar ayuda a calmar la ansiedad.

Me miro al espejo por enésima vez y decido armarme de valor antes de que Lara me arrastre a la fuerza hacia la puerta.

Mi compañera de piso y mejor amiga es un volcán explosivo de alegría y vitalidad, se haría amiga hasta de los postes de luz y siempre tiene un motivo para sonreír.

¿Yo? No tanto. La mayor parte del tiempo soy una persona alegre y risueña, pero también me gusta acurrucarme bajo las mantas con los auriculares en las orejas y leer un buen libro.

—Savannah Moore, dime que estás lista —exclama la mencionada mejor amiga, entrando con dos tazas humeantes.

Sonrío ante su euforia y acepto encantada el café que me tiende.

—Que Dios te bendiga, Lara. Aunque para mi nivel de estrés, esta cafeína podría ser fatal.

—Por favor, eres increíble, inteligente, asquerosamente rica y estás buenísima. Los chicos de la JCU harán cola para ligar contigo y las chicas querrán ser tus nuevas mejores amigas.

Resopla.

—Sí, lo sé, cualquier día de estos me meterás en un tremendo lío.

Me río a carcajadas y me doy cuenta de que mi ansiedad ha desaparecido, Lara me guiña un ojo y me doy cuenta de que esa era su intención.

—¿Lista para conquistar el mundo?

Cojo mi mochila, bebo un generoso sorbo de café y levanto la barbilla.

—Nací lista.

Quizá no *tan* lista.

—¿Todavía me miran? —susurro mientras caminamos por el pasillo que lleva a la cantina.

Lara mira rápidamente a su alrededor y luego asiente sombríamente.

—La situación es peor de lo que habíamos previsto.

—Mierda —las miradas curiosas nos siguieron toda la mañana, sabía que debía esperar mucha atención, pero nunca imaginé que llegaría a niveles tan inquietantes.

—Hola —oigo una voz detrás de nosotras y me doy la vuelta, esperando no estar delante de otra admiradora de mi hermano.

Por supuesto, mi esperanza muere al instante.

—Soy Juliet, la capitana de las animadoras y tú debes ser Savannah. Me gustaría darte oficialmente la bienvenida a la JCU. Es un placer tener a la hermana menor de nuestro capitán aquí con nosotros —la sonrisa que me da es tan acaramelada que creo que mi diente acaba de

romperse.

—Um... ¿gracias?

—¿Ya has recorrido el campus? ¿Has decidido a qué actividades extra quieres apuntarte? Te recomiendo las deportivas, también tenemos una clase de yoga bastante buena. Evita los clubes de los cerebritos, como los de lectura o codificación. Dormirás en el campus, ¿verdad? Si quieres, puedo llevarte a mi habitación y....

—De acuerdo —intervino Lara, levantando una mano—. Mi amiga y yo nos vamos a quedar en la misma habitación, muchas gracias. En cuanto a las actividades, ya hemos rellenado los formularios necesarios y el campus ya nos lo ha mostrado Nick en las últimas semanas. Y con eso, ¡adiós!

Lara engancha su brazo al mío y salimos corriendo, huyendo de la locura que se cierne en estos pasillos, pero no llegamos muy lejos.

Entramos en la cantina, llenamos nuestras bandejas y mi hermano se fija en nosotras antes de que consigamos sentarnos en una mesa apartada. Nos hace señas con la mano para que le acompañemos y yo quiero fingir que no le veo.

—No puedes ignorarlo —susurra Lara a mi lado—. Es un monstruo de casi dos metros y la estrella del campus.

Tengo que reprimir una risita cuando mi hermano se levanta a nuestro encuentro y la multitud se abre ante él, como si fuera Moisés lidiando con el Mar Rojo.

—Hola, pequeñita. Hola, Lara.

Pongo los ojos en blanco ante el ridículo apodo con el que Nick ha insistido en llamarme desde que éramos niños.

—Por favor, no me llames así.

Se ríe y se encoge de hombros.

—Lo siento, es la costumbre. Además, sigues siendo mi hermana pequeña. Ven, hay sitio en mi mesa.

Se da la vuelta y marca el camino, dando por sentado que le seguiremos, porque aquí, en la JCU, Nick Moore manda y si te invita a *su* mesa, simplemente vas.

—Y también deberías estar agradecida —resoplo ante la arrogancia de mi hermano, que de vez en cuando me cuesta aceptar, pero le sigo de todos modos.

—Mick, Rick, ya conocen a mi *hermana pequeña*. Esta es su amiga, Lara. Hagan lugar, se van a sentar con nosotros.

Sonrío cordialmente y me siento junto a mi hermano, frente a los dos chicos que conocí hace tiempo, cuando empecé a venir a Cleveland desde Akron para ver los partidos de Nick.

Nuestra pequeña ciudad natal está a poco más de una hora en coche del campus y eso me ha ayudado mucho a poder estar presente en todos los partidos de mi hermano mayor. *Me encanta el fútbol y aún más su cara roja por tantos golpes que recibe.*

Lara resopla y se sienta a mi lado.

—¿En serio, Nick? ¿Mick y Rick? Dios mío, ¿han montado un club o algo así? —ríe divertida.

Los tres chicos se limitan a encogerse de hombros, pero noto que las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba. Supongo que Lara no es la primera en señalar la similitud entre sus nombres, lo que incluso me arrancó una risita la primera vez.

Sin embargo, las similitudes entre los tres terminan ahí, porque los tres son muy diferentes. Mi hermano es el tipo de chico de oro americano con pelo rubio y ojos azules, Rick es más latino con ojos y pelo oscuros, mientras que Mick tiene orígenes hawaianos y parece el hijo ilegítimo de Jason Momoa.

—Entonces, ¿estás preparado para la próxima temporada? ¿Ganarás el campeonato? —robo una patata frita de la bandeja de mi hermano y noto que su expresión se arruga—. Eh, ¿estás bien?

Relaja sus facciones, pero aún parece tenso.

—Sí, por supuesto. Y ganaremos seguro. Este año somos prácticamente imbatibles.

—Con tu hermano en la ofensiva y el nuevo *guardia ofensivo* podríamos ganar sin duda —se ríe Mick, ganándose una mirada sombría de Nick.

—¿Por qué nuevo? —inserta Lara.

—Acaba de trasladarse con una beca —responde Rick y no me pierdo la mirada de reojo que le dirige a mi hermano, cada vez más tenso.

—¿Y es guapo? —vuelve a preguntar mi amiga, ajena al deterioro anímico del quarterback a mi lado.

—Chicas, por favor, aléjense del equipo de fútbol —la voz de mi hermano suena casi como un gruñido grave—. Los jugadores son todos unos imbéciles cuando se trata de chicas y la última incorporación es aún peor.

—No te gusta, ¿eh? —le pregunto a media voz, dándole un suave empujón.

—Pff. Ese es el eufemismo del siglo. Odio a ese cabrón. Pero es jodidamente bueno y le necesitamos tanto como él a nosotros.

—La situación perfecta, en resumen.

—En teoría. Veremos cómo le va en la práctica.

Lara y los chicos siguen charlando sobre las clases de la tarde y los entrenamientos que el equipo ya ha reanudado, a pesar de que aún faltan dos semanas para el campeonato universitario.

La expresión de Nick me dice que hay algo detrás de la llegada de este nuevo jugador, pero no quiere hablar de ello y, desde hace unos meses -desde que esa zorra de Janice le puso los cuernos, para ser exactos-, mi hermano se ha encerrado en sí mismo y hablamos mucho menos de lo habitual. Aunque me duele, entiendo que tiene que recuperarse a su tiempo y no voy a obligarle a hablarme de algo si él no quiere.

—Lo digo en serio, pequeñita, aléjate de él o acabaré en la cárcel antes de la graduación —bromea, o al menos eso espero ya que su tono es tan serio como siempre.

Me encojo de hombros e intento mejorar su humor:

—No te preocupes, hermano mayor. Voy a centrarme en estudiar y en el fútbol y... —hago una pausa al ver que frunce las cejas—. No hay chicos previstos en mi futuro próximo.

2. HUNTER

Cuando entro en el campo, el rugido de la multitud resuena en mis oídos. Las luces del estadio iluminan la vasta extensión de verde y la expectación llena el aire como electricidad estática. Este es mi dominio, el lugar donde prospero: Hunter, el formidable *guardia ofensivo* que le salva el culo a ese imbécil de Nick Moore.

Hablando del diablo, antes del saque inicial vislumbro al quarterback de mi nuevo equipo en la banda, rodeado de sus admiradores. Alto, con una mandíbula cincelada y un aire seguro de sí mismo, encarna la personificación del héroe del fútbol. Su pelo rubio brilla bajo las luces del estadio y sus penetrantes ojos azules llaman la atención. Nick es el chico de oro, siempre en el punto de mira, le encanta ser la estrella universitaria y desde que está soltero de nuevo, las chicas no le dan ni un momento de respiro.

En resumen, podría decirse que le hice un favor, aunque mi antiguo entrenador y el ojeador que se me acercó después de aquella maldita fiesta no opinaran lo mismo.

—¿Qué coño creías que estabas haciendo? —ruge el entrenador Benson.

—Señor, no sabía que era su novia.

—¿Cómo puedo creerte, Hunter? Tus notas apenas llegan al aprobado, tu beca está en riesgo, por el amor de Dios. Te pedí que mantuvieras un perfil bajo y te concentraras en el juego. A veces, tengo la sensación de que disfrutas sembrando el caos.

Quiero resoplar, pero me contengo para no empeorar la situación.

—Esta vez no.

—No tendrás que convencerme a mí, muchacho, sino al hombre que espera en la puerta.

Inclino la cabeza hacia un lado.

—¿Quién es?

—Es un explorador, y no cualquier explorador —la sombría mirada que me dirige hace que todos mis músculos se agarroten y me preparo para el golpe que se avecina—. Lee Nelson, el explorador oficial de los Browns.

Santo cielo.

Me doy cuenta de que he hecho un comentario en voz alta cuando el entrenador comenta con tono afligido:

—Sí, las cosas no pintan bien. Tendrás que darlo todo para alcanzarlos. ¿Estás preparado?

Suelto un profundo suspiro y cuadro los hombros, con la mente puesta en mi único objetivo desde que tengo uso de razón.

—Sí, entrenador.

Cuando asiente con la cabeza, me levanto y abro la puerta al explorador que podría cambiar mi vida, y cuando se sienta, apenas haciéndome un gesto con la cabeza, me doy cuenta de que podría estar metido en un buen lío.

—Hola, entrenador Benson. Hunter, es un placer conocerte... a pesar de las circunstancias.

Me aclaro la garganta.

—Igualmente, Sr. Nelson, pero me gustaría explicarle...

—Solo llámame Lee, chico. Y no quiero explicaciones. No me interesan las escaramuzas entre universitarios, solo me interesa saber si quieren convertirse en atletas profesionales de éxito — Me escruta detenidamente, como si fuera un rompecabezas por resolver, y yo intento mantener una expresión neutra, pero relajada—. Entonces, la única pregunta que tengo para ti es: ¿qué estás dispuesto a hacer para alcanzar el profesionalismo?

—Todo, señor —no hay la menor vacilación en mi respuesta.

—Justo lo que quería oír. Ahora, ve a hacer las maletas.

Y aquí estoy, habiendo hecho un pacto con el diablo, me mudé a Cleveland y empecé mi último año de universidad en la John Carroll University, jugando en la línea ofensiva del equipo de fútbol.

Las relaciones con Nick son tan tensas como siempre, decir que nos odiamos es quedarse corto, pero en el campo él va a la guerra y yo le cubro las espaldas. Así es como funciona, así es como tiene que funcionar.

El primer partido fue genial, y no tengo ninguna duda de que seguiremos así, pero tenemos que demostrar en el campo que no fue una casualidad.

Cada vez que la acción comienza con un *snap*, protejo a Nick permitiéndole crear un pocket para el lanzamiento y continúo protegiéndole hasta que el balón ovalado sale de sus manos para encontrar las de nuestro *wide receiver*.

Todos tenemos hambre de éxito, todos queremos alcanzar el mayor premio, y solo por eso encerramos el resentimiento en un cajón cada vez que pisamos el césped.

Para ninguno de nosotros se contempla el fracaso.

Llevamos tres puntos de ventaja cuando noto una mirada extraña de Nick y le devuelvo la mirada con cuidado, dándome cuenta de que acaba de perder el momento perfecto para el pase final.

Sin embargo, ni siquiera tengo tiempo de pensar en ello, porque es placado por uno de los defensas rivales.

Mierda, acabamos de jugar otro touchdown.

Me acerco a él despreocupadamente mientras todos los jugadores vuelven a la línea de snap.

Siento que todos los músculos de mi cuerpo se agarrotan a cada paso, como si me estuviera preparando para un enfrentamiento físico.

Me quito el protector bucal, pero dejo la jaula bajada y me pongo una mano delante de la boca porque no quiero que algún curioso me lea los labios.

—¿Qué coño ha sido eso? —le pregunto bruscamente.

Se da la vuelta y, a pesar de la rejilla metálica que cubre parcialmente su mirada, noto la chispa de lividez que la ilumina.

—En pocas palabras, significa que vamos muy mal, novato.

—Juega bien, Moore. Estabas perfectamente alineado con el *wide receiver*, los guardias habíamos creado una bolsa perfecta para permitirte hacer el lanzamiento y te distrajiste por segunda vez.

—Nuestro WR tiene un nombre, ¿sabes? Como todos nuestros compañeros, ¿te has tomado la molestia de conocerlos?

—No estoy aquí para hacer amigos —replico—. Y tu comité de bienvenida dejó mucho que desear —añado, recordando la escarcha con la que me recibieron a mi llegada. No es que esperara otra cosa.

—Claro —exclama Nick, llevándose una mano al casco—. Estás aquí porque estás dispuesto a tragarte lo que sea para llegar a la NFL.

Ignoro su burla, ignoro su mala actitud y también ignoro mis ganas de darle un puñetazo en la cara.

—Chicos, llegó el momento —uno de nuestros compañeros nos llama al orden y, sí, ni siquiera sé su nombre.

Pero ahora no es el momento de perderse en cháchara, estamos en medio de un partido del campeonato.

—Solo haz tu trabajo, Moore, mantendré tu trasero a salvo.

Cuando termina el partido, la tercera victoria también es nuestra y yo estoy agotado, pero satisfecho.

Me dirijo a los vestuarios tras un rápido saludo a los aficionados en las gradas. No hay nadie de mi familia aquí por mí, y probablemente nunca lo habrá.

Abro el grifo de agua helada para cortar de raíz todas las reflexiones sobre mi madre y mi hermana, pero algunas escapan a mi control. Afortunadamente, los silbidos de mis compañeros me mantienen anclado en el presente.

—Hola, Hunter —me saluda Rick, el otro fiel amigo de Nick.

Aunque, sinceramente, ¿quién no le es leal en este vestuario?

Rick es también el único otro jugador cuyo nombre conozco, porque es el único que ha intentado involucrarme en los entrenamientos y charlar conmigo incluso fuera del campo.

—¿Nos acompañas a tomar algo? Vamos a *Linda's* en Fairmount.

Su pregunta me coge por sorpresa, el último curso empezó hace unas semanas, pero los chicos siempre se cuidaron mucho de hablarme lo menos posible y siempre cuando Nick no estaba cerca.

—¿Cuál es el truco? —murmuro.

Rick se ríe entre dientes.

—No hay ningún truco.

Me limito a entrecerrarle la mirada, que finalmente resopla y pone los ojos en blanco.

—De acuerdo, el entrenador amenazó a Nick para que te incluyera más en el equipo o empezará a organizar actividades de *unión*, sea lo que sea lo que quiera decir.

Jesús, todo lo que necesito es que el entrenador me obligue a pasar el poco tiempo libre que tengo con ese imbécil de Nick.

—Diez minutos y estoy contigo.

3. SAVANNAH

—Eran increíbles, amiga. ¡Realmente increíbles!

—Hmm.

—¿Has visto la velocidad y los disparos?

—Hmm.

—¿Y el chico nuevo? Es muy bueno, eso seguro. Por no hablar de que está buenísimo.

—Hmm.

—¿Sav?

—¿Hmm?

—¿Me estás escuchando?

—Mmh-mmh.

—Me follé a tu hermano en el vestuario antes del partido.

—Hmm —espera, ¿qué?—. ¿Qué has dicho?

—¿Viste eso? No estabas escuchando, lo sabía —Lara extiende los brazos y me señala con el dedo—. ¿Qué te pasa? ¿No estás eufórica por tu tercera victoria consecutiva?

—Por supuesto que sí...

—¿Pero?

—¿Quién dice que hay un *pero*?

—Tu tono de voz poco convincente, el ceño fruncido que has tenido durante casi todo el partido y la falta de entusiasmo que muestras ahora. Vamos, escúpelo.

Dejé escapar un profundo suspiro, sin saber si hablar con Lara sobre lo que había notado.

—En serio, podría ser solo mi imaginación.

—Escúpelo.

—El caso es que conozco a Nick como la palma de mi mano y le he visto jugar al fútbol casi toda mi vida... y ahora hay algo que no va bien.

—¿Qué quieres decir? —Su tono de voz se vuelve instantáneamente más serio y quiero morderme la lengua por preocuparla.

—Podrían haber marcado al menos dos touchdowns más si hubiera lanzado a Mick cuando tuvo la oportunidad y, en cambio, las dos veces, mi hermano...

—Dudó.

Mis cejas se disparan hacia arriba, asombradas.

—¿Tú también te has dado cuenta?

—Solo porque, como tú, he visto jugar a Nick desde que era un niño, no creo que mucha gente se haya dado cuenta. ¿Cuál crees que es el problema?

Lo medito un momento y luego lanzo lo que pienso, a pesar de ser una muy mala posibilidad.

—Espero de todo corazón equivocarme, pero me temo que no confía en la nueva incorporación, el guardia ofensivo. Ha perdido el tiempo perfecto para vigilarle las espaldas cuando debería confiar ciegamente en él.

Lara no habla, su mirada interrogante es suficiente para hacerme saber que quiere que

continúe.

—Si no se mueven en el campo como una unidad, física y mentalmente, si la confianza entre ellos no es total, nunca podrán ganar el campeonato.

Cuando entramos en *Linda's*, ya hay una multitud de clientes felicitando a mi hermano y a sus compañeros por el resultado de esta noche.

Llegar hasta las dos mesas que ocupaban no es precisamente fácil, pero me alegra que la gente les muestre tanto afecto.

Inmediatamente después de la abrupta e inesperada ruptura con aquella odiosa Janice, Nick se volvió más retraído y reservado. Luego, de repente, volvió a ser la estrella del campus, pero exagerando ese papel, volviéndose casi falso y distante, como si tuviera una capa de hielo a su alrededor.

Mi esperanza es que el calor de la gente que le quiere y le apoya derrita ese hielo y me devuelva a mi hermano mayor.

Mientras tanto, me esforzaré por averiguar qué ocurrió realmente entre ellos.

—¡Hola hermanita, me alegro de que hayas podido venir! —Nick me da un rápido abrazo y me sienta a su lado, hace un gesto con la cabeza a uno de sus compañeros y, como por arte de magia, aparece un sitio también para Lara.

—No podíamos faltar. Estuvieron geniales —el entusiasmo de Lara es mucho más sincero que el mío, pero no es el momento adecuado para hacer pasar a Nick por el aro.

Sonríó a los chicos y a un par de chicas, a las que identifico como animadoras por el uniforme, y casi me atraganto cuando me doy cuenta de que Juliet también está sentada en el regazo de uno de los tackles ofensivos.

En la mesa de mi hermano también están sentados Mick y Rick -obviamente-, pero me sorprende notar la presencia del nuevo, el *guardia ofensivo*, un tipo de tamaño impresionante y ojos tan oscuros que es difícil distinguir el iris de la pupila.

—¿Disfrutas del partido, Sav? —pregunta Rick y siento la rigidez del cuerpo de mi hermano como si fuera el mío propio.

—Sí, claro. Dos victorias en dos partidos, lo están haciendo genial.

En ese momento, Nick se relaja y tengo que contenerme para no darle un codazo.

¿De verdad creía que le obligaría a quitarse la máscara delante de todos? Vaya, debería conocerme mejor que eso.

Cambio de tema, buscando un terreno menos traicionero. O al menos eso espero.

—Eres el nuevo guardia ofensivo... er, Hunter Jones, ¿verdad?

El chico moreno que tengo delante inclina la cabeza hacia un lado y me lanza una mirada enigmática.

—Sí, soy yo, Sav.

—Savannah para ti —interrumpe Nick con firmeza a mi lado.

Me encojo de hombros e intento disipar la creciente tensión en la mesa.

—Juegas en el equipo de mi hermano, también puedes llamarme Sav.

Hunter dobla una comisura de sus labios y un conjunto de dientes rectos y blanquecinos asoma por su boca. *Vaya, este tipo es tan genial... ¡No, Sav! Los jugadores de fútbol solo traen problemas.*

Me aclaro la garganta, pero por el brillo de suficiencia en los ojos del recién llegado, me doy cuenta de que debo de haberle mirado demasiado tiempo.

—¿Dónde jugabas antes? —Finjo no saber que jugó en Columbus los dos últimos años, convirtiéndose en el guardia ofensivo más prometedor de Ohio State de la última década.

—Estuve en Columbus.

—¿Y por qué decidiste trasladarte en tu último año de universidad?

—En Columbus no hay ningún equipo de fútbol que juegue en la NFL —su respuesta es concisa y correcta, pero tengo la sensación de que hay algo más detrás.

—Claro, pero la gente que asiste a Ohio State suele señalar a los *Bengals*, el equipo de Cincinnati, ¿no?

Es cuestión de un momento, pero una mirada pasa entre Hunter y mi hermano, llena de significados que no puedo descifrar, y luego vuelve a mí.

—¿Qué puedo decir? Me encanta destacar entre la multitud.

—¿O quizá los *Brown* te hicieron una oferta que no pudiste rechazar? —insisto decidida a averiguar más cosas sobre el misterioso Hunter.

Suelta una risita.

—Esto empieza a parecer un interrogatorio, ¿sabes? Por casualidad, ¿quieres dedicarte al periodismo deportivo?

—Hmm, mal intento de responder a una pregunta con otra pregunta.

—Aunque lo hiciera, sabes que no podría hablar de ello —la mirada de Hunter cambia, se vuelve definitiva, y me doy cuenta de que el asunto está cerrado cuando siento la mano de mi hermano apoyarse discretamente en mi rodilla.

Me pide que pare aunque sé que no soporta a este tipo. ¿Por qué? ¿Qué pasa entre ellos dos que yo no sepa?

—Tienes razón, lo siento —le doy a Hunter una sonrisa de disculpa tan falsa como puede ser —. Es que estoy *muy contenta* de que estés en el equipo, estoy convencida de que junto a mi hermano y los demás, nuestro ataque no tendrá rival este año.

Mick, Rick y un par de chicos más soltaron aullidos de alegría ante mi afirmación y la tensión en la mesa desapareció en un instante.

Lara entra en la conversación mucho más despreocupada que yo, e incluso Hunter parece hablar con ella de forma más relajada, menos a la defensiva.

Cuando llega la camarera para tomar nuestros pedidos, me río de la cantidad de cosas que toman estos grandullones, mientras yo me limito a una tostada y un agua mineral.

—Si quieres tomar una cerveza pequeña, para compartir con Lara, lo haré —ofrece Nick, inclinándose hacia mí.

—No te preocupes, *papá*. Mañana por la mañana los dos tenemos clase antes de las diez, el agua estará más que bien.

—¿Cómo van tus clases? ¿Has empezado a estudiar para los primeros exámenes del semestre?

—Sí, todavía estamos intentando encontrar un equilibrio entre las clases y las sesiones de estudio, pero....

Me distraigo porque mi teléfono me avisa de la llegada de un nuevo correo electrónico. Lo abro y jadeo, llevándome una mano a la boca.

Están dentro.

4. HUNTER

—Posición —grita el entrenador de la línea ofensiva, y mis compañeros y yo abrimos las piernas, doblamos las rodillas y apoyamos una mano en el suelo, manteniendo los hombros bajos y el cuerpo en equilibrio. El tiempo justo para tomar aire y el entrenador Hegamin grita—: ¡Ya!

Esprintamos hacia delante, con los brazos moviéndose hacia arriba como cuchillas que quieren rebanar al oponente, mientras las piernas y las rodillas permanecen en posición hasta el final de la larga y estrecha colchoneta colocada delante de cada uno de nosotros, entonces damos media vuelta tan rápido como podemos.

—Jones, ¿cuál es el objetivo del ejercicio? —me pregunta el entrenador.

Le lanzo una rápida mirada y me doy cuenta de que su mirada se centra en mí.

Llevo más de un mes entrenando con los *Blue Streaks*, pero sigo siendo el guardia especial.

Mierda, soy el mejor guardia ofensivo de este equipo, pero me tratan como si aún tuviera que ganarme la titularidad.

—Sirve para mejorar el juego de pies y la postura cuando estamos en posición para el snap.

—Bien. Ahora, habla menos y corre más.

Y así durante los siguientes cincuenta minutos. Cambiamos de práctica, aumentamos la velocidad, intentamos una y otra vez la posición de compromiso. Me divierto mucho más cuando cambiamos a placajes, aunque en los entrenamientos el enfrentamiento físico se limita para evitar lesiones.

—Cinco repeticiones más, luego quiero que se duchen y vayan al aula. Tienen tres horas de estrategia y películas para ver. Mañana por la mañana a las ocho, sin embargo, Tony los estará esperando en el gimnasio para el levantamiento de pesas.

—Sí, entrenador —responden mis compañeros a coro, reanudando el ejercicio mientras yo resoplo un poco de mi descontento, porque prefiero mucho más el entrenamiento práctico que la teoría.

Cuando terminamos, recuperamos las toallas y las botellas de agua ya casi vacías, pero unos metros más adelante en el túnel, oigo la voz del entrenador:

—Jones, ven aquí un momento.

Me doy la vuelta y retrocedo sin protestar. Lo alcanzo y me doy cuenta de que su mirada se ha ensombrecido y me pregunto si habré hecho algo mal durante el entrenamiento.

—¿No te gusta la teoría, chico?

Ah, eso.

—Por supuesto, entrenador. Cada parte del entrenamiento es crucial para llegar al campo listos para la batalla física y mental.

—Qué palabras tan bonitas. Espero que creas en lo que dices, Jones.

—Sí, señor, con cada fibra de mi ser.

—¿Sabes a quién desafiaremos el sábado?

—A la Universidad de Heidelberg —respondo, pero no entiendo adónde va esto.

—Sí, ¿y conoces las estadísticas?

¿Me toma por principiante?

—JCU acumula veintiocho victorias y ocho derrotas contra Heidelberg, no es un equipo que nos preocupe.

—Sí. Sobre el papel, tienes razón. No olvides, sin embargo, que en 2021 jugaron en casa y nos derrotaron, el año anterior, también en su casa, ganamos por solo cuatro puntos.

Frunzo el ceño, esforzándome por seguir su razonamiento y pienso en todas las jugadas que he visto hacer a los chicos de Heidelberg, pero no se me ocurre nada que sea peligroso para nuestra defensa.

—El año pasado, la JCU les ganó por diecisiete puntos —le recuerdo.

—Sí, pero éramos locales —suspira y sacude la cabeza—. Lo que me gustaría que tuvieras en cuenta, chico, es que en casa puedes sentirte invencible. El sentimiento de pertenencia que impulsa a los atletas les lleva a correr más, a esforzarse más, a no renunciar a una sola jugada. Nunca subestimes a tu rival, aunque parezca débil sobre el papel. ¿Está claro?

—Sí, entrenador.

—Puedes irte.

Estoy deseando meterme en la ducha, estoy sudoroso y cansado y el mero hecho de pensar en las horas de teoría que me esperan me desmoraliza sobremanera.

Mis compañeros ya se están vistiendo cuando llego a los vestuarios, pero aún me quedan diez minutos antes de tener que estar en clase.

—¿Estarás con nosotros esta noche, colega? —me pregunta uno de los reservas cuando vuelvo a mi taquilla con una toalla atada a la cintura.

—¿Por qué no? Realmente necesito una cerveza y una chica.

—¿Sabes quién ha preguntado por ti? —me pregunta uno de los tackles titulares. Creo que se llama Lucas.

—¿Tu madre? —replico mordaz. Por desgracia, fuera del campo sigo a la defensiva con estos tipos.

Se harían matar por Nick, como yo al fin y al cabo, y no sé si puedo fiarme de sus acercamientos amistosos. Siempre espero la captura a la vuelta de la esquina.

—Idiota. No, en serio, Juliet, la jefa de las animadoras.

—Ah, no, hombre. Ya le he dado y, aunque sea bueno, nunca repito.

—¿Lo dices en serio, joder? —Lucas me mira con ojos muy abiertos llenos de incredulidad.

Asiento con la cabeza—. Como la muerte. Puedes soportarlo, si tanto te importa.

—Bueno, gracias —una sonrisa tonta le parte la cara por la mitad y yo también me permito una pequeña sonrisa.

Alguien detrás de nosotros carraspea, pero no me molesto en darme la vuelta y sigo preparándome para no llegar tarde.

Todo lo que necesitan es una excusa para reprenderme.

Me rocío una generosa dosis de desodorante bajo las axilas y saco unos calzoncillos limpios de mi bolsa de viaje. Dejo caer la toalla y me los pongo.

—¿Eh, qué haces? —Lucas se inclina hacia mí, llamando mi atención.

—¿Qué?

—Tenemos invitadas —responde sibilinamente.

Qué... Me doy la vuelta y permanezco inmóvil.

Con unos leggings azul oscuro que se ajustan a la perfección a sus curvas y una camiseta del

equipo con el nombre de Moore impreso en los hombros, Savannah reparte botellas de agua a mis compañeros perfectamente vestidos mientras yo estoy en calzoncillos, arriesgándome a tener una erección a la vista de su vertiginosa figura y su alegre sonrisa.

—Oh mierda... —murmuro, apresurándome a coger una camisa limpia.

Lucas se ríe a mi lado, pero me ahorra bromas sarcásticas.

Me pongo unos pantalones cortos y me aseguro de estar presentable, luego me doy la vuelta y me tropiezo con un par de ojos azules que parecen poder leerme por dentro.

—¿Agua? —pregunta Savannah con la sonrisa más bonita que he visto nunca, pero mi mirada se centra en sus labios carnosos, en el arco de Cupido que da a su boca forma de corazón todo para besar, chupar, y reprimo un gruñido al imaginarla envolviéndome...

Gruño algo indescifrable y alargo una mano para coger la botella de plástico.

Su sonrisa vacila y sus ojos claros se llenan de decepción.

Sin decir nada, vuelvo a mi taquilla y termino de guardar mis cosas.

Actué como un imbécil arrogante, pero es lo mejor. Esa chica es peligrosa para mí, para mi papel en el equipo y para mi objetivo final.

No me doy cuenta de que tengo una erección hasta que Lucas me da unas palmaditas en la espalda.

—Puedes relajarte, ya se ha ido.

Suelto un suspiro, pero me limito a lanzar una mirada neutra por encima del hombro y me doy cuenta de que mis compañeros de pabellón también han salido.

—Genial, vámonos. Seguro que el coordinador ya está en el aula y no quiero llegar tarde —cierro mi taquilla con un golpe seco y me dirijo hacia la puerta.

—¿Amigo?

—¿Eh? —respondo distraído.

—Si Moore descubre que su hermanita te la pone dura, eres hombre muerto.

Yo no podría haberlo dicho mejor.

5. SAVANNAH

—¿Vas a quedarte mirando la vista toda la tarde? Tenemos que centrarnos en el primer examen del semestre.

Lara resopla y deja de masticar el lápiz que tiene en la mano.

—Sí.

—¿Qué te pasa, Lara? —Miro rápidamente a mi alrededor y me doy cuenta de que, por suerte, la biblioteca sigue semidesierta y las mesas contiguas a la nuestra están vacías.

—Nada, Sav, es que estamos empezando y ya hay mucho que estudiar —baja la mirada afligida, pero no da más detalles.

—Vamos, cuéntame —le insto porque mi amiga tenía muchas ganas de venir a la universidad y no puedo creer que unas semanas de estudio, aunque intenso, la hayan desmoralizado hasta tal punto.

—No lo sé —vuelve a resoplar, pero ante mi ceño fruncido decide hablar—. A veces creo que te envidio un poco. Quiero decir, te miro y veo a una chica tan decidida, no tienes la menor duda sobre tu especialidad, y luego me miro al espejo y me doy cuenta de que aún no sé lo que quiero ser de mayor —Extiende los brazos con expresión exasperada, pero no la interrumpo—. Me gusta el ambiente deportivo, pero también me parece interesante el literario. Tú, en cambio, ya te has puesto las pilas: has solicitado ayudar al equipo de fútbol y estudiar la dinámica psicofísica que se desarrolla en el vestuario y en el campo, por no hablar de que ya has elegido actividades extra —Encorva los hombros como si cargara con el peso del mundo entero—. Es decir, siento que no soy suficiente.

Cruzo la mesa y le cojo la mano.

—Eh, para. Estás perfectamente preparada para cualquier situación, solo te sientes un poco abrumada ahora mismo. Es normal, tenemos mucho que estudiar entre el plan de estudios básico y los créditos extra, pero podemos hacerlo —aprieto con fuerza—. Siempre puedes contar conmigo.

Finalmente, mi amiga sonríe y parece un poco menos abatida.

—Tienes razón, he dejado que todo me afecte. Solo necesito recuperar el equilibrio y pensar qué hacer.

—Bueno, en ese sentido, te he traído esto —le entrego el folleto que he encontrado esta mañana en el tablón de anuncios: la oportunidad de presentarse como redactor junior para la radio del campus.

Lara abre los ojos con incredulidad, pero casi inmediatamente frena su entusiasmo.

—¿Y si no estoy a la altura?

Estrecho la mano que aún me tiembla.

—¿Quieres dejar de hacer eso? Serías perfectamente capaz de hacerlo... y además, la radio abarca tanto el deporte como la literatura. Sería la manera perfecta de averiguar qué medio se adapta mejor a ti, ¿no?

Mi amiga aprieta los labios pensativa, luego asiente y recupera el entusiasmo mientras aplaude

emocionada como un niño la mañana de Navidad.

—Sí, es verdad. Podría ser la oportunidad perfecta, hoy mismo enviaré la solicitud —me coge de nuevo de la mano y tira de mí a través de la mesa para darme un beso en la mejilla—. Gracias, Sav. Eres un encanto.

Suelto una risita y hago un gesto con la mano para dar por zanjado el asunto, pero me alegro de haber podido ayudar.

Esto es exactamente lo que me gustaría hacer con mi vida: hablar con la gente, capacitarla para expresar todo su potencial físico en el deporte mediante el desarrollo y la gestión de programas de entrenamiento individuales y en grupo.

Todo esto se aplicaba específicamente al fútbol americano profesional.

Por supuesto, no será fácil porque es un entorno predominantemente masculino, pero en los últimos tiempos parece que algo se mueve y se abren nuevas vacantes para las empleadas. *Solo tengo que dar lo mejor de mí en el estudio y cruzar los dedos cuando entre en el mundo laboral.*

—Más bien, ¿cómo piensas lidiar con el vestuario? —pregunta Lara, devolviéndome al presente.

—Con profesionalidad, paciencia y una sonrisa para todos —mi respuesta no se hace esperar. Al fin y al cabo, me lo he pensado mucho antes de pedir trabajar con el entrenador Davies y el equipo: es mi oportunidad de aplicar la teoría a la práctica, conseguir varios puntos extraescolares y disfrutar de cerca de los éxitos de los *Blue Streaks*.

—Me gustaría ser un micrófono para ver cómo reaccionará Nick cuando te vea en el vestuario y descubra que estarás allí para estar en estrecho contacto con los mismos tipos con los que te recomendó que no te juntaras.

Pongo los ojos en blanco.

—No saldré con nadie. Es solo para estudiar, ni siquiera los miraré, imagínate.

—¡Ah, sacrilegio! —exclama en tono fingidamente escandalizado, llevándose una mano al pecho—. ¿No sabes que los ojos están hechos para admirar toda esa bondad?

—Pues te aseguro que los míos, en cambio, estarán pegados al campo —y así es, estoy deseando ver a todos esos atletas en acción.

—Sabes que tus ojos brillan, ¿verdad?

Sonrío.

—No podía ser de otra manera.

—Nunca he entendido que te guste tanto el fútbol solo porque es muy competitivo.

—Cualquier deporte es una competición, puede cambiar el tipo, las reglas, las formaciones que salen al campo, pero la voluntad de ganar que mueve a los atletas es siempre la misma.

—Te refieres a la adrenalina, ¿verdad? —La mirada de Lara es curiosa y atenta, y sé que un rincón de su mente, quizá incluso inconsciente, intenta comprender si el deporte ejerce la misma fascinación sobre ella.

—Sí, pero no solo eso: es un choque de fuerzas para ver quién prevalece, un choque de estrategias para ver quién es más listo, y ¿hablamos de la técnica que los jugadores están llamados a desplegar en el campo? Es el resultado de miles de horas de entrenamiento, sangre y sudor. Y además, lo que más me gusta del fútbol es cómo cada domingo el estadio cobra vida y las voces de miles de aficionados se unen para cantar los mismos estribillos. Y esa energía, de alguna misteriosa manera, se convierte en combustible en las piernas de los hombres en el campo.

—Vaya, chica. Así es como me conmueves.

Entrecierro los párpados y sacudo la cabeza porque a mí también se me han saltado algunas

lágrimas.

—Vamos, a trabajar.

Un par de horas más tarde declaramos la rendición y decidimos volver al dormitorio.

—Al menos vayamos a la fiesta, Sav, te prometo que no llegaremos tarde.

Desde que llegamos al campus, recibimos al menos cinco invitaciones cada día, no puedo seguir sin atender ninguna.

—Todavía no conocemos a nadie lo suficientemente bien como para colarnos en la casa de alguna fraternidad. Por otro lado, si fuéramos a una fiesta en la que estuviera presente el equipo de fútbol, tendría a un guardaespaldas pegado al culo que ni siquiera me dejaría bailar con algunos chicos.

A Lara se le escapa una risita y se gana una mirada sucia de las chicas que ocupan la mesa contigo a la nuestra desde hace una hora. *Y que no han dejado de mirarme ni un momento.*

—Salgamos antes de que alguien te electrocute con la mirada —murmuro, recogiendo mis cosas.

Cuando me levanto, una de las chicas hace lo mismo y se acerca.

—Eres la hermana de Nick, ¿verdad? ¿Podrías darme su número que lo he perdido?

Sí, por supuesto.

—Lo siento, mi hermano es muy reservado y yo tampoco tengo.

Le hago un guiño irónico y paso junto a la indiscreta chica morena, apresurándome hacia la salida con Lara siguiéndome de cerca.

Un momento después, sin embargo, tropiezo al hundirme en los ojos más intrigantes que he visto nunca, los que me han hechizado desde que los conocí.

La mirada de Hunter me atrapa y eso parece bastarle para poder ver cada rincón de mi ser, incluso los más ocultos.

La voz de Lara no es más que un eco lejano y confuso mientras me hundo en ese lago negro que parece plácido, pero esconde un infierno.

Entonces, de repente, aparta la mirada y vuelve a leer el libro que tiene delante.

Aprieto los dientes y me obligo a reanudar la marcha como si nada hubiera pasado. Como si una fuerte corriente erótica no acabara de pasar entre nosotros.

Es la segunda vez que el arrogante me ignora, y eso empieza a cansarme.

6. HUNTER

Ella está aquí.

Saber de su presencia me agita, me distrae, me estresa más de lo que me gusta admitir.

Savannah. La hermana pequeña del quarterback: prohibida y fuera de los límites sin posibilidad de apelación.

Una chica con un encanto peligroso que me atrae de una forma extraña y arriesgada.

Cuando la miro, no solo veo sus impresionantes curvas, sino también sus ojos claros, curiosos por todo lo que la rodea.

Veo sus labios carnosos que, cuando se estiran en esa dulce sonrisa suya, hacen que su boca sea besable y... ¡no! *Tengo que dejar de pensar en ella así.*

Pero no es fácil, porque el pequeño Moore no se pierde ninguno de nuestros partidos, ni en casa ni fuera, ni siquiera uno de los entrenamientos.

Esto es nuevo para mí y algo extraño porque... bueno, porque mi hermana nunca haría eso. Las relaciones entre nosotras han sido tensas durante mucho tiempo y, desde que hice las maletas para venir a Cleveland sin mirar atrás, las cosas han empeorado.

A pesar de mi malhumor y de que la tensión entre Nick y yo es bastante evidente, Savannah sigue mostrándose distante, pero amable conmigo.

Por otra parte, nuestros compañeros y todas las personas que rodean al equipo no se dan cuenta de ello, o quizá simplemente fingen no saberlo.

Por lo que sé, muy poca gente conoce la verdadera razón de nuestros desacuerdos, y estoy más que de acuerdo con que la situación siga como está. Nick y yo tenemos que seguir centrados en el objetivo, manteniendo un alto rendimiento en el campo y un comportamiento imaculado fuera del césped.

El partido de hoy sobre el papel ya estaba ganado, pero en el campo está resultando más complicado de lo esperado, y me parece volver a escuchar las palabras del entrenador Hegamin de hace unos días.

En el segundo cuarto, a falta de ocho minutos, perdemos por siete puntos porque Nick sigue sin seguir la jugada. De hecho, sigue sin confiar *en que yo siga la jugada* y le cubra el culo de los defensores rivales.

Justo cuando creo que vamos a terminar el cuarto perdiendo, el entrenador Davies pide tiempo muerto y corremos al banquillo para enfrentarnos al entrenador mientras los coordinadores ofensivo y defensivo empiezan a gritar instrucciones aquí y allá.

—Moore, Jones, por aquí —la expresión sombría del entrenador Davies promete tormenta, pero se contendrá para no hacer el ridículo ante las cámaras.

—Sí, entrenador —le gritamos.

Con una gran sonrisa falsa en la cara, en cuanto estamos frente a él, empieza a soltar amenazas.

—Si ustedes dos, imbéciles, no dejan las estupideces a un lado y empiezan a jugar como atletas que quieren ser profesionales, los voy a sentar en el banquillo hasta que se les quede el

culo cuadrado. ¿He sido claro?

—Sí, entrenador —nuestra respuesta es un confiado grito de guerra dirigido al entrenador jefe, pero ninguna mirada de comprensión pasa entre nosotros y Davies se da cuenta.

Sonríe aún más hasta el punto de mostrar los dientes.

—Juro por Dios que si no cambian de actitud en cuanto vuelvan a la cancha, haré que pasen todo su tiempo libre juntos. Moore, vuelve a la cancha y sigue las malditas jugadas. Jones, cúbrele el culo a mi quarterback.

Y eso es exactamente lo que hacemos en los pocos minutos del segundo cuarto.

Inmediatamente después del snap, Nick recibe el balón y los jugadores de la línea ofensiva le hacemos espacio creando un buen pocket, él se echa hacia atrás para lanzar, la defensa presiona, pero nuestra protección es buena y por el rabillo del ojo veo a cada uno de mis compañeros siguiendo al pie de la letra el esquema del entrenador, entonces Nick lanza el balón a Mick que se desliza entre dos defensas y yo contengo la respiración durante uno, dos, tres segundos hasta que....

—*Touchdown* —grita el reportero por los altavoces, y nosotros gritamos de júbilo por haber empatado el partido.

Encuentro la mirada de Nick, tiendo una mano hacia su hombro para darle un par de palmadas, su expresión sigue siendo cautelosa.

—Buen lanzamiento, Moore.

Entrecierra los ojos y asiente, luego me devuelve la palmada en el hombro.

—Buena protección, Jones.

—Traigamos este juego a casa, ¿de acuerdo?

Nick asiente de nuevo cuando el júbilo de nuestros compañeros empieza a remitir, y luego extiende una mano.

—Este y el siguiente.

Le doy la mano como si acabáramos de hacer un trato y, tal vez, eso es exactamente lo que hicimos.

—Joder, sí.

Dos cuartos más tarde volvimos a los vestuarios con nuestra tercera victoria consecutiva en el bolsillo. Solo por tres puntos, pero aun así nos llevamos el resultado a casa con satisfacción.

—Ducha y luego todos al hotel a descansar —ordena el entrenador Davies, provocando un coro de protestas—. A las diecinueve, cena y directos a la cama. Volveremos por la mañana temprano y por la tarde los quiero a todos en la sala para evaluar en caliente lo que ha funcionado y lo que no. Así que no se hagan ideas raras.

En cuanto el entrenador nos da la espalda para marcharse de los vestuarios, me vuelvo hacia Rick, que tiene una expresión pícara.

—¿Ideas raras?

—Normalmente, cuando estamos en la ciudad, las chicas de Delta Sigma Chi de la Universidad de Heidelberg nos organizan una fiesta *loca*.

—¿Loca? —pregunto escéptico.

—Tal vez *demente* sea más apropiado.

Me limito a arquear una ceja y Rick se ríe entre dientes.

—El año pasado acabé compartiendo habitación con cuatro chicas diferentes, y a la mañana siguiente ni siquiera recordaba mi propio nombre —explica.

—Madre mía... —murmuro, pensando que con todo lo que me queda por estudiar para la semana que viene, casi prefiero el plan del entrenador a una fiesta salvaje.

Pero Rick malinterpreta mis palabras y se burla:

—No te preocupes, si Mahoma no va a la montaña, los *Blue Streaks* siempre encuentran la manera de llevar la montaña a Mahoma.

Le doy la espalda, pongo los ojos en blanco y me dirijo a las duchas.

Supongo que mañana también estudiaré.

—Buen partido —dice un desconocido antes de chocar su botella de cerveza contra la mía.

—Gracias —replico, ocupado en aferrarme a lo que me queda de sobriedad tras mi cuarta cerveza y dos rondas de chupitos.

—Oye, grandullón, tú eres el nuevo, ¿verdad?

Bajo la mirada y descubro una mano con garras ensangrentadas apoyada en mi antebrazo, cierro los ojos para centrarme y me doy cuenta de que solo son las uñas largas y lacadas de rojo de una chica atlética de pelo oscuro. Sus ojos verdes, muy maquillados, están llenos de travesuras y sucias promesas, y estoy deseando que las cumpla todas.

Doblo una comisura de la boca en la sonrisa que tanto gusta a las chicas.

—Así soy yo.

—Encantada de conocerte. Soy Eva, la presidenta de Delta, siento mucho que no hayamos podido celebrarlo en nuestra residencia.

Volvimos al hotel inmediatamente después de cenar, tal como había ordenado el entrenador, pero los chicos, con la complicidad del personal del hotel, alquilaron toda la última planta del edificio y las chicas Delta Sigma Chi trasladaron aquí su *alocada* fiesta.

Hasta ahora no he visto nada extraordinario, aparte de ríos de alcohol y hermosas chicas semidesnudas, aunque sí he notado que un par de mis compañeros ya han desertado quién sabe dónde y quién sabe con quién.

—Hunter Jones, el placer es mío, Eva —miro a mi interlocutora y, a pesar de las garras y el pesado maquillaje, debo admitir que tiene un bonito cuerpo.

—Hay una habitación libre dos metros detrás de ti, ¿vamos? —me pregunta inmediatamente después, y doy gracias por no tener que perder el tiempo en cháchara antes de ponernos manos a la obra.

—Claro, ve delante.

Recupero una nueva botella de cerveza al vuelo y la sigo hasta su habitación.

En cuanto estoy dentro, cierro la puerta y me vuelvo hacia la chica emprendedora que me va a amenizar la velada, encontrándola ya tumbada en la cama con la intención de deshacerse de la poca ropa que lleva puesta.

Me quito la camiseta de encima y noto con placer su mirada traviesa paseándose por mis pectorales y abdominales.

—Ven aquí —le digo, liberándome del cinturón y abriéndome los botones de los vaqueros, dejándolos caer hasta los muslos junto con los bóxers.

Eva se acerca lamiéndose los labios y su mirada apunta a mi ya dura erección.

—Quiero chupártela.

Se sienta en la cama frente a mí y le abro un poco las piernas para que esté más cómoda, entonces se inclina hacia delante y me lame la punta, con una mano me agarra los huevos y su boca se abre más mientras baja hasta la base, entonces empieza a chupar como si no hiciera otra cosa en la vida.

—Hmm, sí, bien —observo cómo me conduce hacia el placer, pero debo de estar más

achispado de lo que pensaba, porque algo extraño sucede y su pelo oscuro me parece rubio, sus ojos verdes adquieren un tono azul y... *no, no y no*.

—Date la vuelta —le digo bruscamente y salgo de su boca, intentando volver a encauzar mi mente desorientada.

Cuando se da la vuelta y me enseña su firme culo, tengo que sacudir la cabeza, porque su atlético físico ha adquirido una forma procrustina que ella no tiene y me meto en un buen lío.

Me coloco rápidamente un preservativo y me acomodo detrás de ella, luego la penetro de un fuerte empujón y me hundo en su cuerpo hasta la base, ella jadea, pero no me pide que vaya despacio.

Me la follo como si debiera castigarla, aunque debería castigarme a mí mismo porque sigo viendo otro cuerpo, sigo fantaseando con otro culo y mis manos tiemblan por apretar más caderas.

Cierro los ojos intentando librarme de mi nueva obsesión y firmo mi sentencia.

Los empujones se hacen cada vez más rápidos mientras mi mente no ve más que pelo rubio como el trigo maduro, ojos azules curiosos que se clavan en mí y labios en forma de corazón todos para besar. *Savannah*.

Y vengo, como nunca en mi vida, con la respiración entrecortada y el corazón hinchado.

Me deslizo fuera del cuerpo de Eva, voy al baño para limpiarme y deshacerme del condón, luego cojo una toalla limpia.

—Debe de ser una chica afortunada esta tal *Annie* —comenta mientras coge la toalla que le tiendo.

Cada músculo de mi cuerpo se pone rígido y mi respiración se detiene

—No entiendo.

—Gemiste su nombre mientras te corrías.

Santo cielo.

Disimulo un suspiro de alivio con una tos porque al menos no ha acertado con el nombre.

—Um, lo siento —me paso una mano por el pelo en un vano intento de mantener a raya mi nerviosismo—. Solo una vieja historia, no es para tanto —lo descarto con un gesto de la mano como si nada, luego me despido con la mano y me dirijo hacia la puerta, deseoso de esconderme en mi habitación para recuperar el control.

7. SAVANNAH

Los primeros exámenes del semestre han ido bien y no podría estar más satisfecha.

—No dudaba de ti, pero no creía que pudiera hacerlo —Lara está radiante y un poco incrédula. Espero de verdad que este resultado le dé ese empujón que le está faltando un poco últimamente.

—¿Estás de broma? Estudiaste mucho y estabas absolutamente preparada. Seguro que en los próximos te irá aún mejor.

El profesor de literatura ya nos ha dicho que haremos otro examen a finales de octubre y, aunque no me importa la asignatura, me gustaría centrarme más en las asignaturas prácticas y en mis *prácticas* con el equipo.

—Ah, ojalá tuviera tu calma en estas cosas. A mí, en cambio, siempre me entra el pánico. También me pasó en la entrevista —resopla cuando me doy cuenta de lo que dice.

—¡Un momento! —exclamo, deteniéndome bruscamente en el camino de entrada a la biblioteca. Acabamos de almorzar y la acompaño hasta allí antes de continuar hacia el centro de formación—. ¿Has ido a hablar con los de la radio? —Me giro para mirarla con los ojos muy abiertos.

Su expresión se transforma en una sonrisa y asiente con entusiasmo.

—Sí, así es. Y me parece un entorno interesante, donde me gustaría curtirme —luego pone los ojos en blanco y vuelve a resoplar—. Aunque ya me conoces, he empezado a hablar sin parar y de los temas más variados. No sé qué habrán pensado de mí, y aún no he recibido respuesta.

—¿Pero por qué no me dijiste nada? Podría haberte acompañado.

—Lo sé, pero no tenía ni idea de cómo iría y no quería hacerme demasiadas ilusiones para evitar decepciones.

La señalo con el dedo.

—Esta vez pasas, pero te recuerdo que la regla número uno de nuestra amistad es no tener secretos entre nosotras.

Sí, redactamos un reglamento cuando teníamos unos doce años y todavía lo sigo fielmente. *Principalmente porque quien comete tres infracciones se lleva un batido de chocolate y una hamburguesa doble con queso y triple de tocino.*

Una sombra indefinida pasa por la mirada de Lara, pero solo dura un instante y no consigo identificarla.

—Tienes razón, no volverá a ocurrir —responde con una sonrisa—. Sobre todo porque ya no tengo doce años y tardaría un mes en currarme un triple de tocino.

Me río.

—No digas tonterías, estás en plena forma. A mí, más bien, me cuesta seguir el entrenamiento que el preparador físico del equipo ha diseñado para mí —entonces, una bombilla se enciende en mi cabeza—. Mierda, tengo cita con la doctora McGrain en diez minutos, tengo que correr.

Abrazo a mi amiga al vuelo y nos despedimos rápidamente, luego salgo disparada hacia el local de los *Blue Streaks*.

—Bueno, señorita Moore, han pasado un par de semanas desde el inicio de sus *prácticas* y me gustaría hacer balance de la situación. ¿Se está adaptando bien al equipo? ¿Se han comportado todos de forma profesional? ¿Hay algún aspecto del trabajo que le preocupe?

La Dra. McGrain tiene una mirada aguda y atenta más allá de las gafas de montura negra que lleva. Es una mujer de unos cincuenta años que me recibió con los brazos abiertos, aunque me hizo notar que el mundo del fútbol sigue siendo bastante cerrado para las mujeres que, como nosotras, queremos hacer carrera.

Es la *entrenadora jefe de fuerza y acondicionamiento físico del equipo* y, en la práctica, desarrolla los programas de entrenamiento individual y en grupo de los atletas evaluando su condición psicofísica, supervisa sus progresos y los recalibra cuando es necesario mediante una evaluación evolutiva.

—Todo va muy bien, doctora, estoy encantada de poder trabajar estrechamente con atletas tan prometedores y nadie ha adoptado un comportamiento inadecuado. Por favor, llámame Savannah.

Ella asiente y sonríe brevemente.

—Me alegro y usaré Savannah, pero solo si me llamas Nadia, ¿vale? —Espera a que asienta antes de continuar—. Bien. Sé que tu hermano juega al fútbol desde el instituto y que conoces muy bien este deporte. Eso es una gran ventaja, pero aun así me gustaría que repasáramos juntas algunos puntos clave para que los tengas en cuenta durante tu estancia en el equipo.

—Estoy lista —digo, levantando el bolígrafo y el bloc de notas que tengo en la mano.

—Empezamos por lo básico: el fútbol es un deporte que conlleva mucha tensión y adrenalina y es la combinación perfecta de fuerza física y mental. Nuestro apoyo a estos deportistas no se limita al enfoque de la preparación atlética, sino que también les ayudamos a encontrar la concentración antes del partido para reducir el riesgo de lesiones. ¿Se ha lesionado Nick alguna vez? —me pregunta, quizá para atraerme a la conversación, ya que conoce perfectamente la situación física pasada y presente de mi hermano.

—Afortunadamente, nunca nada grave. Sufrió algunos golpes, como es normal, pero siempre se recuperó de ellos.

—Estoy contenta por ello. Desgraciadamente, por mucho que los jugadores sean conscientes de los riesgos que corren cuando saltan al campo, ocurre que el estrés, un estilo de vida poco saludable o una preparación física subóptima los hacen más vulnerables a las lesiones. Si eliges hacer este trabajo, tendrás que apoyar a un deportista lesionado durante su convalecencia hasta su vuelta al campo, y también tendrás que ayudarlo a no cargar con el miedo a lesionarse de nuevo.

—Supongo que es un temor que no hay que subestimar en un deportista profesional que puede ver cómo su carrera se desvanece en cualquier momento —mi tono de voz tiene un matiz sombrío porque estoy familiarizada con los sacrificios que hacen estos jugadores, y no debe ser nada fácil ver frustrados los esfuerzos de toda una vida por culpa de un hombro maltrecho o una rodilla que ya no funciona correctamente.

Nadia asiente y parece reflexionar un momento sobre mis palabras.

—Cierto, también porque las lesiones que pueden sufrir no son pocas. No es nuestro campo, pero para que te hagas una idea, que sepas que las lesiones más comunes son las de rodillas, hombros, espalda y las más graves pueden ser las conmociones cerebrales. A pesar de ser una lesión infravalorada hasta hace un par de décadas, la conmoción cerebral es un cambio químico en el cerebro que puede provocar la pérdida de ciertas funciones. Ni que decir tiene que cuantas más conmociones cerebrales se tengan, mayor es la probabilidad de sufrir graves consecuencias.

—Debe ser horrible.

—Lo es, pero estamos aquí precisamente para prevenir esas eventualidades en la medida de lo posible —el orgullo y la pasión por este trabajo son evidentes en la voz de la doctora.

—Trabajamos tanto lo físico como lo mental —reflexiono en voz alta.

—Exacto, pero siempre hay que tener en cuenta que no somos ni entrenadores atléticos, ni psicólogos, ni psicoterapeutas. Trabajamos con estos profesionales para tener una imagen clara del jugador y del tipo de trabajo que necesita para alcanzar su máximo potencial.

—¿Así que somos como unas directoras?

—Sí, también podría verse así —cruza las manos frente a él y vuelve a asentir—. Yo diría que es suficiente por hoy, no quiero sobrecargarte de información. Prefiero que interactúes con el equipo y empieces a conocer tanto la dinámica del campo como la del vestuario. Además, crear un entorno de trabajo sano y estimulante también entra dentro de nuestras competencias. ¿Estás lista?

—Por supuesto, gracias por todo, Nadia —me pongo en pie de un salto, lleno de entusiasmo y feliz de contar con una persona tan profesional y apasionada para guiarme.

Saludo y salgo de la consulta de la Dra. McGrain con una determinación renovada y deseando ponerme a trabajar con los chicos.

Distraída por mis reflejos, solo me doy cuenta de la arpa en el último segundo.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Janice me lanza su típica mirada snob y no se digna contestarme, pero si antes la dejaba salirse con la suya por el bien de mi hermano, ahora ni me molesto.

—¿Qué? ¿Te ha comido la lengua el gato? —insisto.

—He venido a ver a mi prometido —responde como si fuera obvio.

—Ex —la aclaración es obligada, aunque me pica la curiosidad por saber más, ya que Nick sigue con la boca cerrada a pesar de mi presión.

La sonrisa que se dibuja en sus labios no me gusta nada y me provoca un escalofrío.

—No te preocupes, la situación se resolverá pronto y estoy deseando poder volver a llamarte *cuñadita*.

Me estremezco ante su suposición, sobre todo porque siempre he estado convencida de que no era la chica adecuada para mi hermano. Aunque la convicción en su tono de voz me preocupa mucho, no voy a darle más vueltas.

—No cuentes con ello —replico, pasando a su lado sin dedicarle más que una mirada.

Tengo que hablar con Nick.

8. HUNTER

Preocupado y sin saber por qué me ha convocado el entrenador, camino con la cabeza gacha y a grandes zancadas por el pasillo de las instalaciones de entrenamiento sin reparar en absoluto en la rubia que se cruza en mi camino. Consigo evitar su caída solo porque tengo brazos largos y reflejos rápidos.

—Perdóname, estaba pensando en otra cosa y no... —La disculpa muere en mi garganta cuando me doy cuenta de que la chica en cuestión es Janice, también conocida como “la zorra que me ha puesto en esta situación”.

—Hola, Hunter.

Incluso tiene el valor de saludarme como si fuéramos viejos amigos.

De repente, me doy cuenta de dónde estamos y miro a mi alrededor para evitar que alguien se dé cuenta de esta interacción no deseada.

No quiero más problemas con el capitán; afortunadamente, el pasillo parece desierto.

—¿Qué demonios haces aquí? —murmuro de todo menos afable.

Janice pone mala cara y agita las pestañas. Pero, por desgracia, esta actitud no se me queda grabada y la miro impasible.

—Bueno, destruiste mi historia de amor, y ahora tienes que ayudarme a recuperar a Nick.

—Me temo que destruiste *tu* relación amorosa en el momento en que decidiste chupármela. Y no te *debo* nada en absoluto. Ahora, si me disculpas... —Intento pasar, pero ella se apresura a cerrarme el paso.

—Yo no me disculpo y tú me lo debes —dice señalándome con el dedo—. Me he disculpado con Nick, explicándole mis razones para hacerlo, pero él no quiere saberlo, ¿sabes? Después de casi cuatro años de relación, ¡piensa que puede dejarme así! —la mirada de Janice adquiere un brillo ligeramente enloquecedor, y me temo que la chica se ha vuelto un poco loca.

—Mira, no sé qué crees que puedo hacer por ti, pero eso es asunto tuyo y no me concierne. Ya estuve una vez en medio y puse en peligro mi carrera, por no hablar del puñetazo en la cara que recibí. Lo siento, pero no tengo intención de volver a hacerlo.

Esta vez, soy más rápido y consigo dejar atrás a la ex novia de Moore y dar por zanjado el asunto.

Me doy cuenta de que me he equivocado cuando estoy a dos metros de la puerta del autocar y vuelvo a oír su voz.

—Los celos de Nick son la única forma de recuperarlo y no voy a fallar. Me ayudarás, de una forma u otra. Puedes elegir hacerlo voluntariamente o te aseguro que encontraré la manera de forzarte... todo el mundo tiene algún secreto oscuro.

Oh, no tienes ni idea.

Ignoro su voz sombría y el escalofrío que me recorre la espalda y llamo a la puerta del entrenador sin mirar atrás.

—Entra, chico.

Hago lo que me dice y me siento con un profundo suspiro en una de las sillas frente a su

escritorio.

Descarto la extraña conversación que acabo de tener y me centro en el hombre que tengo delante.

El entrenador Davies es físicamente imponente y jugó en la NFL durante varios años antes de que una rotura de ligamentos del hombro le obligara a decir adiós al fútbol profesional. Sin embargo, es un excelente entrenador, sabe hablar con los jugadores y sus esquemas son innovadores.

—¿Todo bien, entrenador? —Me entran sudores fríos porque, normalmente, cuando te llaman la razón es una sola: la has cagado y te espera una bronca.

—Sí, Hunter. Quería saber si te estás asentando o si mis chicos siguen siendo unos imbéciles.

—Todo va genial en el vestuario, señor —aunque tuviera que pelearme a diario con mis compañeros, no podía llevárselo al entrenador porque tendríamos que solucionarlo entre nosotros. Afortunadamente, la situación ha mejorado mucho y he encontrado en Lucas un gran compañero de copas.

—Me alegro por ello. Me he dado cuenta de que aún no me has pedido entradas para los partidos de casa, sabes que tu familia puede venir a verte cuando quieras, ¿verdad?

—Sí, pero están muy ocupados. No creo que puedan venir —la mentira se me escapa fácilmente, estoy acostumbrado a mentir sobre mi situación familiar desde antes de llegar a la JCU.

Davies me observa un momento, luego suspira, sacudiendo la cabeza.

—Conozco tu situación familiar, chico —levanta una mano ante mi expresión de asombro—. No te obligaré a contármela, pero si quieres desahogarte con alguien, mi puerta siempre está abierta.

No creo que las cosas con mi madre se puedan salvar, al menos no hasta que decida que sus hijos son más importantes que el alcohol y las drogas.

Me gustaría resolver la tensión con mi hermana, pero la culpa de haberla abandonado con nuestra madre loca me corroe el estómago.

Suspiro sin encontrar fuerzas para dar aliento a mis pensamientos.

—Gracias, entrenador, se lo agradezco.

Asiente y, tras un momento, dice:

—También quería preguntarte cómo te va con los estudios y si tienes las notas bajo control —su tono no tiene ningún sesgo particular, pero creo saber a qué se refiere.

Ah.

—Claro, entrenador. Todo está muy bien, tuve una C en la última prueba, pero ya estoy listo para recuperarme.

—Me alegra oírte decir eso, porque si tus notas bajan del aprobado, te mandarán al banquillo.

—Soy consciente de ello, entrenador, pero no va a suceder.

Davies me mira con seriedad y vuelve a asentir.

—Bien. Lo último de lo que quería hablarte es de tu relación con Moore.

Otro punto delicado.

—Yo diría que va bastante bien, señor, no ha habido más tensión —esto es medio mentira porque Nick todavía me mira cada vez que puede, sin embargo, ha sido inteligente: me aísla, sin excluirme; me mantiene a distancia del grupo, sin apartarme.

Por desgracia, seguimos siendo rígidos en el entrenamiento y dos de cada tres veces es instintivo que eviten mi lado. En resumen, cada vez que damos un paso adelante, poco después damos tres hacia atrás.

—Hmm —murmura Davies—. Eso no es lo que he oído. El rector está inquieto, el coordinador de ataques está al borde de un ataque de nervios y yo no puedo decir que duerma tranquilo. Recuerda que todos estamos bajo observación aquí, pero ustedes dos en particular. Un paso en falso y los mando a *formar equipo, a crear lazos* o como coño se llame. ¿He sido claro?

—Como el agua, señor.

—Fantástico. Ahora, sal de mi oficina.

Nunca imaginé que el paso en falso se produciría solo unos días después.

El público está atónito, el banquillo en silencio, los adversarios lo celebran como si acabaran de ganar el campeonato.

Santo cielo.

Acabamos de perder en casa contra Wilmington College.

Un partido que, sobre el papel, era pan comido.

Un partido en el que nuestro quarterback no confió en mi lado de la línea ofensiva, haciendo que nuestras jugadas fueran demasiado legibles para la defensa rival y haciéndonos perder unos puntos preciosos.

Acabamos tres puntos por debajo en un partido que podíamos habernos llevado a casa con los ojos cerrados.

Me quito el casco molesto y vuelvo a los vestuarios decepcionado y amargado. *Y molesto.*

Cuando el quarterback también hace su entrada y por fin estamos lejos de miradas y oídos indiscretos, cargo hacia él.

—¿Cuál es tu puto problema?

—Tú eres mi maldito problema, Jones. ¿No confío en ti o crees que no sé lo de Janice? ¿Pensaste que podías conocerla bajo mis malditas narices sin que me enterara?

Sacudo la cabeza con incredulidad ante la terquedad de este idiota.

—Escúchame tú a mí, imbecil. No sé qué crees que sabes, pero me importa una mierda tu ex. Lo único que me importa es la NFL. Y no voy a dejar que arruines mi futuro porque no puedes manejar tu relación o lo que sea.

Nick da un paso adelante y ahora estamos nariz con nariz, él me supera en un par de centímetros, pero yo soy más robusto.

—¿La lección de la última vez no fue suficiente para ti, Jones? ¿Quieres otra? —Su voz es oscura y amenazadora, pero no me asusta.

—La última vez estaba borracho y en desventaja. Puedes intentarlo ahora, Moore, pero no te garantizo que salgas de aquí por tu propio pie.

La tensión entre nosotros está por las nubes y en sus ojos leo el deseo loco de darme un puñetazo en la cara, un rincón de mi cerebro registra el silencio sepulcral que nos rodea, pero estamos demasiado absortos en nuestra batalla de miradas y testosterona para darnos cuenta de que Davies, Hegamin y los demás entrenadores se han unido a nosotros en el vestuario.

—Demasiado para *proceder bastante bien* —empieza el entrenador en un tono que me pone los pelos de punta mientras Nick y yo retrocedemos poniendo algo de distancia entre nosotros—. Hace cuarenta y ocho horas, los cité a los dos en mi despacho y ambos me aseguraron que no hay problemas entre ustedes y que el pasado ha quedado archivado.

Nick resopla, yo bajo la mirada al suelo y Davies continúa su discurso:

—Un millón de jóvenes estadounidenses juegan al fútbol en el instituto, solo el cinco por ciento lo hace en la universidad, pero ¿saben cuántos de ese cinco por ciento llegan a la NFL?

Nadie se atreve a decir ni pío, y lamento que nuestros camaradas se lleven semejante bronca por culpa de las estúpidas desavenencias entre el quarterback y yo.

—Solo el uno por ciento. Uno. Por. Ciento —el entrenador repite lentamente el porcentaje y cada palabra es una puñalada dolorosa, pero necesaria—. Significa que de un millón de chicos, solo quinientos llegan a la liga mayor de este deporte. ¿Creen ustedes, acaso, que algún equipo querría en sus filas a alborotadores incapaces de seguir las jugadas porque no se llevan bien?

Como antes, la pregunta es retórica y ninguno de los presentes abre la boca.

—Moore, Jones, quiero una respuesta de ustedes. ¿Creen que un equipo profesional los querría si actúan como dos imbéciles que no pueden seguir las jugadas porque se pelean como dos mocosos?

—No, señor —respondimos Nick y yo a coro.

—Exacto. Pues yo tampoco. Por eso, a partir del próximo partido y hasta que demuestren su valía a mi equipo, se quedarán los dos en el banquillo.

El entrenador Davies sale del vestuario seguido de todos los entrenadores y preparadores físicos, mientras nuestros compañeros empiezan a murmurar decepcionados y arrepentidos.

¿Moore y yo? Los dos nos quedamos quietos e intercambiamos una mirada de asombro.

Somos dos imbéciles.

9. SAVANNAH

Gracias al pase familiar que me consiguió Nick, consigo llegar a la salida de los jugadores antes de que lleguen los *Blue Streaks*.

En la derrota, suele ser Nick el primero en asomar la nariz fuera del vestuario para ver cómo está el ambiente, pero esta vez Hunter se le adelanta, saliendo de las instalaciones como si tuviera al diablo pisándole los talones... o a un quarterback molesto.

Los pantalones de chándal que lleva no ocultan sus músculos definidos, su paso cadencioso es puro encanto, pero su arma letal son esos ojos negros en los que parece nadar.

Cuando esas armas letales se acercan a mí, se vuelven aún más negras y temo ahogarme en ellas.

Este tipo parece sacado de una revista de moda y es guapísimo.

Dios, Sav, contrólate.

—¿Tu hermano puede ir solo al baño o también tienes que acompañarle? —El tono de Hunter es cortante y sus palabras son un puñetazo en las tripas por la atracción que empiezo a sentir hacia él, sin embargo comprendo el enfado que siente y decido dejarlo pasar desviando mi mirada hacia sus hombros mientras espero a que llegue Nick.

—¿Qué? ¿La princesita solo habla con los que pertenecen a la corte del rey?

Suspiro profundamente, pero no me muevo ni un milímetro. No dejaré que sepa el impacto que su mera presencia tiene en mí.

—Ah, ya veo. Has venido a consolar al pobre rey despistado que estará en el banquillo los próximos partidos.

Mi cabeza gira tan rápido en su dirección que casi me choco con sus pectorales, él es *muy alto*.

¿Y cuándo se acercó tanto?

Dios, huele tan bien.

Savannah, contrólate, por el amor de Dios.

—¿De qué estás hablando? —Intento concentrarme en el dato clave que me ha dado su indirecta.

—Tu querido hermanito nos ha metido en una situación jodida y ahora nuestro futuro profesional está en riesgo por culpa de sus celos de mierda.

—¿Qué te pasa? —Sacudo la cabeza en un vano intento de seguir el ritmo de todo lo que dice Hunter—. ¿Crees que mi hermano está celoso de ti? —replico incrédula y un poco desconcertada.

¿Por qué debería haber celos entre los dos? Lo entendería si fueran dos quarterbacks o dos guardias ofensivos compitiendo por la titularidad, pero tienen funciones diferentes, aunque complementarias.

Hunter se ríe entre dientes y es su turno de sacudir la cabeza, entonces parece darse cuenta de que no he seguido su razonamiento y me mira fijamente, entrecerrando los ojos.

—¿De verdad no sabes por qué tu hermano tiene esta actitud de mierda hacia mí?

Lo pienso un momento, repasando en mi mente todas sus interacciones de las que he sido

testigo y me doy cuenta de que, en realidad, a Nick nunca le agradó Hunter.

—No, no sé qué ha pasado entre ustedes dos, pero es bastante obvio que tienen que arreglar las cosas si no quieren perjudicarse a ustedes mismos y al equipo.

Estamos tan cerca que lo siento contener la respiración, impresionado por mis palabras, su cuerpo irradia tal calidez que me abruma y, por un momento más, me pierdo en esos ojos negros, sucumbiendo a su poder.

Me doy cuenta de que he separado los labios cuando desplaza su mirada a mi boca y su expresión se vuelve voraz mientras un calor me sube por el pecho y florece en mis mejillas.

Este tipo me va a volver loco si no me pongo las pilas ahora mismo.

Pero él es el primero en recuperarse de la tensión entre nosotros, da un paso atrás y sus facciones retoman su expresión inescrutable habitual.

—Tengo que irme —dice a modo de explicación, antes de darme la espalda y alejarse.

—Hunter.

Se detiene y me mira por encima del hombro.

—¿Qué pasó entre tú y mi hermano?

Suspira profundamente y en su mirada leo indecisión y algo más que no puedo definir.

—Lo siento, Sav. Pregúntale tú.

Y entonces, se da la vuelta y se va.

Me quedo observándole hasta que desaparece en el aparcamiento, y no puedo negar que una parte de mí quiere seguirle y sacarle una respuesta como sea.

Resoplo y me vuelvo hacia la salida con una creciente confusión en la cabeza y una creciente sensación de duda.

La puerta se abre y los demás jugadores se marchan en silencio, todos con la misma expresión de decepción y amargura, pero mi hermano tiene un tinte furioso en la mirada que no presagia nada bueno.

Su expresión es un calco de la de Hunter hace un momento y tengo que contenerme para no sacudir la cabeza. Estos dos cabezas huecas no se llevan nada bien, pero tengo la clara sensación de que están cortados por el mismo patrón.

—Hola— saludo a Nick cuando pasa a mi lado y él retrocede como si hubiera estado en trance hasta ese momento.

Incluso consigue sonreírme, pero es una sonrisa que no le llega a los ojos.

—Hola.

—No has jugado tan mal —mi intento de consuelo debe de ser bastante pobre si la ceja arqueada de mi hermano sirve de indicio.

—Está bien, sin duda podrías hacerlo mejor, pero estoy segura de que ganarás la próxima vez.

—Ganaremos —murmura Nick con tristeza, confirmando la anticipación de Hunter.

—¿Hablas en serio?

—Como la muerte.

—Mierda... lo siento —escudriño a mi hermano por un momento, nunca lo había visto tan abatido, pero este no es el lugar para hablar—. ¿Quieres comer algo?

Suspira y lanza una rápida mirada a sus compañeros.

—Claro. Algo rápido, ¿de acuerdo?

—Vamos.

—Escúpelo —en cuanto tomamos asiento en la mesa del establecimiento elegido por mi

hermano -él prefería evitar la de Linda-, me lancé al ataque, decidida a obtener respuestas.

—No hay nada que decir. Perdimos como imbéciles porque al equipo le faltó la armonía necesaria. Evidentemente, las últimas incorporaciones no fueron tan providenciales como creían en la cúpula.

El resentimiento en la voz de mi hermano es innegable, pero no es la primera vez que se añade un jugador a la plantilla disponible unas semanas antes del comienzo de la temporada.

Esta es la primera vez que Nick ha hecho un problema de ello.

—¿Hay celos entre ustedes? —Ni siquiera sé por qué lo pregunto, pero en un rincón de mi memoria las palabras de Hunter vuelven con fuerza.

Nick se pone rígido y su mirada se desvía hacia un lado, como si no quisiera que leyera la verdad en sus ojos.

—Por favor, ¿qué celos quieres que haya? Él tiene su papel, yo el mío, solo tenemos que encontrar la dinámica adecuada.

El tono es correcto, las palabras también, pero es mi hermano mayor y lo conozco mejor que la palma de mi mano: puedo oler su mierda a un kilómetro de distancia.

Le doy una breve palmada burlona y enarco una ceja sin disimular mi escepticismo.

—Buena versión oficial. Ahora, la verdad, ¿vale?

Se limita a poner los ojos en blanco y resoplar.

—No sé a qué te refieres.

Y entonces, la duda inculcada por Hunter florece en mi cabeza y saco a relucir el único argumento que podría llevar a mi hermano al abismo.

—¿Está Janice involucrada?

Es un momento fugaz, solo un breve instante de duda, pero está claro que la arpía tiene algo que ver.

Nick se pellizca el puente de la nariz con el pulgar y el índice y cierra los ojos.

—Sav, no quiero hablar de ella. ¿Te importa?

—Solo lamento que esa chica cause descontento en tu equipo y ponga en peligro todo por lo que has trabajado tan duro durante años.

Permanece inmóvil, en silencio y con los ojos cerrados, sus rasgos dibujan una expresión pesada y decepcionada.

Probablemente, por sí mismo.

Cruzo la mesa y pongo una mano sobre la de mi hermano, mucho más grande y cálida que la mía.

—Puedes hablar conmigo. Estoy aquí para apoyarte y escucharte. ¿No has leído el código de los hermanos?

Intento amortiguar la tensión y Nick me recompensa con una pequeña sonrisa, luego abre los ojos y parece haber recuperado parte de su típica lucidez.

—Lo sé, Sav. Nunca lo he dudado, pero Janice sigue siendo un punto conflictivo. Aunque tienes razón, ella es la razón por la que me cuesta cooperar con cualquiera de mis compañeros en este momento. Dame un poco de tiempo para procesar y vamos a hablar de ello, ¿de acuerdo? — Ella corresponde el apretón de mi mano y en sus ojos solo leo sinceridad.

No puedo evitar ceder y dejar que se tome su tiempo, pero mi curiosidad empieza a crecer y temo a quién tendré que recurrir para satisfacerla.

10. HUNTER

Tengo unas ganas de destrozarlo todo que me tiemblan las manos y, si sigo apretando los dientes, no me extrañaría encontrarme con uno astillado.

Lucas me dice algo que no oigo, yo gruño una respuesta vaga y repito el ejercicio que nos asignó el entrenador Hegamin, pero mi cabeza está en otra parte.

—¿Algún problema, Jones?

—No.

—No he oído bien, *muchacho*.

—No, *entrenador*. Todo despejado.

—Entonces mueve el culo y no me hagas perder el tiempo. Levanta esas rodillas y aumenta la velocidad.

—Sí, señor.

Mi cuerpo sigue diligentemente las instrucciones, pero mi mente está atascada en el partido del sábado pasado. Con solo pensarlo, la rabia vuelve con fuerza.

Dentro de dos días estaremos fuera para el partido contra el Marietta College y no jugaré como titular.

Sigo sin darme cuenta.

Una parte de mí alberga la esperanza de que el entrenador, después de imponernos a Moore y a mí una lección de humildad, nos siga alineando, pero la otra parte está segura de que es una esperanza vana.

—Oye, deja de gruñir, eres bastante espeluznante —Lucas me palmea las costillas, que apenas noto, y luego levanta las manos en señal de rendición cuando le miro mal.

—Dios, parece que estés a punto de matar a alguien —se ríe entre dientes.

Como si hubiera algo divertido en ello.

—No es una puta broma. Perdimos el último partido y no podemos permitirnos más pasos en falso si queremos llegar a la meta.

Lucas se encoge de hombros, relajado y sin ninguna preocupación.

—Esta vez también estaremos bien y seremos lo primero.

El entrenamiento continúa, pero mis pensamientos se centran en el sábado, en el futuro y en ese capullo de Nick Moore al que me gustaría romperle los dientes.

Tómatelo con calma, Hunt. Si las cosas van como deberían, puede que tengas que vigilar la espalda de ese idiota más tiempo del que crees.

Suspiro profundamente, aflojo los músculos y continúo el ejercicio bajo la atenta mirada de Hegamin, quiero que las evaluaciones a las que someterá al entrenador Davies sean perfectas para que la posibilidad de dejarme fuera le resulte inconcebible.

Una hora e innumerables curvas después, me meto en la ducha y rezo para que el agua se lleve al menos parte de mi resentimiento, porque en realidad estoy a un tiro de piedra de partirle la cara a mi capitán y eso sí que pondría en peligro mi trabajo en la NFL.

Y la oportunidad de cambiar mi vida... y la de mi hermana.

Helena tenía trece años cuando me fui de casa para ir a la universidad con una beca deportiva. Solo unos meses después, nuestra madre decidió que si no necesitaba quedarme en casa con ellos, ni siquiera debía sentir la necesidad de llamar.

Un buen chantaje. Sí, porque mi querida madre sabe muy bien que no puedo poner un pie en nuestro pueblo, Moraine, no después de lo que pasó con su cuarto marido.

Sin embargo, echo de menos a mi hermana y le prometí que la sacaría de ese infierno.

Solo espero que aún me esté esperando.

Todavía estoy pensando en cómo contactar con Helena cuando la siento entrar. Y es la cosa más extraña del mundo porque no hace ningún ruido en particular, pero la siento en la piel como se siente la luz del sol.

Suspiro pesadamente y sacudo la cabeza, pero evito darme la vuelta.

A mi lado, Lucas se ríe.

—Tienes mala cara, hombre —murmura en voz baja antes de reunirse con Savannah, que, como de costumbre, nos trae botellitas de agua fresca.

Me armo de valor y me doy la vuelta, intento pegar una sonrisa en mi cara, pero es inútil.

Savannah es un radiante rayo de sol en un mar de testosterona. Su larga melena castaña le cae en cascada por la espalda. Sus ojos, de un hipnótico tono esmeralda, brillan con astucia y curiosidad. Una sonrisa genuina baila en sus labios, iluminando su rostro como mil estrellas.

La observo desde la distancia, consciente de la tentación prohibida que representa, pero impresionado por el efecto que Savannah ejerce en el mundo que la rodea: cada vez que entra en una habitación, todo el mundo a su alrededor parece soltar un suspiro colectivo, embelesado por su belleza y, aún más, por su personalidad.

—Joder, ahí tienes baba —Lucas se señala un lado de la boca, vuelve a su puesto y me da un codazo en el costado.

Esa chica es un peligro, una llama vibrante que me atrae hacia su ardiente calor, y no puedo permitirme dar rienda suelta a la atracción que siento hacia ella desde la primera vez que la vi.

Cada vez que nuestras miradas se cruzan, me recorre una descarga eléctrica que amenaza con romper la frágil barrera que he construido. Es una batalla sin cuartel entre el deseo y la responsabilidad, y no puedo negar que hay momentos en los que temo que el deseo esté sacando lo mejor de mí.

Como imaginaba, dos días después me encuentro en el banquillo viendo a mis compañeros luchar con todas sus fuerzas para mantener el empate en el tercer cuarto.

A mi lado, Nick es un manojo de nervios y parece dispuesto a saltar en cualquier acción.

Quizá ni siquiera se da cuenta, pero medio adivina las jugadas interpretando los movimientos y gestos del quarterback que le sustituye, un chico de segundo año que parece un niño asustado ante el matón del barrio mientras el Nose Tackle de *los Pioneers* le grita lo que le va a hacer cuando le pille.

El guardia ofensivo que me sustituye también es de segundo año y, aunque no sé sus nombres, no hace falta ser un genio para darse cuenta de que son demasiado enclenques y parecen demasiado perdidos para llevarse el resultado a casa.

Dios, nunca saldremos adelante así.

Me vuelvo hacia el entrenador Hegamin intentando llamar su atención, pero está totalmente concentrado en lo que ocurre en el campo.

Es una apuesta arriesgada, enorme, pero tengo que intentarlo. Se lo debo a mis compañeros, a

los aficionados, a mí mismo.

Me levanto y camino lenta y decididamente hacia el coordinador del ataque, que se fija en mí cuando estoy a tres metros de él.

—No —es un monosílabo, pronunciado en voz baja y firme que no me deja ninguna posibilidad de réplica, apagando cualquier llama de esperanza de ganar este juego—. Vuelve a tu asiento y soporta el peso de tus decisiones.

Permanezco quieto, de pie a unos metros de él, mientras oigo al público animar al equipo que pierde yardas en cada jugada, hasta que llega el turno de lanzar de nuestros rivales.

Vuelvo al banquillo, impotente y atónito, igual que el público cuando el árbitro pita el final del partido quince minutos después.

Por primera vez en la historia de la JCU, perdemos diecinueve a veintiuno en casa contra el Marietta College y ellos lo celebran como si hubieran ganado el maldito Super Bowl.

Miro a Moore y está blanco como un fantasma, parece a punto de desmayarse mientras sigue sacudiendo la cabeza como si no pudiera despertarse de una pesadilla.

Ya somos dos, hermano.

Veo a mis compañeros abandonar el campo con cara de desconsuelo, incrédulos ante un resultado que nadie habría podido imaginar.

Me encuentro con la mirada de Lucas y se me forma un nudo en la garganta cuando me doy cuenta de que ha perdido su sonrisa traviesa, simplemente sacude también la cabeza y le sigo hasta el vestuario.

Nos movemos como autómatas, en un silencio pesado que parece tan espeso como el humo. Nadie se atreve a hablar, pero no me pierdo las miradas que recibimos Nick y yo.

Bueno, yo más que Moore, pero él es el capitán y el chico de oro del equipo.

—Caballeros —comenzó el entrenador Davies al entrar, seguido por el cuerpo técnico—. Salimos derrotados de este partido, pero podemos sacar algo bueno de él. Sé cómo se sienten ahora mismo y quiero que memoricen cada detalle, para que luchen hasta la muerte para no volver a sentirse así.

Se oye un murmullo entre las taquillas, pero sigo concentrado en el entrenador.

—El fútbol es un deporte de equipo y todos son necesarios para lograr el resultado. Sin embargo, si hay tensión entre los jugadores o la dinámica no es perfectamente homogénea, puede desembocar en esto: un fracaso flagrante y sin precedentes. Esto es culpa de todos y cada uno de nosotros y espero que les sirva de lección para mejorar y centrarse única y exclusivamente en el juego.

—Sí, entrenador —el coro que responde al entrenador casi hace vibrar las taquillas.

—Bien —le veo tragar saliva un par de veces, antes de volver a tomar la palabra—. Desafortunadamente, hay una cosa más que necesitan saber.

El vestuario se queda en silencio y tengo la sensación de que alguien incluso contiene la respiración.

—Lamentablemente, la esposa del entrenador Thomas Anderson, de los *Osos Polares*, el equipo de la Ohio Northern University, ha fallecido tras una larga enfermedad y... —se aclara la garganta como si tuviera dificultades para continuar mientras alguien murmura una oración—. Conozco a Thomas desde la universidad y no dudé ni un momento cuando me pidió algo de tiempo para recuperarse. La Junta ya está trabajando para aplazar el partido y reprogramar el calendario: eso significa que tendremos dos semanas antes de enfrentarnos a los *Capital University Comets* en la carretera.

Noto una mirada extraña entre él y el entrenador Hegamin, antes de que vuelva a mirarnos.

—Nos vamos dentro de dos días: los quiero en algún lugar dejado de la mano de Dios y aislado del resto del mundo por culpa de ese... cómo se llama....

—La “*unión de equipo*” —llega al rescate de Hegamin.

—Sí, así es. Eso mismo —acompaña las palabras con una mirada aguda dirigida a Nick y a mí, y no hay manera de fingir que este retiro improvisado no se organizó para arreglar las cosas entre nosotros dos.

11. SAVANNAH

—¿Estás lista, Sav? —me llama Lara mientras termino de aplicarme el rímel.

Me las arreglo para no meterme el aplicador en el ojo y me echo un último vistazo rápido en el espejo.

—Ya he terminado, podemos irnos.

Un minuto después, estamos bajando las escaleras para no llegar tarde a nuestras respectivas citas. Ella, con el equipo de radio. Yo, con la Dra. McGrain.

—Entonces, ¿lo estás disfrutando? —le pregunto, aunque la respuesta es evidente en el brillo de su mirada cada vez que habla de su nuevo compromiso. *Y no se trata solo de los créditos adicionales que obtendrá.*

—Es para morirse —suspira feliz mientras salimos del dormitorio. Por suerte, las instalaciones deportivas y la emisora de radio están en la misma dirección y tenemos tiempo para hablar—. Me alegro mucho de haber ido a esa entrevista. Me estimulan a dar lo mejor de mí cada día y a no conformarme con escribir el típico articulito sobre el deportista más popular o más glamuroso. Me estimulan constantemente a ir *más allá*. A buscar esa noticia extra, la que nadie conoce todavía.

—Me alegro de que te guste tanto. ¿Vas a presentar hoy tus ideas para el próximo *podcast*? —En los últimos días, la he visto haciendo docenas de búsquedas en Internet sobre estrategias de juego, patrones e incluso estadísticas *de Blue Streaks*.

—Sí, tengo una sopa de ideas en la cabeza, aunque estoy convencida de que ahora los chicos de dentro y fuera del campus quieren saber qué le pasa al equipo.

Mi suspiro está lleno de amargura.

—La derrota contra Marietta no fue a propósito.

—Cierto, pero da mucho que hablar. ¿Sabes que los videos del partido se han hecho virales más que las últimas victorias?

—¿Se supone que debo alegrarme por esto? —murmuro descontenta.

—Sav, sé cómo te sientes y, créeme, yo también lo siento por el equipo, pero intenta ver el vaso medio lleno. Es como si los aficionados se hubieran *acostumbrado a* las victorias constantes y esta derrota les hubiera dado una sacudida. Las entradas de invitados para el próximo partido ya están *agotadas*.

Me detengo de repente y le dirijo una mirada llena de asombro.

—¿Estás de broma?

Una sonrisa se dibuja en su rostro en forma de corazón. En absoluto. Por primera vez en cinco años, las entradas de invitados para el partido fuera de casa contra los *Comets* se agotaron más de una semana antes del partido.

Empiezo a caminar de nuevo intentando pensar en lo que me acaba de decir mi amiga.

El viaje a Columbus nunca ha sido importante, el resultado casi siempre se daba por descontado -tanto como puede serlo en el deporte-, sin embargo, desde que Nick está en la JCU, no recuerdo haber presenciado nunca un lleno absoluto en la zona del equipo visitante. Y ahora,

esto.

¿Hay algún resquicio de esperanza en la mala fase que atraviesa el equipo?

Lara casi me lee la mente.

—Es la forma que tiene la afición de decir a los jugadores que estamos aquí, que *los apoyamos, que no se rindan*.

—Es increíble. ¿Crees que los chicos lo saben? —Estoy atónita, no tiene sentido eludirlo.

—No tengo ni idea. Solo he podido averiguar que el entrenador quiere segregarlos en algún sitio hasta que dejen las escaramuzas a un lado y empiecen a ponerse serios.

Por un momento, mis cejas casi me llegan a la línea del pelo y sacudo la cabeza.

—No es que pueda culparle —murmuro.

—Hmm, esperemos que funcione. Es el año crucial para tu hermano y dentro de unos meses es el draft —no dice nada que no sepa ya, pero percibo claramente la preocupación en su tono y me golpea como un puñetazo en el pecho.

—¿Estás preocupada?

—¿Tú no? —responde, mirándome de reojo.

—Sé quién es mi hermano y lo que puede hacer. No dudo de que la NFL irá a por él a la primera oportunidad —la confianza que tengo en él no se tambalea por nada del mundo.

—Yo también sé lo que Nick puede hacer, Sav —es el turno de mi amiga, que se detiene un momento para dirigirme una mirada seria—. Nadie lo duda, pero el equipo necesita mantenerse alto en la clasificación si quiere estar entre las primeras elecciones del draft.

Suspiro con dureza ante la verdad de sus palabras.

—No sé qué hacer, Lara —sacudo la cabeza, desmoralizada—. Nick no quiere hablar conmigo, no quiere decirme qué le pasa ni por qué está tan enfadado con Hunter. Yo también he intentado hablar con él, pero solo me contesta con sarcasmos y frases a medias.

—Mmh— responde mi amiga sin pensar.

La observo atentamente y noto la típica expresión de cuando tiene algo que decirme que cree que no me va a gustar.

—Escúpelo —la insto sin darme la vuelta.

—Sav, ¿has pensado alguna vez en el tiempo?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, he estado intentando averiguar cuándo empezó este mal rollo entre ellos —me revela Lara mientras la emisora de radio se vislumbra en el horizonte—. Tengo la fuerte sensación de que empezó cuando el equipo de Jones perdió contra los *Blue Streaks* el año pasado.

—Si es así, sería profesionalmente inmaduro. Además, ¿por qué mudarse aquí?

—Aún no lo sé, pero estoy buscando respuestas. Por cierto... —Lara hace una pausa, lanzándome una mirada insegura y yo le hago un gesto con la cabeza, invitándola a continuar—. Es la misma época en que Nick y Janice rompieron.

Me paraliza de repente, mientras todas las tuercas de mi cerebro empiezan a girar furiosamente.

—¿Hablas en serio?

Lara asiente con seriedad y yo pierdo el ritmo ante los posibles escenarios que se ciernen en mi mente.

—¿Crees que Hunter se insinuó a esa arpía para molestar a Nick? —le pregunto, y tengo que obligarme a ignorar la punzada de dolor que siento en el pecho.

No puedo negar que lo he observado en cada oportunidad, y nunca lo he visto coquetear en el

campus, y ciertamente no le faltan oportunidades. Para ser justos, lo he visto casi siempre reservado para sí mismo o con Lucas y algunos otros, apenas dirigiendo una mirada a las chicas que coquetean con él. Excepto en aquel momento fuera de la cancha después de la derrota contra Wilmington o las largas miradas que le dedica a tu servidor en la biblioteca cada vez que nos encontramos.

Hunter me confunde y me atrae. Y no sé qué me asusta más.

—No me creo nada salvo los hechos y, de momento, no los tengo. Haré lo que pueda para averiguar más. Mientras tanto, intenta el método de la hermana pequeña: cuando eras pequeña, siempre funcionaba.

Suelto una risita.

—Sí, tienes razón. Últimamente, sin embargo, Nick está distante y siempre de mal humor. Parece insensible e inalcanzable, incluso para nuestro vínculo.

Lara se detiene bruscamente y me pone las manos en los hombros.

—Eso no es cierto en absoluto, Sav. Eres su hermana pequeña, y a pesar del mal humor, de la mala racha y de toda la mierda tras la que se atrinchera tu testarudo hermano, sigue siendo exactamente eso: tu hermano.

Aparto las lágrimas, porque era justo lo que necesitaba oír, y me obligo a sonreír.

—Tienes razón. Volveré a hablar con Nick y, esta vez, tendrá que confiar en mí.

—¡Bravo, mi amiga!— Lara señala el punto donde nuestros caminos deben separarse—. Llámame más tarde, a ver si almorzamos juntas. Y, eso sí, vuelve como una ganadora.

—No quiero que te sientas en modo alguno obligada a asistir, Savannah, pero que sepas que, en caso de que quisieras hacerlo, tendrías una excusa completa para las faltas a clase y crédito extra para las *prácticas* —tres horas después de mi charla con Lara, estoy en el despacho de la doctora McGrain, que me ha citado urgentemente tras la abrasadora derrota contra el Marietta College.

—Dra. McGrain...

—Ya hemos establecido que puedes llamarme Nadia —me interrumpe con una suave sonrisa.

—Sí, tienes razón, Nadia. Para mí, sería un verdadero honor participar en el retiro —y *tal vez averiguar qué demonios pasa entre mi hermano y Hunter*, pero eso me lo guardo para mí.

—Genial, la salida está prevista para mañana por la mañana. El entrenador no quiere perder ni un minuto en poner en orden las filas. Esta tarde, los chicos tendrán una reunión con los coordinadores de los distintos departamentos, pero nuestra presencia no es necesaria —esboza una breve sonrisa y luego me mira con seriedad—. En realidad, el entrenador Davies dudaba mucho de tu presencia, pero mi opinión le ha hecho cambiar de opinión.

Aprieto los labios, no quiero poner a nadie en una situación incómoda.

—Si el entrenador considera que mi presencia es contraproducente, puedo quedarme en el campus. No hay problema —utilizo un tono de voz tranquilizador, sin querer hacerle saber que, de hecho, estoy muy preocupada por la situación que se está desarrollando entre Nick y Hunter.

—No te preocupes, Savannah. He conocido a tu hermano y es un líder nato. Además de tener una vena protectora muy fuerte y una tendencia increíble a querer dar buen ejemplo. Tu presencia podría incitarle a llegar a un acuerdo con los compañeros de equipo con los que actualmente tiene roces sin tener que ir en contra de las órdenes del cuerpo técnico.

Cuando la Dra. McGrain me habla así, no puedo negar que casi parece más una psicóloga, pero, por otra parte, ya me había explicado que nuestro trabajo pretende trabajar tanto sobre el cuerpo como sobre la mente de los deportistas, aunque seamos más directores que especialistas

en los dos campos.

Suspiro y asiento.

—Estoy de acuerdo con tu valoración de la personalidad de Nick, por eso no me explico su comportamiento con Hunter. Es un atleta muy prometedor y juntos podrían ser imparables; sin embargo, parece que ni siquiera pueden compartir el mismo aire.

Suelto lo que estoy pensando de un tirón, arrepintiéndome solo por un momento, entonces veo que la doctora McGrain tensa los labios en una fina línea y la sensación de que sabe algo que yo ignoro se hace palpable y apremiante.

Un segundo después, se da cuenta de que la miro con curiosidad y sonrío. Lástima que sea una sonrisa que no le llega a los ojos. Estoy segura de que encontrarán un terreno común. Solo necesitan crear el sentimiento adecuado para llevarlo al tribunal.

—Sí, claro —mi tono es más falso que un billete de tres dólares—. Bueno, si eso es todo, iré a hacer la maleta y a hacer unos recados.

—Claro, Savannah, adelante. En una hora a lo sumo, te enviaré todos los detalles de nuestro destino y me aseguraré de que la secretaría entregue un aviso con la justificación de las ausencias directamente a tus profesores. Nos vemos mañana a las ocho en punto.

Me levanto sonriendo y cruzo el escritorio para estrecharle la mano.

Ni siquiera he salido por la puerta cuando saco el móvil e inicio la marcación rápida.

—*Hola, ¿vamos a comer juntas?* —contestó Lara al primer timbrazo.

—Con mucho gusto, pero no llamo por eso —Hablo con ella y, mientras tanto, reflexiono sobre toda la situación que envuelve al equipo de fútbol como una nube de humo, me hago un millón de preguntas y encuentro todas las respuestas menos una.

—*¿Qué está pasando?*

Retrocedo ante la voz de mi mejor amiga y concluyo que dos cerebros podrían examinar y sacar conclusiones mejor que uno solo.

—¿Alguna vez has pensado en ser periodista de investigación?

12. HUNTER

Suelto un profundo suspiro, sacudo la cabeza con la esperanza de que solo sea una pesadilla y luego miro la notificación de correo electrónico en mi teléfono. Es el recordatorio del retiro del equipo, un evento que he estado temiendo desde el momento en que vi el nombre de Savannah en la lista de participantes.

He conseguido evitarla en la medida de lo posible durante los entrenamientos y las reuniones de equipo, pero este retiro significa que no podré escapar a su presencia.

Y si su hermano se diera cuenta del efecto que tiene sobre mí, todo el propósito del retiro se iría al garete sin remedio.

De mala gana, termino de empaquetar mis cosas esenciales y me dirijo al punto de encuentro designado para subir a los autobuses que nos llevarán a Bay Point.

—Oye, ¿estás listo para una nueva aventura? —pregunta Lucas, que casi salta en el acto.

—No puedo esperar —murmuro con poco ánimo.

Lo que podría parecer un día festivo es en realidad una oportunidad para recordarnos a todos que, si no nos traemos los resultados a casa, también podemos despedirnos de la NFL.

Lucas me da una palmada en la espalda y me mira como alguien que se las sabe todas.

—Será divertido, ya lo verás. Y, lo más importante, dará los resultados deseados.

—¿Tú crees?

—Tiene que ser así. Como dices, no podemos permitirnos ningún paso en falso. Ahora más que nunca. ¿De acuerdo?

Miro al pavimento y me pregunto si Nick y yo seremos realmente capaces de trabajar juntos.

Suspiro y devuelvo la mirada a mi nuevo amigo.

—Estoy dispuesto a trabajar duro, sin embargo, nunca aceptaré ser el enchufe de nadie. Espero que ese imbécil resuelva sus problemas —y no necesito especificar a quién me refiero, ambos lo sabemos.

Lucas asiente, pero su sonrisa se desvanece un poco.

—Parece un buen punto de partida para que todo el equipo trabaje.

—Sí, esperemos que sea suficiente —murmuro pasándome una mano por el pelo.

—Con eso bastará —asiente Lucas con una convicción que me gustaría poder compartir, y luego me mira con extrañeza, pero no nos conocemos lo suficiente como para que yo entienda lo que quiere decir.

Me encojo de hombros y hago ademán de girarme hacia el autobús reservado para nosotros, los jugadores, cuando Lucas me detiene con una mano en el brazo y murmura:

—Hombre, si de verdad quieres que esto funcione, aléjate de su hermana.

Suspiro con fuerza, pero no puedo evitar apretar la mandíbula.

Savannah será todo un problema. Me gusta, no hace falta negarlo, pero es una fruta prohibida que podría destruir toda esperanza para mi futuro.

Suelto sin miramientos el brazo, simplemente niego con la cabeza bruscamente y subo a toda prisa al autobús, encontrando un asiento en el centro.

Nick, como buen rey del equipo, llega el último y es aclamado como si fuera un soldado que vuelve a casa, luego saluda a todos -menos a tu servidor- y se sienta en la última fila rodeado de sus seguidores y de los inseparables Mick y Rick.

Me pongo los auriculares y me aílo del resto del mundo, a pesar de que una parte de mí, la que conoce el valor del *liderazgo*, sabe lo importante que sería para mí establecer vínculos e interactuar con mis compañeros de equipo.

Lástima que aún no sepa el nombre de la mitad de ellos.

Contengo un gemido exasperado cuando, como era de esperar, Lucas se sienta a mi lado y yo simplemente cierro los ojos, subo el volumen de la lista de reproducción al máximo y finjo estar dormido.

Tras un trayecto de dos horas bastante tranquilo, a pesar de los coros del estadio y el concurso de chistes porno, llegamos a nuestro destino y no me sorprende que la JCU se haya esmerado. El hermoso complejo que nos acogerá durante una semana está escondido entre el lago y una exuberante vegetación.

Bajamos de los autobuses y, casi instintivamente, diviso la esbelta figura de Savannah cerca del segundo autobús y un cosquilleo cada vez más familiar me recorre los brazos hasta llegar a las yemas de los dedos con los que quiero rozar esos labios carnosos y esos pómulos altos suyos.

Es imposible no fijarse en ella incluso entre una multitud de gente, desprende una energía vibrante y brillante, en total contraste con mi deseo de soledad.

Un codazo en las costillas me deja sin aliento durante un par de segundos.

—La estás mirando —sisea Lucas, sonriendo a un par de compañeros que ya han recuperado su equipaje y se dirigen a recepción.

Mierda, tiene razón. Otra vez.

—Espero que nos den habitaciones individuales, quiero estar solo —murmuro.

—Hombre, intenta limar este humor de mierda cuanto antes, o el entrenador te hará escupir sangre a base de flexiones y tirones.

Hago un esfuerzo por sonreír y él estalla en una estruendosa carcajada.

—¿Qué?

—Parecía como si hubieras mordido un limón o algo así. Jesús, Hunter, casi das más miedo cuando sonríes que cuando andas todo mohíno.

—Qué imbéciles eres —me río entre dientes.

—Oh-oh. ¿Alguien acaba de reírse? A lo mejor eres humano después de todo.

—Vete a la mierda —respondo a media voz, cogiendo mi bolsa de viaje.

Nos reunimos con nuestros compañeros en la recepción y nos recibe el coordinador del equipo, que nos muestra una hoja con la asignación de habitaciones.

Tengo que reprimir un gemido de desánimo cuando me doy cuenta de que no solo tengo una habitación doble que compartir con Lucas, sino que mi habitación está muy cerca de la de Savannah. *Demasiado cerca.*

Parece que el destino tiene un extraño sentido del humor o, más sencillamente, que realmente tengo que sudar para entrar en la NFL.

—Un momento de atención, por favor —la voz del coordinador acalló la alborotada algarabía—. Como han visto, cada habitación tiene capacidad para dos de ustedes y cada tres habitaciones hay algunas zonas comunes para compartir, como la cocina y un salón que pueden utilizar como zona de recreo. No habrá zonas exclusivas para los jugadores ni para el personal, porque el objetivo de este retiro es estar todos juntos. Además, en cada habitación encontrarán una hoja con las actividades diarias que llevarán a cabo y los horarios de silencio por la tarde y por la

noche. En otras palabras, las horas de toque de queda —alguien retumba, pero el discurso del coordinador no decae—. No hace falta señalar lo obvio, pero lo haré de todos modos: no se permiten fiestas privadas después de las horas señaladas. Están aquí para actividades de *formación de equipos*, no para fiestas nocturnas. ¿Está claro?

La respuesta que recibe es un vago murmullo, pero una mirada de los entrenadores es suficiente para que el consenso llegue alto y claro.

—Bien, recojan sus maletas, luego vengan a mi casa a buscar sus llaves. Las actividades comenzarán después del almuerzo.

—Yupi —murmuro ante la excitada mirada de cachorro de Lucas.

—Oye, estamos juntos en la habitación —exulta, dándome una palmada en la espalda—. Será genial, ya verás.

—Hmm.

—Mira, entiendo que seas un solitario, y supongo que no quieres hacer otra cosa que encerrarte en tu habitación, pero este retiro está pensado para fomentar la unión del equipo, para recalibrar el tiro de todos y no vas a poder evitar a todo el mundo durante mucho más tiempo. ¿Por qué no aprovecharlo al máximo?

Como no respondo, Lucas me lanza una mirada entre exasperada y jodida.

—Voy a por la llave, nos vemos en la puerta —concluye, sacudiendo la cabeza, y por mucho que me fastidie admitirlo, este tipo tiene razón con demasiada frecuencia.

No puedo seguir evitando a todo el mundo, tanto compañeros de equipo como infiltrados, para alejarme de *ella*. Supongo que mi retiro tendrá un objetivo más: estrechar lazos, charlar y estar activo con todos *menos con Savannah*.

Después de comer, los demás guardias ofensivos y yo nos reunimos en una pequeña sala de conferencias con paredes de madera y grandes ventanales con vistas al lago.

Nuestro lodge principal es encantador y se integra armoniosamente en su entorno.

Dentro, el ambiente bulle de excitación y energía nerviosa, y puedo percibir claramente la sensación de expectación que nos anima a mí y a mis acompañantes.

Queremos ponernos manos a la obra, poner fin a los errores del pasado y empezar de nuevo.

Imagino que el punto de partida lo marcarán los nuevos esquemas tácticos y las fichas individuales de entrenamiento que empapan las paredes.

—Bueno, chicos, hoy volvemos a empezar aquí —comienza el entrenador una vez que todos hemos tomado asiento—. Jones, un repaso rápido, ¿quieres? —pregunta arqueando una ceja, como retándome a que me niegue.

Piensa en la NFL.

—Claro, entrenador. Estoy aquí para mejorar —y Dios sabe que quiero darme una palmadita en la espalda por haber conseguido contener el sarcasmo en la punta de la lengua.

—Bien —asiente satisfecho el entrenador—. ¿Cuáles son las principales funciones de los guardias ofensivos?

Juro que tengo que contenerme físicamente para no poner los ojos en blanco ante esta pregunta.

Piensa en la NFL.

—Proteger a los quarterbacks y a los running backs de los placajes, señor, bloqueando a los defensores que se acercan y dando así al QB el mayor tiempo posible para decidir si pasar o correr con el balón.

—¿Cuáles son las principales características que hay que tener para ser un buen guardia?

—Hay cinco elementos clave: inteligencia, tenacidad, capacidad para manejar la presión, habilidad atlética y ética del trabajo.

—Háblame de la gestión de la presión.

—Un muy buen escolta ofensivo modifica su juego en función de los rivales que tiene enfrente y de las jugadas que ponen en la cancha. Hay que estar preparado para todo.

—Excelente. De la ética de trabajo, sin embargo, ¿qué pasa con él?

—En el campo, todos somos partes iguales de un mismo organismo. No hay yo, no hay tú. Somos un *nosotros*. Trabajamos juntos, caemos juntos, ganamos juntos. Todo lo demás se queda fuera del campo.

Durante un largo momento, el entrenador no dice nada, solo me mira fijamente como si intentara transmitirme un mensaje secreto -*quién sabe* qué-, luego asiente y me señala con el dedo.

—Bien, tenlo siempre presente.

—Sí, entrenador.

13. SAVANNAH

—Esta ducha es un sueño —suspira Lara mientras sale del baño envuelta en un albornoz demasiado grande para su menuda figura—. Estoy demasiado contenta de estar aquí —sus ojos brillan como si fuera la mañana de Navidad.

Consiguió convencer a la redacción de la emisora de que su presencia en el retiro sería una excelente oportunidad para escribir un artículo sobre el deseo de redención del equipo y cómo, a pesar del evidente momento difícil, los *Blue Streaks* se recuperarán para liderar la liga. *Con la labia que tiene, Lara podría vender hielo a un esquimal.*

—Yo también, pero no estamos aquí de vacaciones. Tenemos una misión —le recuerdo mientras ordeno los jerseys que he traído en el armario empotrado que compartiremos.

La habitación que nos han asignado es amplia y luminosa, tenemos una cama de matrimonio para cada una y la ducha podría rivalizar con la de un spa. Lllamarla “habitación” es cuanto menos reductivo teniendo en cuenta que el interior está adornado con una chimenea que da una luz cálida a toda la estancia, un techo con vigas vistas y un mobiliario acogedor.

Es a la vez acogedor e intimidatorio, un santuario que encierra el potencial tanto de alivio como de vulnerabilidad.

¿*El único defecto*? Está peligrosamente cerca de la de Lucas y Hunter, y compartimos cocina y salón, así que las oportunidades de encontrarnos aumentan exponencialmente.

Por un lado, esto me entusiasma porque tengo muchas más posibilidades de arrojar luz sobre el gran misterio que rodea a él y a mi hermano, y por otro... bueno, espero no hacer el ridículo por la atracción inmotivada e irracional que siento hacia él.

—Puedo ver las tuercas de tu cerebro girando incluso desde aquí. Vamos —me insta mi amiga con el pelo aún húmedo—. Escúpelo: ¿cuál es el plan?

—El objetivo principal es obtener información de Nick y Hunter sin que entiendan nuestras intenciones. Ya he intentado hacerle preguntas a Nick, pero cada vez se calla y cambia de tema —durante la semana pasada, he intentado un par de veces para volver sobre el tema, pero no ha habido manera de conseguir nada relevante de él. Es una situación cuanto menos desconcertante, no parece entender que solo quiero ayudarlo—. Por eso vas a intentarlo ahora.

—¿Quieres que interroge a Nick? —pregunta abriendo mucho los ojos.

—No, no —Sacudo la cabeza con firmeza—. Si fueras demasiado directa, también se cerraría contigo y no solucionaríamos nada, sin embargo, te conoce de toda la vida y se siente cómodo contigo. Puede que se abra y te cuente lo que le pasa. Mientras tanto, tantearé el terreno con Hunter —me gustaría fingir que no he notado el suspiro que se me ha escapado al oír el nombre del nuevo guardia ofensivo, pero la mirada de Lara se ilumina con interés y me preparo para lo que está por venir.

—Hmm, ¿y cómo vas a probar el *terreno* de Hunter? —pregunta con una ironía que no se esfuerza en disimular.

—No tengo ni idea de lo que estás insinuando, pero no voy a sondear nada *sobre* Hunter. Solo quiero ver si puedo obtener algunas respuestas.

—Bueno, ¿cómo vas a hacer eso? Si él y tu hermano se odian, ¿por qué crees que vendrá a confiar en ti?

—Tu pregunta es legítima, pero para responderla con sinceridad tendría que decirte que hay una extraña electricidad entre nosotros, una atracción inexplicable, desde la primera vez que nos vimos. *Y que, Dios me ayude, es una atracción que me gustaría explorar.*

—Es solo una sensación —me encojo de hombros y no le doy tiempo a replicar—. Mi suposición es que hubo un gran malentendido entre los dos, probablemente en el partido en el que se enfrentaron como contrincantes, y como los dos son tercos como el demonio, ninguno de los dos quiere dar un paso atrás.

—No sé —murmura Lara, pasándose un dedo por los labios en el típico gesto que hace siempre que se piensa algo—. Esos dos están poniendo en peligro su puesto en la NFL. Me parece un riesgo demasiado grande, incluso para su exagerada terquedad.

Resoplo exasperada porque mi amiga tiene razón.

—Sí —concedo—. Pero me he quedado sin ideas, por eso necesitamos respuestas. Si entiendiéramos lo que ha pasado entre ellos, podríamos intervenir para obligarles a hablar y solucionarlo todo, y la NFL dejaría de estar en peligro. Para ninguno de los dos.

—Muy bien, entonces. Es hora de iniciar oficialmente la investigación, empezaremos tan pronto como esta noche en la cena. Tú acércate a Hunter, yo distraeré a Nick —la mirada de mi amiga brilla ahora con determinación y no me cabe duda de que su ayuda será crucial para esta investigación.

Aplauzo emocionada y mi estómago murmura, arruinando el épico momento.

Lara suelta una risita y me señala.

—Supongo que eso significa que irás a la caza de un bocadillo antes de la cena.

También guardé el último par de pantalones en el armario y metí la bolsa de viaje, ahora vacía, debajo de la cama.

Me enderezo y asiento solemnemente.

—Tienes mucha razón, no puedo esperar otra hora antes de ponerme algo entre los dientes. ¿Te traigo algo?

—Solo una botella de agua, la mía está casi terminada.

—De acuerdo, ahora vuelvo.

Salgo y camino hacia la cocina, que compartimos con Lucas, Hunter y dos chicos que siguen al equipo como fisioterapeutas en prácticas.

El ambiente es moderno y está equipado con todas las comodidades, pero lo que me interesa en este momento es deleitarme con los aperitivos que vislumbré al llegar.

Abro la puerta de la despensa y encuentro chocolate con leche y avellanas, mi favorito. No pierdo tiempo, abro el paquete y me meto un trozo en la boca.

El gemido que se me escapa es de puro placer.

—Vagar por la noche sola podría ser peligroso.

Contengo la respiración, me trago el chocolate e intento detener la reacción que su voz provoca en mi cuerpo.

No puedo.

Lanzo una mirada por encima de su hombro y resoplo fingiendo indiferencia.

—Oh vamos, ni siquiera es hora de cenar.

—Hmm, para algunos puede ser.

¿De qué demonios está hablando?

Me doy la vuelta con curiosidad y su mirada me clava en el sitio.

Sus ojos son fuego vibrante y los músculos de su cuerpo están tensos, como si fuera un depredador listo para abalanzarse sobre su presa.

Jesús, ¿por qué demonios está sin camiseta? ¿Quiere matar a alguien con esos abdominales perfectos?

Me lamo los labios repentinamente secos y su mirada sigue el movimiento de mi lengua con lúcida atención.

—Nos anima el mismo hambre, por lo que veo —su voz es baja, pero golpea el músculo involuntario que amenaza con atravesar mi caja torácica y, ay, ese punto entre mis muslos que solo él sabe encender con tanta violencia.

—No sé a qué te refieres —miento mientras avanza lentamente hacia mí y su mirada me acaricia y, al mismo tiempo, me devora.

Se planta frente a mí y mi cerebro grita a mis piernas que huyan, pero mi mirada está encadenada a la suya y permanezco inmóvil, sin respirar siquiera.

Se inclina hacia delante y es tan alto que solo tiene que inclinarse ligeramente para rozarme la oreja con esos suaves labios para morder.

Jesús, Sav, contrólate.

—No puedes mentir, Ojos Grandes.

Se me escapa un suspiro y sus dedos rozan mi clavícula, el contacto me enciende y quiero decir algo, apartarlo, pero la verdad es que lo quiero más cerca.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —respondo en su lugar, aferrándome aún a la esperanza de que no sepa el efecto que tiene en mí.

—Porque a pesar de lo que digas, si en este mismo momento te cargara sobre la encimera de la cocina, te moviera este escueto short y lamiera entre tus muslos, encontraría un lago de excitación.

En lo más profundo de mi mente, un torbellino de emociones y pensamientos contradictorios se arremolina como una tormenta. Me debato entre la feroz atracción que me impulsa hacia Hunter y la conciencia de su rivalidad con mi hermano. Estoy en el centro de una danza entre deseos prohibidos y su absurda situación.

—No deberías hablarme así —murmuro.

—Entonces dime que miento.

Solo sacudo la cabeza, incapaz de juntar palabras que tengan sentido.

—¿Estoy mintiendo, Ojos Grandes?

Se me escapa otro suspiro, sus dedos siguen recorriendo mi piel electrizando cada centímetro de mi cuerpo hipersensible, y juro que quiero avergonzarme, pero nunca había estado tan mojada. Tan terriblemente excitada y lista para tener sexo con un tipo del que no sé casi nada.

—Quiero oír tu voz, Sav —insiste mientras las yemas de sus dedos recorren el elástico de mis calzoncillos de algodón y los músculos de mi abdomen se agarrotan, provocando otra oleada de calor entre mis piernas.

—N-no.

Es una confesión a media voz, entre la esperanza de ser correspondida en esta locura y el miedo a ser utilizada como peón contra mi hermano, pero tiene la fuerza de una granada que derriba algunos de sus muros.

Tengo la confirmación de ello cuando su mano se desliza hasta la base de mi espalda y tira de mí hacia él, haciendo que me aferre a su cuerpo fuerte y duro.

Duro por todos lados.

Dios mío.

Se me escapa otro suspiro y necesito sus ojos para leer en ellos lo que no me está diciendo.

Y es cuando los encuentro cuando el instinto prevalece sobre la razón, el cerebro se apaga y dejo que mi cuerpo tome las riendas.

Sorprendiéndole, me sorprende más a mí misma y me levanto sobre las puntas de los pies para besarle.

Nunca olvidaré este momento, es lo primero que pienso cuando nuestros labios se tocan y en mis venas la sangre empieza a correr más rápido.

El resto del mundo desaparece y, tras los párpados cerrados, mil estrellas me ciegan. Siento mi corazón palpar en mis oídos y su olor trepar e incrustarse en mi cerebro.

Su lengua me explora, me saquea y sus manos me aprietan, me acarician y tiran de mí.

Quiero más. Es un pensamiento que se apaga en el momento exacto en que se aleja de mí y me doy cuenta de que podrían haber pasado segundos, minutos o incluso horas y yo no querría estar en ningún otro sitio.

—Me equivoqué —suspira.

Me limito a mirarle con los ojos nublados por el deseo y las mejillas encendidas por la excitación.

Se lame los labios y acaricia los míos con el pulgar, inclinándose hacia mí.

—*Tú* eres el verdadero peligro, Ojos Grandes —me sopla con los labios.

Cierro los ojos, dispuesta a recibir un nuevo beso, e inclino lentamente la cabeza hacia atrás.

La adrenalina vuelve a fluir poderosamente por mis venas y... *no pasa nada*.

Abro bien los ojos y descubro que estoy sola.

14. HUNTER

¿Qué coño he hecho?

¿En qué coño estaba pensando?

Dios, esos labios...

—Hombre, ¿vas a salir de ahí o tengo que llamar a un equipo de búsqueda y rescate? —exigió Lucas en voz alta desde el otro lado de la puerta.

Salgo de debajo del chorro de agua helada en el que he buscado refugio durante los últimos cinco -o quizá quince- minutos.

—Ya salgo.

Mi voz aún contiene una peligrosa nota de asombro y un ligero temblor que no estoy del todo seguro de que se deba al agua fría.

Literalmente corrí por mi vida ante el efecto que el beso de Savannah tuvo en mí.

Solo un puto beso.

¿Quién sabe cómo sería todo lo demás?

No.

Por supuesto que no.

Cierro el grifo con la esperanza de suprimir también el flujo de mis pensamientos en ebullición.

Vana esperanza.

Me envuelvo la cintura con una toalla, sacudo la cabeza y uso otra toalla para secarme ligeramente el pelo.

Solo me miro en el espejo de pasada, pero es suficiente para darme cuenta de que aún queda en mis ojos esa chispa de excitación que estuvo a punto de llevarme a follar con Savannah sobre una encimera de cocina donde cualquiera podría habernos visto.

También su hermano.

Debía de estar loco para haber arriesgado tanto. Aun así, aquel contacto me mareó literalmente y me hizo perder toda contención.

Abro la puerta y me encuentro a Lucas ya listo para salir y con un brillo peligroso en los ojos. No hace mucho que nos conocemos, pero cuando tiene esa mirada me doy cuenta de que se está preparando para cazar a una chica.

—¿Quién? —pregunto.

—Oh, hombre ¿has visto a la chica de la radio, esa Lara? Está buenísima. Claro que la becaría de las redes sociales tampoco está nada mal —responde pasándose una mano por la barbilla.

Espero por su bien que opte por lo segundo, porque he notado miradas peculiares -y bastante ardientes- de la mejor amiga de Savannah dirigidas a nuestro capitán. Pero tiene la cabeza demasiado metida en su arrogante culo como para darse cuenta.

—Buena suerte —me río, poniéndome los vaqueros y la camiseta—. Entonces, ¿qué hay en la agenda para la noche?

—No mucho esta noche. Comeremos y luego haremos una pequeña excursión para explorar el

complejo. Supongo que es una forma de tantear el terreno. A partir de mañana, sin embargo, será caza abierta —se burla y yo arqueo una ceja.

Sacude la cabeza, fingiendo una expresión de disgusto ante mi ingenuidad.

—Habrá una fogata junto al lago todas las noches y, quién sabe, podría pasar cualquier cosa —se encoge de hombros y en la cara cuadrada de mi amigo se abre una sonrisa traviesa que podría rivalizar con la del Gato de Cheshire.

—Paso —No voy a ligar con alguien con el pensamiento de Savannah aún en mi cabeza y su sabor en mis labios. Tampoco voy a quedarme mirando si alguien se atreve a coquetearle.

Mierda, ¿de dónde ha salido esta punzada de celos?

—¡Joder, qué aburrido eres! —replica, dirigiéndose a la puerta mientras yo elijo las zapatillas más cómodas que tengo.

—Oye, no he dicho que tengas que cuidarme. Haz lo que tengas que hacer y no te metas en lo que no te importa —me río, cojo una cazadora vaquera medio rota y me uno a él en la puerta.

Los cuatro días siguientes pasaron en un suspiro entre comidas todos juntos, ejercicios de equipo y actividades en grupo con los jugadores y el personal.

Finjo no darme cuenta de cómo Mick, Rick y Lucas intentan que Nick y yo trabajemos juntos bajo la atenta mirada de todos los entrenadores.

Que sea ensayando algunas jugadas o corriendo a saco poco importa, lo cierto es que Nick no es un imbécil integral, al menos cuando no se lo propone.

A pesar de nuestra rivalidad en el campo, hay un entendimiento innato que es bastante difícil de seguir negando. Y empecé a verle no solo como un capullo arrogante, sino como un compañero de equipo.

Alguien por quien arriesgaría mi pellejo y recibiría una paliza de los adversarios con orgullo.

Las experiencias compartidas organizadas para el retiro nos están llevando a descubrir talentos ocultos en los demás, a apoyarnos mutuamente durante los retos e, increíblemente, incluso hemos encontrado momentos de respiro en medio del caos.

Esta mañana Nick incluso se ha reído de uno de mis chistes, para mirarme inmediatamente después, como si se hubiera acordado de que tenía que odiarme a toda costa.

Pero ese no es el peor aspecto de la situación. Lo es su relación con Savannah.

Nick, de hecho, es un hermano mayor modelo y no me atrevo ni a imaginar qué pasaría si sospechara siquiera la clase de pensamientos sucios que tengo sobre su hermana. Por otro lado, dejé de intentar evitarla casi de inmediato. Siempre está ahí, mire donde mire.

Y cuando no está delante de mis ojos, está en mi cabeza. Algo así como esos molestos eslóganes de verano que escuchas repetidos y te encuentras tarareando a regañadientes.

Ni que decir tiene que paso la mayor parte de mi tiempo libre en el cuarto de baño, bajo la ducha fría para apagar los espíritus calientes que me animan cada vez que estoy cerca de ella.

Dada la situación, es un milagro que aún no haya muerto de hipotermia.

Suspiro profundamente y sacudo la cabeza, he tardado poco en darme cuenta de que este retiro se convertiría en un recordatorio constante de la innegable atracción que existe entre nosotros.

Me siento atraído por ella como una polilla y ella es la luz, y ahora, sentado en círculo alrededor de la habitual hoguera nocturna organizada a orillas del lago, la contemplo embelesado y me doy cuenta de que tarde o temprano me quemaré, por mucho que me empeñe en resistirme.

El ambiente es agradable, lleno de camaradería y risas divertidas, pero el sonido de la risa de Savannah es la melodía más encantadora.

—Es que no te entiendo —murmura Mick, sentándose a mi lado en uno de los troncos dispuestos alrededor del fuego.

Obligo a mis ojos a moverse hacia él abandonando su vista favorita.

—¿A qué demonios esperas para llevarte a Julieta a tu habitación? —pregunta encogiéndose de hombros ante mi ceja arqueada—. Lleva enviándote señales elocuentes desde esta mañana y te aseguro que merece la pena —mueve las cejas guiñando un ojo y yo frunzo las mías—. Si no fuera porque soy superfiel a la regla de no repetir, ya lo habría hecho —se ríe entre dientes, metiéndome un codo entre las costillas.

Ese mierdecilla de Lucas sentado a mi izquierda también se ríe a carcajadas, pero por razones totalmente distintas. Él sabe por qué ni siquiera veo a Julieta.

Y desde luego no voy a decirle a uno de los mejores amigos de Nick Moore que me he estado masturbando en la ducha durante días por su dulce e inocente hermanita.

—No me interesa, hombre —respondo con indiferencia, atrayendo más atención de la que me gustaría de mis otros compañeros.

—No estarás interesado en uno de nosotros, ¿verdad? —se burla con sarcasmo un defensa de segundo año, empeñado en manosear el trasero de una de las animadoras.

—Incluso si lo fuera, ¿tendrías algún problema con eso, Jim? —interrumpe Nick, sin embargo, sin darle tiempo a responder. Somos un equipo y funcionamos como una puta familia. Reímos, lloramos y sudamos juntos. A veces nos damos golpes, pero luego nos cuidamos los unos a los otros. Escuchamos y no juzgamos, y desde luego no nos escandalizamos si uno de nosotros prefiere las pollas a los coños. ¿Está claro? —La pregunta es para Jim, pero Nick desplaza su mirada hacia todos los jugadores.

Alrededor de la hoguera se hizo el silencio, como si todos se hubieran quedado sin voz de repente.

Sí, porque el capitán del equipo acaba de ponerse del lado del recién llegado, al que nunca ha ocultado que odia a muerte.

Todos parecen sorprendidos y un poco atónitos, incluido yo. Todos menos la pequeña Savannah, que no se molesta en ocultar una sonrisa de satisfacción cuando encuentra mi mirada con esos ojos magnéticos y me guiña un ojo.

El sonido de una botella de cerveza descorchada suena tan fuerte como un disparo en aquel silencio sepulcral y Lucas se ríe como si le acabaran de contar un chiste.

—Bien dicho, capitán. Y ahora, ya que se supone que debemos probarlo todo en la vida, ¿por qué no nos enseñas ese culo de mármol que tienes?

Una carcajada general aligera el ambiente y se hace un brindis en grupo. La música vuelve a sonar y se forman las primeras parejas para bailar... o hacer otra cosa.

El último con el que choco mi botella es Lucas, que sonrío socarronamente.

—Veo que has progresado mucho, ¿eh?

—Sí, no me lo esperaba. Confieso que estoy bastante impresionado por tu intervención —termino mi segunda cerveza de la noche y mis ojos se desvían hacia Savannah por un momento y se fijan en el movimiento de ese suave cabello.

—No eres el único, joder. ¿Notaste el extraño silencio?

Asiento sin responder verbalmente porque mis neuronas están embelesadas observando el perfil de la chica que ocupa todos mis pensamientos.

Recibo un codazo de Lucas, que me mira con el ceño fruncido.

—Asegúrate de no estropear esto ahora mismo.

—No, no te preocupes. De hecho, me voy a la cama.

—Por cierto, esta noche no vuelvo, ¿vale? —Y la sonrisa que esboza me dice exactamente en qué estará ocupado toda la noche.

—Diviértete —me río entre dientes, dándole una palmada en la espalda antes de alejarme.

Diez minutos después, estoy delante de la nevera sacando una botella de agua para la noche y disfrutando del silencio cuando la puerta se abre lentamente.

—Sabía que, tarde o temprano, resolverían sus diferencias.

Me doy la vuelta para encontrarme con la expresión petulante de una Savannah que se acerca a mí lentamente, con una sonrisa que hace que todos mis músculos entren en fibrilación y un contoneo de caderas que apaga todo pensamiento racional.

Tengo que agarrarme a la puerta de la nevera para no agarrarla y estrellar mi boca contra la suya.

—¿Todo bien, Hunter? —La pregunta suena educada, pero el tono es provocativo.

—Ciertamente, ¿por qué? —murmuro, maldiciéndome por la inseguridad de mi voz.

Savannah se encoge de hombros.

—Oh, nada. Parecías hambriento —responde, bajando la voz y apuntando directamente a la yugular. *La mía.*

Trago saliva, aprieto la empuñadura y un rincón de mi cerebro se pregunta cuánto me costará devolvérsela, porque o la rompo a ella o rompo mi determinación.

Piensa en la NFL.

—No tengo hambre —*cómo me gustaría lamer, morder y chupar cada centímetro de tu cuerpo. ¿Te importaría ser mi sucio secretito y no decirle nada a tu hermano?*

—Hmm, parece que los dos deberíamos tomar clases de interpretación —Hace un mohín con el labio inferior y mi cerebro se sale por la tangente imaginando esos labios turgentes alrededor de mi polla.

—¿En serio?

—Sí. Verás, ni siquiera necesito tocarte los calzoncillos para saber que me deseas —me hace su segundo guiño de la noche, se da la vuelta y camina hacia su habitación.

No necesito bajar la mirada a mi entrepierna para saber que tengo una erección de mármol que estira la tela como una puta tienda de campaña.

Lo que necesito, sin embargo, es hacerle una última advertencia sobre los riesgos que corre cada vez que agita el hecho de que me desea al menos tanto como yo a ella.

—Huye, Ojos Grandes —le digo antes de que llegue a la puerta—, porque si te atrapo, no podrás librarte de mí.

15. SAVANNAH

Arrugo la almohada, ruedo sobre un costado y doblo las rodillas, pero el movimiento crea una fricción inesperada entre mis piernas y vuelve una indeseada sensación de hormigueo.

Mejor cambiar de posición.

Ruedo sobre mi espalda, junto mis manos sobre mi vientre rozando el contorno de mis pechos y un escalofrío me recorre pensando en las grandes manos de Hunter... *mierda.*

Pensar en él es realmente lo último que debería hacer.

—Huye, Ojos Grandes, porque si te atrapo, no podrás librarte de mí.

Sé que esas palabras pretendían ser ominosas e inquietantes, pero también tienen el sabor de una promesa escabrosa y no puedo evitar el nuevo escalofrío que me recorre de pies a cabeza y se planta en mi vientre.

Llevo casi una hora dando vueltas en la cama, intentando encontrar una postura para dormir, pero temo no poder hacerlo.

Me siento, cojo el móvil de la mesilla, miro la hora y lo vuelvo a dejar.

Enciendo la lámpara de noche y resoplo, un poco exasperada por la falta de sueño que me ha sobrevenido.

Miro a mi alrededor y la habitación, vacía como está, parece aún más grande. Lara no volverá esta noche, en la fogata me dejó claro que estaría ocupada, aunque no sé muy bien con quién. No importa, por la mañana la acosaré a preguntas.

Mi mirada cae sobre la maltrecha almohada, me llevo dos dedos a la boca y aún siento los labios de Hunter sobre los míos a pesar de que han pasado cuatro días.

Días en los que Hunter intentaba en vano evitarme, aunque se le daba bien no ser demasiado obvio.

No pudo evitar algunos momentos extraños en los que nos encontramos solos en la cocina y fue como si el aire estuviera cargado de electricidad.

Cuando pasó a mi lado para abrir la puerta mientras lavaba mi taza de café, fue como si el mundo a nuestro alrededor desapareciera, dejándonos encerrados en una danza de deseo y tentación en la que él se negaba obstinadamente a participar.

Cuanto más se prolonga la situación entre nosotros, más siento que mi racionalidad es consumida por el fuego de la atracción.

Sin embargo, por muy decepcionada que esté por no haber tenido la oportunidad de repetir el momento del beso, no puedo negar que fue un día interesante y que estoy convencida de que conducirá al resultado deseado.

Nick y Hunter tienen una química natural, incluso fuera del juego, y si no hubieran estado tan ocupados estando el uno en la garganta del otro estas últimas semanas, ya podrían haber sido uña y carne.

Incluso a las animadoras les hubiera gustado estar a tope con Hunter, pero él ni siquiera las ve y parece centrado única y exclusivamente en el fútbol.

Sin embargo, cuando me besó

¡Por el amor de Dios, Sav!

Tiro las piernas fuera de la cama y el suelo de madera está frío bajo mis pies, lástima que no apague el fuego que arde en mi interior.

Camino de un lado a otro de la habitación intentando averiguar cuál es la razón oculta de mi inquietud y, de repente, me doy cuenta.

Salí corriendo.

Y no soy de las que huyen cuando las situaciones se ponen incómodas, sino todo lo contrario.

Tener un hermano como el mío, que siempre ha sido un deportista prometedor, me obligó a madurar rápido y a encontrar la determinación para hacer oír mi voz y no quedarme relegada al simple papel de “hermana del deportista”.

Respiro hondo, sin calmar el tumulto de sensaciones que se ha desatado en mi interior, y decido.

Está absolutamente mal, no debería hacerlo.

Me lo repito mientras salgo de mi habitación y cierro la puerta tras de mí con un ruido sordo, me lo repito de nuevo al llegar a la entrada del pasillo que conduce a su habitación.

Es mi mantra incluso mientras lo recorro paso a paso y el pasillo en penumbra parece sacado de una película de terror.

Me lo repito mientras levanto el brazo y golpeo suavemente la puerta de madera con los nudillos.

Incluso lo hago cuando un Hunter ligeramente despeinado y sin camiseta abre la puerta con una expresión entre asombrado y somnoliento.

—¿Qué haces aquí?

—¿Puedo pasar? —respondo, intentando no distraerme con los baberos expuestos.

Arquea una ceja, pero mueve el brazo, dejándome paso libre.

Paso junto a él e inhalo su aroma masculino con un toque de pasta de dientes de menta y el gel de ducha de almizcle blanco que siempre usa.

¿Cuántas veces lo he olido para reconocer su gel de ducha?

Hago caso omiso de la vocecilla de mi cerebro y llego al centro de la habitación, me doy la vuelta y él sigue allí de pie con la puerta abierta, la mirada llena de preguntas.

—¿Quieres estar a solas conmigo en una habitación?

—No soy el tipo de persona que huye, Jones.

Eso es todo, le he dicho y espero a que la inquietud se calme, pero sigue aquí como una pelota de golf ocluyendo mi estómago.

Me centro en Hunter y noto que su mirada se oscurece, arquea también la otra ceja y su única respuesta es cerrar la puerta con un ruido sordo que resuena en las paredes y reverbera en mi piel.

Por fin estamos solos.

¿Por fin?

No vine aquí para eso...

¿Estás segura?, me pregunta esa vocecita en mi cerebro que de repente se ha vuelto parlanchina.

—Ojos Grandes —le basta una palabra, dicha a media voz en ese tono que huele a prohibido y celestial, para tenerme a su temblorosa merced y dispuesta a todo.

—Llevo semanas manteniéndote a distancia, días evitándote, no hace ni dos horas que te advertí, en términos inequívocos, que te alejaras de mí —sus palabras son duras, pero su mirada es tan abrasadora que puedo sentir cómo me enciende incluso a tres metros de distancia.

—Y sin embargo, aquí estás. La hermana pequeña del capitán, la fruta prohibida que estoy dispuesto a apostar que sabe mejor del universo.

Trago saliva con fuerza y él avanza lentamente hacia mí, yo retrocedo hasta que mi espalda choca con la pared justo al lado de la cama y ya no tengo escapatoria.

¿De verdad lo querías?

Esa maldita vocecita en mi cerebro elige los momentos más inapropiados para hacerse oír.

—¿Has venido a saciar mi hambre? —pregunta, poniéndose casi encima de mí y apoyando las manos en la pared, a ambos lados de mi cara.

Siento el calor de su cuerpo, su olor embriagador y corro el riesgo de derretirme en un charco en el suelo.

—¿O el tuyo?

Inspiro bruscamente, pero no me atrevo a responder.

—¿Quieres decirme por fin a qué sabes?

La primera y única vez que nos besamos fui yo quien dio el primer paso, necesito que él se exponga esta vez.

—¿Es peligroso ese mohín, Ojos Grandes?

Inclino ligeramente la cabeza hacia un lado y mi mirada se vuelve inquisitiva.

—Me hace desear cosas que no debería desear —responde a mi muda pregunta.

—¿Cómo cuáles? —se me escapa en un suspiro.

Me lleva una mano a la cara, me acaricia la mejilla y me recorre con el pulgar el contorno de los labios. Cuando llega al centro de mi boca, presiona hasta que la desencaja y se desliza dentro, encontrando mi lengua.

—Imagino estos hermosos labios hinchados alrededor de mi polla mientras la chupas y tomas cada centímetro que tengo para darte. Me los imagino abiertos para gritar mi nombre mientras te corres en mis dedos como nunca antes lo habías hecho. Los imagino pegados a los míos mientras te follo con todo lo que tengo y tú quieres más.

¿A qué demonios estás esperando?

Juro que debo encontrar la manera de acallar de una vez por todas la vocecita de mi cerebro.

Tal vez mañana.

—Ni siquiera soy el tipo de persona que se contenta con imaginar, Jones.

La tensión acumulada durante días da paso por fin a un momento de pura entrega y sus labios se estrellan contra los míos. Nuestras bocas se encuentran en un choque de pasión, deseo y atracción que hace estallar fuegos artificiales en mi alma.

Sus manos me exploran con tal confianza y delicadeza que rozan la adoración, y siento que en mi vientre se forma un vórtice de calor hirviente.

Cada roce, cada caricia, cada contacto está cargado de un hambre que ya no se puede contener.

Por fin, las barreras que Hunter ha erigido para mantenerme alejada se desmoronan como castillos de arena barridos por el mar, y la cruda intensidad de nuestra conexión está toda aquí, entre nuestros dedos que buscan y nuestras lenguas que duelen.

Me quita la camisa y solo me doy cuenta de que me ha movido cuando caigo de espaldas sobre la cama y él se desliza entre mis piernas.

Sus ojos no se apartan de los míos y, cuando desliza dos dedos bajo el elástico de sus calzoncillos, la pregunta se hace evidente en su mirada.

Asiento y de un golpe me deshago de la tela dejando mi desnudez al descubierto.

Me cubre el vientre con ligeros besos, sus dedos aprietan mis muslos y suben hasta el vértice donde estoy más mojada que nunca.

—¿Estás segura, Ojos Grandes?

Asiento frenéticamente, mis manos recorren sus hombros sedientas de conocer cada centímetro de su majestuoso cuerpo.

—Necesito oír tu voz, Sav.

—Estoy segura —murmuro en un tono arqueado por la excitación.

Cuando baja la cabeza entre mis piernas y siento su lengua recorrer insoportablemente despacio mis pliegues hasta encontrar mi clítoris hinchado, pierdo toda capacidad de comunicación y mi cerebro se apaga, dejando el control al instinto y a mi cuerpo.

Su lengua me lleva al borde de la locura, cuando sus dedos se abren paso en mi interior estoy segura de que ya no podré esgrimir un argumento lógico.

—Oh Dios —jadeo.

Sus dedos aceleran el ritmo, su lengua aumenta la presión, pierdo todo atisbo de dignidad y le suplico que me lo dé todo, que me dé más.

—Sabía que tu sabor era lo mejor del universo —su voz áspera y los sonidos húmedos que llenan la habitación me ponen al límite y estoy a punto de levantar el vuelo cuando me da el golpe de gracia—. Enséñame cómo te corres en mis dedos, Ojos Grandes, quiero sentir cómo se aprieta tu coño mientras lamo tus fluidos y gritas mi nombre.

Y es como si sus dedos y su voz pulsaran los botones adecuados en el mando a distancia de su cuerpo, porque alcanzo el éxtasis gritando su nombre.

—Qué hermosa eres, joder —me susurra en los labios quién sabe cuánto tiempo después, cuando vuelvo a la tierra.

En sus ojos brilla algo tan poderoso que me asusta, pero no puedo negar que deseo esto y más.

—¿Qué estamos haciendo? —le pregunto con un atisbo de lucidez que intenta abrirse paso en mi burbuja de gozo orgásmico.

—No lo sé. Pero si supiera cómo parar, juro que lo haría.

Eso sí que no me lo esperaba.

—¿En serio?

—Claro. Probablemente acabe en el banquillo por tu culpa, sino incluso en la enfermería después de la pelea que se avecina.

—¿Pelea? —Mis cejas se disparan hacia arriba.

—¿Me estás tomando el pelo? Te acabas de correr en mi lengua, Ojos Grandes, tu hermano va a intentar arrancarme la cabeza y el entrenador podría dejarme en el banquillo el resto de la temporada, arruinando mi última oportunidad con la NFL. Quiero decir, eres el peor lío en el que podría meterme.

Abro mucho los ojos y creo que se me cae la mandíbula al suelo.

—¿Y por qué sigues aquí?

—Porque si no te follo ahora, me muero —se abalanza sobre mí y aprovecha que tengo los labios entreabiertos para meterme la lengua en la boca, me mantiene quieta con una mano y me derribo contra él, cuando lleva la otra mano a mi costado y me atrae de nuevo hacia él, lo siento duro y dispuesto para mí, y todo lo demás en el mundo desaparece.

Y nunca nada me había parecido tan bien.

16. HUNTER

Evito moverme para disfrutar de unos momentos más de paz.

Siento el calor del cuerpo de Savannah apretado contra el mío, sus piernas entrelazadas con las mías, y la sensación de satisfacción que me invade calma el nerviosismo habitual que arrastro.

Anoche fue como si el tiempo se detuviera mientras nuestros cuerpos se movían en perfecta armonía, avivando las llamas del deseo que ardían entre nosotros.

Tuve la sensación de que el mundo fuera de estas paredes desaparecía y solo existía la química embriagadora que nos une, en una sinfonía de placer que nos deja sin aliento y nos hace querer más. *Siempre más.*

Sin embargo, con la luz de la mañana asomándose por la ventana, recuerdo todas las razones por las que no debería estar en la misma cama que Savannah, acariciando su brazo y aspirando el dulce aroma de su pelo.

Entre la intensidad de lo que vivimos y el deseo loco de que este momento no acabe nunca, me queda una conciencia agridulce en el fondo de la mente: estamos pisando terreno peligroso, navegando por un camino que difumina los límites entre el deseo y las consecuencias.

Por mucho que no pueda ni quiera negar el vínculo que siento hacia ella, no ignoro las complicaciones que podría acarrear nuestra situación.

Una parte de mí teme el momento en que se despierte y un millón de preguntas se arremolinen en mi cabeza.

¿Se arrepentirá de lo que pasó entre nosotros?

¿Lo etiquetará como algo excepcional?

¿Estarías dispuesto a mantener esta extraña relación nuestra en secreto entre los dos?

Antes de enredarme en estas reflexiones, necesito un café.

La muevo tan suavemente como puedo, arrancándole un dulce gemido de esos labios hinchados por los besos que nos hemos dado toda la noche, me pongo un par de bóxers limpios y salgo de la habitación.

Cuando llego a la cocina, me quedo helado y un rincón de mi cerebro se pregunta si aún estoy a tiempo de volver al calor de mi cama y acurrucarme junto a Savannah, olvidándome de todo lo demás.

—Pareces un puto ciervo delante de los faros —la voz de Lucas es sombría, su mirada indescifrable.

¿Es posible que viera a Sav? ¿Entró en la habitación sin que me diera cuenta?

—Buenos días a ti también —le saludo, tanteando el terreno.

—Buenos días, mi culo —*Tormenta entrante, entonces*—. Menos mal que no soy chismoso porque si no, la hubieras liado —gruñe.

—Lo tengo todo bajo control —respondo, ignorando la mirada asesina que me lanza.

—¿En serio? Y si el capitán hubiera decidido entrar esta mañana a darle los buenos días a su dulce hermanita y no la hubiera encontrado en su habitación, ¿qué habría pasado, Jones? ¿Y si la hubiera esperado hasta que volviera y ella hubiera salido de *tu* puta habitación, eh? Sabes que el

equilibrio en el equipo sigue siendo delicado y precario, ¿cómo pudiste hacer eso? ¿Te das cuenta de que has cruzado la línea más importante?

—No es que sea asunto de Nick ni de nadie....

—Y ahí es donde te equivocas, joder —me interrumpe—. No todo el mundo aquí tiene un futuro garantizado en la empresa de papá o en la NFL. Algunos tenemos que dejarnos la piel para que los ojeadores se fijen en nosotros, para conseguir al menos un pequeño fichaje en la liga mayor, incluso como *agente libre*.

En el fútbol profesional, los deportistas *free-agent* son aquellos que no son elegidos durante la ventana del draft, quedando sin restricciones, y que son libres de negociar y aceptar ofertas de cualquier equipo, pero con contratos sensiblemente inferiores.

—Escucha.

—No, escucha tú. Es tu último año, pero también es *mi* último año. Es ahora o nunca, ¿me entiendes? —Su tono de voz se vuelve más alto y doy gracias de que la cabina esté vacía.

Me paso una mano por el pelo, consciente de la frustración que Lucas debe estar sintiendo ahora mismo.

Me abruma darme cuenta de lo mucho que está en juego y me encuentro en una encrucijada que podría alterar no solo el curso de mi vida, sino también el de los demás.

—Ella me gusta, no me arrepiento de lo que pasó... —Levanto una mano cuando mi amigo abre la boca para intervenir—, pero intentaremos guardárnoslo para nosotros. El capitán no lo sabrá, el entrenador tampoco, y todos jugaremos felices hasta el final del campeonato universitario, ¿de acuerdo?

—Eso espero —resopla Lucas, de espaldas a mí y concentrado en su zumo de naranja como si eso pudiera revelar los misterios del mundo.

Preparo dos cafés como si estuviera atracando un banco, me bajo el mío a riesgo de quemarme la garganta, y cuando vuelvo a mi habitación no me sorprende encontrar a Savannah sentada en la cama con una expresión ligeramente amarga.

—Hola —la saludo y me acerco para entregarle el café—. Ten cuidado, aún está caliente.

Levanta la vista hacia mí y acepta la taza, murmurando un gracias, pero las comisuras curvadas hacia abajo de su boca no me agradan en absoluto.

Savannah debería estar siempre riendo, el sonido de su risa ha sido la banda sonora de mis sueños durante las últimas semanas.

Ahora será reemplazada por los gemidos que hace cuando se corre.

Sacudo la cabeza para no perder de vista el motivo de su descontento, aunque nada me gustaría más que cerrar la puerta tras de mí y olvidarme del resto del mundo.

—¿Has oído a Lucas, supongo?

—Sí —dice, bajando la mirada a las sábanas arrugadas. Su suspiro me dice que también ha oído lo que he dicho.

—Mira, sé que lo que he dicho puede hacerte pensar que me arrepiento de lo que pasó, pero no es así —dejaré claro el concepto que más me preocupa.

Sacude la cabeza y vuelve a mirarme.

—No, está bien, lo entiendo.

—¿En serio? —Mis cejas se arquean de sorpresa. ¿Será que esta chica no solo es dulce, inteligente y hermosa, sino que además entiende la dinámica deportiva de un equipo?

Mierda, podría casarme con ella mañana.

Tranquilo, Hunter.

Da un largo sorbo al café, quizá tratando de hacer tiempo, y finalmente me sonrío y siento un

extraño calor en el pecho.

—Por supuesto, mi hermano es el capitán del equipo de fútbol y lleva toda la vida preparándose para la NFL. Sé cuál es el precio que hay que pagar para alcanzar la meta final. Así que, si no quieres que esto —mueve su mano libre de un lado a otro entre los dos—, vuelva a ocurrir, no te lo tendré en cuenta.

—Oh —Frunzo el ceño, porque no estoy seguro de que esta fuera la dirección que quería que tomara la conversación—. ¿Y si quisiera?

Inclina la cabeza hacia un lado y espera a que se lo explique.

—Si quisiera que esto —imité su gesto anterior—, volviera a ocurrir, pero sin avisar al resto del equipo ni al entrenador, ¿pensarías que soy un imbécil?

Una comisura de sus labios se curva hacia arriba y nada me gustaría más que arrodillarme a sus pies y pedirle perdón por lo que le pido.

Piensa en la NFL.

—¿Se supone que debo pensar que eres un imbécil porque quieres esconderme como si fuera un sucio secreto?

Me estremezco ante su pregunta.

—No, Sav...

—Oye, estaba bromeando —me interrumpe, levantando una mano y riendo suavemente—. No creo que seas un imbécil. Creo, más bien, que eres un atleta que se prepara para su carrera profesional y eres consciente de lo importante que es la serenidad dentro del equipo. Al fin y al cabo, ¿no estamos aquí para eso? En el campus nos saludaremos como conocidos, en los partidos vendré a animar al equipo con la camiseta de Nick y, en general, tendremos cuidado de no interactuar demasiado en público —Termina de hablar y se levanta de la cama para acercarse a mí y noto que ya se había vestido.

Su perfume vuelve a distraerme mientras me deja un beso en la mejilla y quiero decirle un millón de cosas.

¿Eres consciente de que me has dado la mejor noche de mi vida?

¿Podemos repetirlo todos los días desde ahora hasta mi último aliento?

Permanezco inmóvil, mirando la pared frente a mí, intentando comprender qué es lo que no me cuadra de nuestra situación, y entonces me doy cuenta.

Debería llevar mi puta camiseta.

Cómo me gusta el olor de la victoria.

Es un olor peculiar que se mezcla con el sudor, los gritos emocionados de mis compañeros y la adrenalina que me recorre de pies a cabeza durante los cuatro cuartos.

Los aficionados en las gradas hacen un ruido ensordecedor vitoreando nuestros nombres y aplaudiendo como si hubieran presenciado un milagro.

Bueno, quizá en parte.

Encuentro la mirada de Nick y en sus ojos veo lo que ha cambiado entre nosotros en los días del retiro.

El día de *la convivencia en equipo*, nos enfrentamos a una serie de retos que puntuaban a cada equipo y, como buenos atletas llenos de espíritu competitivo, el capitán y yo nos dimos cuenta enseguida de que tendríamos que trabajar juntos para ganar.

El primer reto consistió en una carrera de relevos y Nick marcó un gran tiempo en la primera mitad del recorrido y yo esprinté hacia la meta, quemando a todos los rivales. Nuestra

competitividad se mostró en todo su esplendor, alimentando las risas y los aplausos de nuestros compañeros.

El siguiente reto era una carrera de obstáculos: una prueba de agilidad, fuerza y trabajo en equipo. Nick y yo nos encontramos codo con codo, afrontando cada obstáculo con feroz determinación. A medida que avanzábamos por el recorrido, hubo momentos de sabotaje amistoso: suaves empujones, bromas y astutos intentos de ralentizarnos mutuamente porque era cierto que estábamos en el mismo equipo, pero solo uno de los dos cruzaría la línea de meta. Por supuesto, *lo hicimos al mismo tiempo y nuestra rivalidad se convirtió en un espectáculo humorístico.*

De hecho, nuestros compañeros de equipo nos animaban, apreciando las bromas y la camaradería que se habían creado. Lo que empezó como una rivalidad basada en el orgullo y la competitividad se convirtió en una experiencia compartida, llena de incidentes divertidos y competición desenfadada.

Para sorpresa de todos, quedamos primeros y quedó claro que, por debajo de la rivalidad, se había desarrollado un respeto mutuo. La experiencia del retiro no solo puso de relieve nuestros puntos fuertes individuales, sino también la importancia del trabajo en equipo y el afán de superación mutuo.

Y esta noche se lo hemos demostrado al equipo, a los entrenadores y a los aficionados.

El momento de armonía entre nosotros pasa y Nick me dedica una breve inclinación de cabeza antes de golpear su pecho contra el de Mick como dos gorilas en celo.

—Joder, hombre, todavía no me lo puedo creer —Lucas se acerca por detrás, me rodea el cuello con un brazo y me atrae hacia él, sus ojos brillan de alegría y no puede estar quieto.

—Que te jodan —exclamo dándole un puñetazo juguetón en la boca del estómago—. ¿Dudabas de que ganaríamos, imbécil? —le pregunto sin disimular mi escepticismo.

Se ríe entre dientes y me guiña un ojo antes de unirse a nuestros otros compañeros para celebrarlo con ellos.

Por fin se ha relajado. Casi respiro aliviada al recordar los últimos días, cuando Lucas me respiraba en la nuca cada vez que iba a ver a Savannah. Estaba literalmente aterrorizado de que Nick me pillara haciendo travesuras con su hermana pequeña, y yo me reiría si no fuera porque estuvimos a punto de hacerlo un par de veces.

Es que cuando estoy con ella, olvido por qué no deberíamos vernos. Incluso ahora, percibo claramente su presencia y sé que si me diera la vuelta, la encontraría en un instante.

Sonrientes, sudorosos y felices por nuestra victoria.

Con los ojos brillantes de alegría y las mejillas sonrojadas de júbilo.

Con la camiseta del imbécil de su hermano puesta.

Respiro hondo, sacudo la cabeza y permanezco anclado en el momento presente, miro a mi alrededor intentando memorizar la sensación de victoria tras el oscuro periodo que ha vivido el equipo.

Este es el renacimiento de los *Blue Streaks*.

Este es el principio del camino para ganar el campeonato universitario.

Esto es un anticipo de lo que ocurrirá cuando entre en la NFL.

17. SAVANNAH

El público que me rodea delira, y yo también estoy eufórica por esta victoria de los chicos.

Entre cánticos, aplausos y pancartas, miro a mi alrededor y me quedo de piedra.

Por primera vez desde que mi hermano juega en los *Blue Streaks*, la sección de invitados del estadio de los *Comets* está llena de aficionados que han tenido que hacer un viaje de dos horas para llegar a Columbus.

Con las estadísticas del año pasado en la mano, el equipo de la Capital University no era un rival formidable, aunque este año está dando muchos problemas en el campo, pero el viaje a Columbus en el autobús con los chicos estuvo bastante lleno de tensión y expectación.

El recuerdo me lleva a otro viaje en autobús, el de vuelta a Cleveland tras el final del retiro.

—¿Preparada para volver a casa, hermanita? —pregunta Nick, uniéndose a mí en el vestíbulo donde nos reunimos antes de partir.

—Sí —le sonrío y espero que no lea en mis ojos todo lo que no puedo decirle.

—¿Te lo has pasado bien?

Si supieras.

—Fue una experiencia fantástica y formativa.

—Bueno, me alegro de que te hayas adaptado genial al equipo. Vas a ser una gran profesional, no es que lo haya dudado.

Nick me abraza como un oso y siento una punzada de culpabilidad en la boca del estómago, me duele no poder decirle a mi hermano mayor cómo me hace sentir su compañero de equipo porque su relación aún es un delicado capullo que necesita cuidados para florecer.

El vínculo entre Nick y yo está forjado por innumerables recuerdos y un inquebrantable apoyo mutuo que existe desde que tengo uso de razón, pero no dudo ni por un segundo que, si supiera de mis sentimientos por Hunter, aplastaría sin piedad ese capullo bajo sus zapatillas.

Como si mi mente lo hubiera conjurado, Hunter llega al vestíbulo y su mirada encuentra la mía como un instinto natural. Con su bolsa de lona al hombro, un ligero atisbo de barba y unos pantalones de chándal que caen suavemente sobre sus caderas resaltando sus abdominales esculpidos y la V que lleva en la...

—¿Qué estás mirando, Sav? —El tono de voz intrigado de Nick me saca de las fantasías que habían empezado a apoderarse de mi mente.

—¿Yo? N-nada, ¿por qué? Estoy esperando a Lara, pero aún no ha llegado. Parece como si tuviera la cabeza en las nubes desde la noche de la fogata, no sé qué le está dando tanto que pensar —digo todo de un tirón, volviéndome para mirarle y rezando porque no se haya dado cuenta de que estoy babeando por Hunter.

—Oh —las mejillas de mi hermano adquieren un ligero tono rosado y es mi turno de mirarle con curiosidad.

¿Qué demonios le pasa?

—¡Hemos ganado! —exclama Lara a mi lado, devolviéndome al presente—. Parece que el retiro ha dado los resultados deseados —me abraza entusiasmada, ni que hubiéramos marcado

los tres touchdowns del partido.

—Sí, esta victoria es exactamente lo que el equipo necesita para empezar el campeonato con el impulso adecuado.

Vuelvo la vista hacia la cancha y veo a mi hermano sobresaliendo por encima de sus compañeros. Es agradable ver una expresión despreocupada en el rostro de Nick, pero no puedo evitar posar los ojos en el guardia ofensivo que puebla mis sueños y anima mis noches.

Desde que regresamos al campus, hemos intentado pasar juntos el mayor tiempo posible sin que nos pillen y hemos vivido momentos intensos de pasión, arrumacos y pequeños descubrimientos.

Sí, porque Hunter es un gran gigante, sin embargo, su película favorita es *La milla verde*. No le gustan los dulces -me dejó comer todas las palomitas de caramelo-, pero ay de él si toca la pizza, estrictamente de pepperoni.

—¿Sav? —me llama Lara.

—¿Eh? —Le devuelvo la mirada ante el extraño tono que ha utilizado.

—¿Me equivoco o le estás echando a Jones la mirada de “fóllame ahora y nadie saldrá herido”?

—¿Qué? —me atraganto con la saliva—. ¿En qué demonios estás pensando? —Por suerte, con el caos de la celebración, nadie parece haber prestado atención a sus palabras.

Pequeña nota al margen: no le he dicho nada a Lara sobre mi noviazgo con Hunter, y aunque eso complica aún más las cosas desde el punto de vista logístico, no estoy lista para compartir lo que tenemos con ella. Lara ha dejado claro que piensa que Hunter no es más que un playboy arrogante con talento innato y cara de tortazo, pero estoy empezando a conocerle y, tras la fachada perfecta, hay mucho más en él.

He intentado preguntarle por su pasado y su familia, pero el tema le pone rígido y solo me da respuestas enigmáticas que me hacen darme cuenta de las pocas ganas que tiene de hablar de ello. He adivinado que sufre mucho por estar lejos de su hermana pequeña, que la relación con su madre no puede ser peor, que su padre es una figura ausente desde pequeño.

Le hago saber que estoy ahí, que puede contar conmigo y confío en que cuando se sienta cómodo, él mismo me lo contará.

—No me tienes en cuenta, amiga, y voy a averiguar por qué —la mirada que me lanza Lara es, cuando menos, inquisitiva, pero es la sonrisa que se dibuja en sus labios la que me dice que estoy en un lío y que voy a tener que tener aún más cuidado con lo que digo si no quiero que me pillen.

—No sé de qué estás hablando. En realidad, estaba mirando a Nick porque me muero de hambre y necesito una hamburguesa doble con queso.

—Hmm, ¿con doble tocino?

La comida es el mejor aliado para distraer a Lara.

—Por supuesto. Vamos —rodeo sus hombros con mi brazo—. Vamos a buscar a los chicos.

—Ven— me invita mi guardia ofensivo favorito con la sonrisa pícaro que me provoca siempre medio infarto.

Le sigo sin vacilar, con curiosidad por saber qué se le ha ocurrido, con la emoción de que quiera empujarme a hacer algo prohibido en una biblioteca silenciosa y desierta.

Miro a mi alrededor y los pocos estudiantes que aún están presentes están absortos en sus libros, algunos incluso llevan auriculares.

Cuando Hunter llega al final de la estantería de literatura griega, el olor a polvo es más fuerte,

señal de que estos libros se hojean con menos frecuencia que los demás.

Se da la vuelta y me clava en el sitio con esos ojos oscuros que tienen el poder de hechizarme siempre.

Me acerco más a él, porque ya no puedo resistir alejarme de él, teniendo cuidado de no tocarle delante del resto del mundo, fingiendo que no es más que un compañero de equipo de mi hermano y no el chico que tiene mi corazón en sus garras y mi cuerpo en su poder.

Estoy a un paso de él cuando me agarra la nuca con una mano y tira de mí hacia él, instintivamente levanto una pierna y la envuelvo alrededor de sus caderas y lo siento. Está duro contra mi intimidad, me encuentro con sus ojos y están empañados de deseo, está sin aliento, igual que yo.

—No podemos hacerlo aquí —murmuro contra su boca.

—¿De qué está hablando, Srta. Moore?

Pongo los ojos en blanco ante su fingida inocencia y empujo mis caderas contra las suyas. Tengo que contener una risita cuando le oigo gemir suavemente.

—Del deseo que ambos tenemos.

—Yo digo que podemos, Ojos Grandes. Es tarde, el recinto está medio vacío, y ninguno de los que aún están presentes asiste a literatura griega.

—¿Y se supone que esto debe tranquilizarme?

—Nunca dejaría que nadie te viera disfrutar por mí —su lengua recorre el lóbulo de mi oreja izquierda, su aliento caliente me llena el cuello de escalofríos y me olvido del pudor, de todas las razones por las que no se puede practicar sexo en la biblioteca ni en el resto del mundo.

Me suelto en sus fuertes brazos y enhebro los dedos en su espesa cabellera, sus labios encuentran los míos y los abro para permitir que su lengua explore mi boca.

La temperatura a nuestro alrededor parece subir y cuando me empuja contra la estantería, sé que nunca le diría que no.

—Hunter...

—¿Qué pasa, Ojos Grandes?

—Te deseo.

—Oh, ¿ya no tienes miedo? —Retrocede ligeramente para poder mirarme a los ojos.

—Cuando estoy contigo, no tengo miedo de nada.

Sus ojos se llenan de emoción, la misma emoción que estoy segura que llena los míos, y un escalofrío me recorre.

¿Qué me está haciendo este tipo?

Vuelve a mi boca, me roza la mandíbula con la nariz y sube hasta rozarme la oreja con los labios.

—¿Tienes idea de lo mucho que me excita tu confianza?

Reprimo un gemido ante el enésimo estremecimiento que me provoca.

—Enséñamelo.

Esta sola palabra basta para encender el fuego de la pasión.

Con una mano enhebrada en mi pelo para sujetarme, Hunter recorre mi vientre y baja hasta el dobladillo de la falda que llevo puesta.

—Con esto puesto, eres una puta amenaza pública —su voz es un susurro ronco que habla directamente a mi corazón. *Y también a algo más abajo.*

Su mano sube por mi muslo hasta rozar el encaje de las bragas que llevo.

—Joder, Ojos Grandes, ¿estás intentando matarme?

Muevo lentamente una mano desde su hombro hasta su erección apretada en los vaqueros.

—Te ves *muy* bien para mí, Jones.

Siento su boca sonreír contra mi cuello y su lengua acariciar mi piel.

—Ah, me sentiría mucho mejor dentro de ti, pequeña Moore.

Los dedos de Hunter rompen la última barrera y encuentran mi carne palpitante, caliente y expectante. Cuando me roza el clítoris con el pulgar, tengo que obligarme a no gritar, pero él intuye que podría no resistirme y pega su boca a la mía, tragándose mis gemidos.

Me penetra con el dedo y mi corazón empieza a latir con fuerza, no solo por lo que está ocurriendo entre nosotros, sino también por la sensación de lo prohibido que alimenta mi excitación.

Sus movimientos son tan lentos que rozan la tortura, sabe exactamente dónde y cómo tocarme y estoy dispuesta a apostar a que se divierte mucho viendo cómo me derrito como cera entre sus manos.

Su lengua saquea mi boca y mi cabeza empieza a flotar, pero no estoy dispuesta a perderla sin que él ceda al menos parte de su control.

Le desabrocho rápidamente los vaqueros y deslizo una mano por debajo, encuentro inmediatamente su erección caliente y dura y, cuando rozo la punta, un gruñido vibra en su pecho.

Reproduzco sus lentos movimientos, bombeándolo con insoportable lentitud, y él responde introduciéndome otro dedo y acariciando mi clítoris hinchado con el pulgar.

Siento que mis músculos se tensan y los dedos de mis pies se curvan. *Estoy tan cerca.*

Cuando nuestras bocas se separan para permitirnos recuperar el aliento, me quedo sin aliento, con la visión borrosa y fuego en la cara, pero no suelto el agarre de su majestuosa polla.

—Te ves preciosa, Sav —murmura Hunter en mis labios húmedos e hinchados por nuestros besos, aumenta el ritmo de sus dedos y la presión sobre su pulgar, y pierdo la cabeza.

Es una sensación hermosa, pero es con él con quien se convierte en algo que lo consume todo, rozando lo devastador. Se traga mis gemidos pegando su boca a la mía y sigue follándome mientras me corro en sus dedos encontrando, una y otra vez, ese punto dentro de mí que me hace ver estrellas.

En cuanto la claridad vuelve a mi mente, nuestras miradas se encuentran y sus ojos se nublan de excitación, pero corro el riesgo de perderla de nuevo cuando se lleva a la boca los dedos mojados por mi placer y los chupa.

Bajo la mirada hacia su erección y parece más hinchada que antes, tengo tantas ganas de volverlo loco como él a mí que no lo dudo un instante y me doblo de rodillas, paso la lengua por la punta y lo acojo en mi boca, ganándome otro gruñido.

Lo trabajo con la boca, pero está tan cerca que, al cabo de ni siquiera un minuto, murmura:

—Ya me voy a correr, Ojos Grandes, muévete.

Ni siquiera pienso en ello.

Le miro, sacudo la cabeza lentamente y le chupo cada vez más fuerte, acompañándole hasta el éxtasis y bebiendo hasta la última gota de su orgasmo.

18. HUNTER

Intento concentrarme en el entrenamiento que me espera bajo la atenta mirada del entrenador Hegamin, pero mi cabeza vuelve irremediablemente a Savannah.

Los grandes ojos de cierva, la sonrisa brillante, la mamada más mágica de la historia de las mama...

—Oye, Jones, ¿tienes la cabeza en las nubes? —me pregunta Nick mientras me flanquea durante la carrera de calentamiento.

Ojalá tuviera mi cabeza ahora.

Desde que regresó de Bay Point, el ambiente en el equipo se ha relajado y, desde la victoria contra Capital University, incluso Moore se ha vuelto más afable y cada vez son más raros los momentos en los que se acuerda de odiarme.

Incluso me perdonó que sustituyera su batido de proteínas por un brebaje verde brillante que provocó una hilarante expresión de sorpresa y asco en cuanto lo probó, desatando la hilaridad de todo el equipo.

Mis instintos masculinos me sugieren que se le debe haber pasado por el culo la traición de esa loca de Janice, quizás porque alguien más ha captado su interés, pero aún no le he visto salir con nadie en el verdadero sentido de la palabra, así que realmente no tengo ni idea.

¿Por qué sigo tan de cerca sus movimientos? Porque es la única manera de encontrarme con Savannah con un margen de tranquilidad, solo conseguimos sacar tiempo para estar juntos cuando Lara no está en la habitación o cuando los chicos salen del piso.

Lucas ya se ha resignado, pero prefiere no estar en casa durante nuestros encuentros, dice que fingir ignorancia le salvará las pelotas en el momento en que Nick decida arrancarme las mías cuando se entere de lo mío con su hermana.

Solo creo que si Lucas no llega a la NFL, puede tener un futuro asegurado como actor dramático.

—No, solo estoy concentrado en el próximo partido.

—No perdemos contra ellos desde 2009, el equipo está en un momento dorado, vamos a destrozarlos —responde Nick sin la menor duda en la voz.

—He visto las estadísticas, sin embargo, y tienen dos nuevos guardias defensivos muy buenos este año, tenemos que tener cuidado.

—Suenas como un viejo, ¿lo sabías? —responde, para nada molesto por mi reflexión.

—Sueno como alguien que aún no ha firmado con la NFL y no quiere cometer ningún error —le dirijo una mirada de reojo para que vea toda mi determinación.

Guarda silencio un momento, como si estuviera evaluándome a mí, la situación o quién sabe qué más.

—Puede que seas un imbécil, Jones, pero tú y yo jugaremos juntos en los Browns el año que viene.

Pero no me da tiempo a replicar, porque acelera el paso y me deja atrás, aprovechando el asombro que me ha invadido.

Las dos horas siguientes están llenas de sudor, jugadas que ensayar y ensayar, y bromas entre compañeros de equipo. Nada nuevo, si no fuera por las miradas de comprensión que el capitán y yo intercambiamos de vez en cuando, con la aprobación de Hegamin, que asiente ante cada pase perfecto, cada movimiento realizado en sincronía, haciendo jugadas impecables una tras otra.

Hacemos una pausa para beber y refrescarnos y el entrenador aprovecha para acercarse a nosotros.

—Bien hecho, chicos —comentó, dándonos palmaditas en la espalda a Nick y a mí.

—Gracias, entrenador —responde el capitán—. El equipo se está esforzando y el departamento ofensivo está haciendo todo lo posible.

Hegamin asiente y desplaza su mirada hacia cada uno de nosotros, acallando el murmullo de la charla.

—Tienes razón, Moore, pero lo que quería decir es que Jones y tú han conseguido convertir su intensa rivalidad en determinación para ganar y todo el equipo se está beneficiando de ello. Por fin veo un reconocimiento mutuo de las habilidades y la dedicación del otro. Sigán así.

Nos hace un gesto con la cabeza y se marcha, dejándonos en manos de los entrenadores deportivos.

Noto las miradas de satisfacción de algunos de mis compañeros, en particular la de regodeo de Mick, mientras Rick y Lucas se chocan los cinco.

Menuda panda de imbéciles.

—Hola —me saluda Savannah con su habitual sonrisa que me calienta en lugares que ni siquiera sabía que se calentarán.

—Hola, Ojos Grandes, entra. Ya viene la pizza.

Su sonrisa se vuelve aún más radiante y corro el riesgo de derretirme aquí en el suelo, adiós a la fachada de deportista macho e imperturbable.

En cuanto entra, cierro la puerta y enrosco mis dedos alrededor de su muñeca, atrayéndola hacia mí para hundir mi nariz en su suave y fragante cabello.

Maldita sea, cómo la echaba de menos.

La atracción entre Savannah y yo es un torbellino de deseo que me arrastra a un océano de pensamientos impuros y desearía no tener que ocultar en qué se está convirtiendo esta chica para mí.

Su personalidad, su forma de ver la vida y su maravillosa sonrisa se abren paso a través de la desconfianza que siempre me ha caracterizado.

Desde que conozco sus gustos, es mucho más difícil fingir que somos dos personas que se cruzan de vez en cuando en la biblioteca, en los partidos o al final de los entrenamientos.

Mis ojos siempre buscan los suyos y su sonrisa tiene un giro diferente cuando me ve, sobre todo si han pasado varias horas desde la última vez que estuve dentro de ella.

—Hmm, champiñones con doble mozzarella para mí, espero.

—Por supuesto. Para mí, doble de...

—Doble de pepperoni —me interrumpe riendo entre dientes, y yo sonrío contra su pelo. Me encanta que hayamos alcanzado un nivel de confianza que nos permite conocer las preferencias del otro.

Levanta la cara hacia la mía y nuestros labios se encuentran, como si fuera un instinto natural, algo que encontraría incluso en la oscuridad y con las manos atadas a la espalda.

—Te he echado de menos, ¿sabes? —suspira en mi boca.

Han pasado casi dos días enteros desde la última vez que nos vimos y a mí me ha parecido una puta eternidad.

—Tú también, Sav —*Para morir*se.

Dos pizzas extragrandes y media película lacrimógena después, Savannah y yo estamos tumbados en mi cama, abrazándola fuerte y fingiendo ver una comedia cuyo título ni siquiera he pillado.

No había estado tan relajado desde hacía mucho tiempo y, a la vez, asombrado al pensar que hace unas semanas nunca me habría imaginado estar en una situación así con una chica.

Acurrucados en una cama con la ropa aún puesta, después de intercambiar besos y caricias y nada más. *Sin necesidad de sexo para sentirnos bien*.

—Desde aquí también oigo girar las tuercas de tu cerebro —murmura mi novia—. ¿En qué estás pensando?

Espera... ¿mi novia?

Bueno, eso suena muy bien.

—Estaba pensando en lo mucho que me gusta estar contigo, así, juntos. ¿Tiene sentido? —Suelto una risita para disimular la repentina oleada de vergüenza que me invade.

—Creo que sí. A mí también me gusta estar así, y siento como si te conociera de toda la vida —se tumba de lado en mis brazos para poder mirarme a la cara, olvidada ya la película—. Sin embargo, no nos conocemos tan bien. Háblame de ti, de tu familia, de quién eras antes de venir a la universidad.

Inhalo profundamente, tomándome mi tiempo antes de hablar. Es un tema que suelo evitar cuidadosamente, sin embargo, nada de mí funciona como *de costumbre* con Savannah.

—No es una buena historia, Ojos Grandes.

Me pone una mano en el pecho, directa al corazón.

—En la vida no todo son buenas historias, pero la tuya me interesa. En todos sus aspectos.

Me aclaro la garganta, robo unos segundos más para encontrar fuerzas para hablar de un pasado difícil y doloroso.

—Mi madre siempre ha tenido hambre. De atención, de éxito, de dinero. Lástima que siempre tuviera las manos llenas y gastara mucho más de lo que ganaba. Sé poco de su primer marido, pero terminó unas semanas antes de que se quedara embarazada de mí y se casara con mi padre. No tengo muchos recuerdos de él, se fue cuando yo tenía cuatro años y nunca le culpé. Si hubiera podido, yo también lo habría hecho. Al menos hasta que le tendió una trampa a un vendedor de coches y se quedó embarazada de mi hermana, Helena, un pequeño demonio de personalidad rebelde y sonrisas cegadoras.

Sav sonrío, sin saber que le espera la peor parte de la historia.

—Hank era un buen tipo y nos llevábamos bien. De hecho, disfrutaba más pasando tiempo con él que con mi propia madre.

—¿Era?

Suspirando de nuevo, le acaricio el hombro con una mano y con la otra busco sus delgados dedos que descansan sobre mi palpitante corazón.

—Sí, volvía a casa del trabajo una noche y su coche fue destrozado por un camionero borracho. Murió en el acto.

Sav frunce el ceño y su expresión se torna apenada, sus dedos se entrelazan con los míos, pero no le doy tiempo a hablar, necesito sacarlo todo o perderé los nervios.

—Un mes y medio después del accidente, mi madre era una viuda afligida que salía con el nuevo jefe de policía de Moraine.

Sav hace una mueca que no oculta su disgusto.

—Un imbécil traicionero con doble personalidad: fuera de casa, un ciudadano modelo y ejemplo de civismo; dentro de casa, Lewis me pegaba a mí y a Helena por cualquier cosa, a veces solo para descargar el estrés. Y luego, cuando Lena se hizo mayor, noté que su aspecto cambiaba y se volvía más insistente.

Mi novia se tapa la boca con la mano que no sujeta la mía y sus ojos se llenan de asombro.

—Un día, en el verano antes de irme a la universidad, le pillé espiándola en el baño mientras Lena se duchaba. Casi lo mato a golpes.

—Hiciste bien. ¿Arrestaron a ese imbécil?

Mi boca se torció en una sonrisa burlona, la misma que el *imbécil* me dedicó a mí.

—Nadie quiso creer mi versión de los hechos y mi madre decidió respaldar la suya sin pararse a pensar. Me amenazó con denunciarme si volvía a aparecer por el pueblo y... —Mi voz se apaga, ella capta al instante mi vacilación.

—¿Y?

—Y me dijo que tomaría medidas con Lena si intentaba alejarla de ellos. Cuando me fui a la universidad, todas las llamadas telefónicas fueron supervisadas por mi madre y entonces, decidieron apartarme de la vida de mi hermana —concluyo entre dientes apretados.

—No puedo creerlo —murmura asombrada—. ¿Cómo pueden hacerte eso? ¿Cuántos años tiene tu hermana ahora?

—Casi diecisiete. Si entro en la NFL, si gano lo suficiente para cuidar de los dos, podré llevármela de allí. Puedo darle una vida cómoda y tranquila.

Savannah acerca su mano pequeña y delicada a mi mejilla. Su calor me llega hasta el estómago y deshace el nudo de tensión y rabia que no sabía que tenía.

—Lo vas a conseguir, Hunter. Es imposible que la NFL no te acepte, tienes talento y mejoras en cada partido.

Le sonrío, y es una sonrisa que necesito desesperadamente en este momento.

—Gracias, Ojos Grandes.

19. HUNTER

—¿Seguro que no quieres quedarte?

—Hmm, si me quedo volveremos a revolcarnos bajo estas sábanas, arriesgándonos a que nos pille Lara, y entonces tendrás que dar algunas explicaciones —aprieto el torneado trasero de Savannah entre mis manos, ignorando mi erección a punto de volver a la vida, y ella se acurruca contra mí, frotando su cara contra mi pecho. *Cómo desearía no tener que salir de esta cama.*

Acompañé a Savannah de vuelta al dormitorio, pero cuando la vi soltarse el pelo, quitarse los vaqueros y la sudadera para ponerse unos leggings ajustados y una camiseta de su hermano, el cavernícola que residía en mi interior se cegó y sintió el impulso irrefrenable de poseerla, de reclamar el hecho de que, a pesar de no llevar *mi* camiseta, ella es mía tanto como yo soy suyo.

No es que esté dispuesto a decírselo.

Seguimos navegando en aguas revueltas y tenemos que pasar desapercibidos -al menos mientras tenga garantizado un puesto en la NFL-, pero no puedo evitar sentir algo por ella y no voy a esconder la cabeza bajo la arena y fingir que es una chica más o que se trata de un interés pasajero.

Suelta una risita.

—Sí, me la imagino con sus gafas de reportera, su libreta y un foco apuntándome a la cara mientras me pregunta por cada sórdido detalle de nuestra historia secreta.

Escondo una mueca ante los adjetivos que ha utilizado para describir nuestra situación, porque me gustaría que no fuera ni sórdida ni reservada, pero de momento es como tiene que ser y no tengo intención de cargar esta impaciencia mía sobre los hombros de Savannah.

La estrecho más contra mí y dejo un beso en su suave y sedoso pelo.

—Es casi un crimen contra la humanidad, pero tengo que levantarme e irme a casa. Tenemos entrenamiento matinal por la mañana.

Dentro de dos días jugamos en casa contra *la Universidad de Muskingum*, otro equipo no imbatible sobre el papel, pero con la moral alta dada su reciente racha de victorias.

Me empujo hacia arriba y fuerzo cada músculo de mi cuerpo para apartarlo del cálido, suave y acogedor de Savannah. Nos levantamos y vuelvo a vestirme bajo su atenta mirada, finjo no notar el excitado escalofrío que la recorre y pongo freno a mi propio frenesí por volver a tenerla.

—Mañana estaré ocupado hasta última hora de la tarde entre el entrenamiento, las clases y la reunión previa al partido. No creo que podamos vernos.

—No te preocupes. Por la mañana hay una reunión para ultimar los detalles de la fiesta de Halloween y Lara me ha rogado que la acompañe. En las últimas semanas nos hemos visto poco y le dije que sí.

—Lo has hecho bien —asiento con la cabeza, contenta de que Sav pase tiempo con su mejor amiga y de que no me eche demasiado de menos cuando no podemos cuadrar nuestros horarios —. Por cierto, ¿sabes ya de qué te vas a disfrazar? Por favor, nada demasiado sexy o no te garantizo que pueda mantener las manos quietas esa noche.

La semana que viene habrá en el campus una gran fiesta para celebrar Halloween y los

organizadores ya han invitado al equipo prometiendo la mejor fiesta en cinco años, con coñitos disfrazados y alcohol ilimitado.

No me disfrazaré, intentaré contenerme con el alcohol para no comprometer el rendimiento de la semana, y la única chica que necesito ha estado en mis brazos hasta hace poco. Así que esta fiesta no despierta en mí el entusiasmo desenfrenado que ya despierta en mis compañeros.

Por supuesto, una Savannah sexy podría despertar fácilmente mi entusiasmo... y más.

Sacudo la cabeza y miro el reloj. *Tengo que irme.*

—Me acostaré pronto, pero si queremos ver una película y comer algo, no hay problema — propongo, porque pensar en estar dos días enteros lejos de ella es una tortura.

Dios, si mis camaradas me vieran dirían que me he convertido en un esclavo de un coño.

Bueno, hay cosas peores.

—A ver cuánta energía tienes mañana por la noche y decidimos —responde con una sonrisa comprensiva, se acerca a mí y se pone de puntillas para dejarme un beso muy dulce en los labios.

—Para ti, siempre tendré energía, Ojos Grandes.

Hasta mi último aliento, añado en mi mente, pero afortunadamente puedo mantener la boca cerrada.

Dios mío.

Me temo que “esclavo de un coño” es quedarse corto.

Contengo una mueca cuando me doy cuenta de que delante de la casa que comparto con Lucas y los demás, está Janice esperando.

Y realmente espero que no me esté esperando a mí.

Sus ojos se iluminan con un brillo que no me gusta nada cuando me ve y tengo que reprimir el instinto de dar media vuelta y volver por donde he venido.

—Estoy harto de tenerte cerca —mi voz es fría y controlada, a pesar de que la aprensión me crispa los nervios: la última vez que me reuní con la bruja, Nick se enteró y las cosas se fueron a la mierda.

No tengo la menor intención de repetir la experiencia, así que la intrusa debe marcharse.

—Me lo debes, ¿recuerdas? —responde, agitando un dedo en mi dirección, completamente despreocupado por mi tono hosco.

—¿Y recuerdas que ya te expliqué que eso es asunto tuyo y que no me voy a meter en medio?

—Pero ya estás ahí, *cariño*.

Mi única respuesta es una mueca de asco ante ese apodo.

—Hmm, ¿no te gusta? Puedo encontrar algo más adecuado, *cariño* —tamborilea un dedo sobre sus labios rojo brillante mientras agita esas pestañas demasiado gruesas para ser verdad.

Dios, mátame ahora.

—Vete, Janice. No hay nada aquí para ti.

—Y ahí es donde te equivocas, nene, porque encontré tu secreto.

Mantener una expresión neutra requiere cierto esfuerzo físico, mientras todo en mi interior se congela ante la posibilidad de que haya descubierto algo sobre mi pasado.

No tanto por mí como por mi hermana pequeña.

Respiro lenta y profundamente, aferrándome con todas mis fuerzas a la lucidez que también me caracteriza en el campo.

No puede saber nada: cuando le di la paliza a Lewis, fue al hospital denunciando una agresión por parte de desconocidos y, dado su papel de jefe de policía de Moraine, nadie hizo

demasiadas preguntas. No, Lewis no lo arriesgaría todo por su depravación.

—No sé qué balbuceas, pero te estás volviendo bastante macabra, además de ridícula.

Suelta una risita que en realidad no tiene ninguna gracia y saca el móvil, busca algo y luego lo gira en mi dirección.

Solo tardo tres segundos en darme cuenta de que es un video, cinco en darme cuenta de lo que es, y al séptimo segundo me doy cuenta de que me ha jodido.

La bruja nos llevó de vuelta a la biblioteca.

Recordó el momento en que Savannah se corrió en mi mano, el momento en que le aseguré que el lugar estaba desierto, el momento en que le prometí que no dejaría que nadie la viera disfrutar por mí.

Santo cielo.

El video continúa y la cara de Savannah es fácilmente reconocible mientras se arrodilla entre mis piernas y me la chupa, haciéndome perder la cabeza.

Tengo que pensar rápido, pero el resultado es catastrófico se mire por donde se mire.

No puedo permitir que se arruine la reputación de Savannah.

Por no hablar de que podría despedirme de la NFL si un video así circulara por la red.

—Como he dicho, los celos de Nick serán lo que le haga arrodillarse ante mí —la voz aguda de Janice me devuelve al presente.

—Estás delirando, ¿te das cuenta?

—Y no tienes elección, ¿aún no lo entiendes? Si no quieres que envíe este video a los periódicos y se haga viral en las redes sociales, arruinando tu reputación y la de la dulce pequeña Savannah, harás exactamente lo que te diga.

Necesito ganar tiempo. Es lo primero sensato que se me ocurre si ignoramos *que quiero estrangular a Janice con mis propias manos.*

—¿Qué quieres que haga? —pregunto, intentando mantener un tono neutro.

—Ya no podrás hablar con la pequeña Moore porque romperle el corazón a esa zorrita es una ventaja añadida. Y, por supuesto, a partir de este momento, tú y yo somos pareja.

—¿Qué demonios significa eso?

La mueca de asco de mi cara debería enviarle una señal clara, pero es evidente que Janice opta por ignorarla mientras se acerca a mí con esos tacones de vértigo y pega sus labios a los míos antes de que tenga tiempo de registrar su movimiento. En cuanto lo hago, sin embargo, la escudriño y me paso una mano por los labios para limpiarme ese carmín brillante y pegajoso.

—Perfecta, diría yo.

—¿Qué? —Levanto la vista justo a tiempo para verla publicar en su página de *Instagram* la foto que nos acaba de hacer.

No me detengo en nuestros labios pegados, ni en la forma en que aprieta sus tetas contra mi pecho, sino en la peor parte. ¿En cuál? El pie de foto que me hace querer sacarme los ojos: *mi amor, tú y yo siempre juntos.*

Necesito resolver este lío. Lo antes posible.

Y tengo que encontrar la manera de explicárselo todo a Savannah.

20. SAVANNAH

Un libro se cierra con un ruido sordo, alguien resopla, una puerta se cierra de golpe, un cajón se abre de un tirón.

Levanto un párpado y veo a Lara caminando de un lado a otro de la habitación como un tornado loco, cierro el párpado y suspiro profundamente.

Supongo que mi sueño reparador ha llegado a su fin.

Abro los ojos y ruedo en la cama para coger el móvil y comprobar mis notificaciones. No son ni las ocho de la mañana, Hunter no ha contestado al mensaje de buenas noches de anoche y supongo que ya se habrá ido al entrenamiento matutino. *Qué raro.*

—Dime que no estás tan alterada por esa estúpida reunión sobre la fiesta de Halloween.

Lara se está tomando muy en serio su compromiso con la radio universitaria y, con su papel de redactora novel, siente la presión de organizar cada evento lo mejor posible. Sin embargo, aún no le he visto tan ansiosa.

—¿La reunión? —suelta, volviéndose hacia mí como si me hubiera salido una segunda cabeza—. ¿La fiesta de Halloween? —Extiende los brazos con una carcajada burlona, luego empieza a andar de nuevo, buscando quién sabe entre las sábanas y el escritorio—. ¿Crees que es por eso por lo que estoy preocupada? —le pregunta a alguien sin especificar.

Muy bien, es hora de resolverlo.

Tiro las piernas de la cama y me siento, miro la habitación que comparto con mi mejor amiga y parece que ha estallado una bomba allí dentro.

Lara se dirige al baño y murmura algo indescifrable, después de un momento regresa a su escritorio y continúa levantando libros y cuadernos en busca de algo misterioso.

Voy al baño, me enjuago la cara para quitarme los últimos restos de sueño y cuando estoy lista para enfrentarme a Lara, me fijo en su teléfono móvil en el soporte del papel higiénico.

Hmm.

La encuentro todavía inquieta en la habitación y sostengo su teléfono entre el pulgar y el índice y lo cuelgo delante de ella, pero no me mira.

—Tengo la extraña sensación de que buscas esto, ¿me equivoco? —pregunto burlonamente.

Levanta los ojos, los estrecha sobre el objeto que tengo en la mano y resopla.

—Ah, por fin —lo coge bruscamente antes de lanzarme una breve mirada fulminante—. Hoy no es el día, Sav, evita bromear con que aquí las cosas están en precario.

Apenas puedo evitar poner los ojos en blanco ante su vena melodramática.

—¿Qué está pasando?

Esta vez, se me echa encima, entrecerrando los ojos y llevándose las manos a las caderas.

—¿Hablas en serio?

Respiro hondo, pellizcándome el puente de la nariz entre los dedos.

—Lara, no tengo ni idea de lo que estás hablando.

—¿Cómo es posible? ¿Dónde estuviste anoche?

Me paralizó un momento y dejé de respirar, sintiendo cómo un rubor me sube por el pecho

hasta las mejillas.

—Solo estudiaba aquí —murmuro, rezando con todas mis fuerzas para que mi amiga no se dé cuenta de mi vacilación.

Sacude la cabeza y exhala como si yo fuera una causa perdida.

—Es increíble que no lo sepas. Desde anoche, es de lo único que se habla en el campus.

—Entonces, cuéntamelo.

—Justo cuando las cosas iban bien con Nick, ese imbécil de Jones decidió arruinarlo todo.

Vuelvo a contener la respiración, inclino la cabeza hacia un lado y no sé muy bien qué decir.

¿De qué demonios está hablando?

Si se tratara de nosotros, me lo habría dicho directamente, ¿no?

Solo sacudo la cabeza y la confusión debe ser evidente en mis ojos porque Lara me libra sacándome de la ignorancia.

—Hunter se la está metiendo a esa zorra de Janice —sentencia, y estoy bastante segura de que habría preferido seguir en mi dichosa ignorancia.

—¿De qué estás hablando? —pregunto a media voz, la incredulidad me deja sin aliento. Es sencillamente imposible que lo que Lara acaba de decir sea cierto—. Creo que lo he entendido mal —resoplo con una risita nerviosa.

—No entendiste mal. Hunter Jones ha decidido joder todo el trabajo que el equipo hizo en Bay Point —mientras habla, desbloquea su teléfono y busca algo.

Unos segundos, luego gira la pantalla hacia mí y solo quiero cerrar los ojos y volver a mi cama, fingir que no he visto el selfie de Janice besando a Hunter con un pie de foto que amenaza con hacerme vomitar a pesar de tener el estómago vacío.

En cambio, persisto, quién sabe por qué, negando con la cabeza.

—No es posible —se me quiebra la voz, siento que me escuecen los ojos y tengo que apretar los dientes para contener las lágrimas.

¿Por qué Hunter me haría eso?

Desplazo mi mirada hacia las sábanas que compartimos hace menos de doce horas, recuerdo los momentos que hemos vivido juntos estas últimas semanas y las miradas llenas de una emoción demasiado grande para expresarla con palabras.

No me lo puedo creer.

Simplemente no puedo.

Mi mente empieza a dar vueltas, en peligro de perderse detrás de las mil preguntas, necesito hablar con él, tiene que explicarme qué demonios está pasando.

Incluso podría ser una broma de mal gusto de esa serpiente de Janice, pero ella lo estaba besando, ¿cómo puede ser?

Tal vez un fotomontaje o...

Lara chasquea los dedos delante de mi cara para llamar mi atención.

—Tierra a Sav, ¿estás ahí? ¿No tienes nada que decir? ¿No estás preocupada?

Diría que “preocupada” no es un término suficiente para expresar cómo me siento ahora mismo: confusa, dolida, rota, a punto de llorar son mejores descripciones. *No es que pueda contárselo a mi amiga.*

—¿Preocupada? —me limito a repetir.

Lara abre los brazos de par en par, otra vez. Evidentemente, hoy estoy llevando su paciencia al límite.

—Tu hermano perderá la cabeza en cuanto se entere de esto, y mañana hay partido en casa. Sin mencionar que se enfrentan a Mount Union la semana que viene.

Mierda.

La Alliance City University es el rival directo de la JCU, no hemos ganado contra ellos desde hace al menos seis años e incluso esa ocasión fue más única que rara.

Habiendo perdido ya dos partidos, la JCU no puede permitirse otra derrota si no quiere despedirse del liderato del campeonato; así que, ¿por qué demonios haría Hunter algo así en este momento?

Déjame decirlo de otra manera: ¿por qué demonios haría eso en *cualquier momento*? Quiero decir, es Janice, por el amor de Dios, ni siquiera le he visto hablar con ella de pasada y ahora... esto.

Me niego a creerlo, tendrá que decírmelo él mismo. *Y tendrá que hacerlo mirándome a la puta cara.*

Dejo de darle vueltas a la cabeza y paso a la acción. Vuelvo al baño a lavarme los dientes, entro en la habitación, cojo unos leggings negros y la camiseta de Nick y me dirijo a la puerta.

—¿Adónde vas?

—¿A hablar con él? —respondo como si fuera un hecho.

—¿Quieres ir a casa de Nick ahora? El entrenamiento previo al partido casi ha terminado, entonces seguro que tiene clase.

—Voy a hablar con Hunter —precisé—. Voy a llegar al fondo de esto.

Lara me agarra del brazo, haciéndome dar la vuelta.

—¿Y qué piensas decirle? ¿Cómo manejar su vida personal? Es una estupidez, cierto, pero no es como si alguien pudiera decirle con quién acostarse.

Mi cerebro se atasca porque los razonamientos de Lara no hacen mella, salvo que le falta una pieza del rompecabezas. Y no es una pieza que yo pueda darle en este momento de confusión, necesito sentarme con ella y confesarle todo lo que le he estado ocultando.

Pero no ahora.

—Te lo explicaré todo, ahora debo irme.

Lara me suelta de repente, como si estuviera quemada, debe haber intuido que hay algo que no sabe.

—¿Qué es lo que no me dices, Sav?

—Te lo prometo, te lo explicaré todo. Te quiero, tengo que irme.

No le doy tiempo a contestar, me arriesgo a perder el valor de hacerlo y no me lo puedo permitir.

Marcho hacia el polideportivo con rabia, con agitación, pero aún hay un atisbo de esperanza en mi interior y eso es lo que más me asusta.

Sigo esperando que todo sea un malentendido.

Pero si no, ¿qué pasará conmigo?

Me congelo un segundo cuando veo salir a Hunter del brazo de la arpía, sigo caminando hasta detenerme a unos metros de ellos.

—¿Qué demonios significa esto? —pregunto, sin dejar de mirarle.

Se pone rígido, pero no me mira y Janice está pegada a su lado sonriendo como si no le importara nada.

Cómo me gustaría abofetear esa sonrisa de su cara.

Respira, Sav, mantén la calma.

Respiro hondo y avanzo dos pasos, y la sonrisa de la bruja se ensancha.

—¿Has venido a felicitarnos, pequeña Moore? —ríe Janice.

—No lo creo —respondo ácidamente.

Busco los ojos de Hunter, pero los tiene pegados a mis zapatos.

¿De verdad crees que puedes evitar un enfrentamiento después de lo que has hecho?

Será un placer demostrarle que se equivoca.

—Hunter, ¿podemos hablar?

—Adelante, Sav. Entre Hunter y yo no hay secretos.

—Me llamo Savannah —gruño sin dignarme a mirarla.

—No es lo que piensas, Savannah —Hunter pronuncia estas cinco palabras secas, en un tono indolente, casi indiferente. Ni Sav, ni Ojos Grandes. Vuelvo a ser Savannah. *Qué mierda.*

—¿Entonces qué es? —insisto—. No me iré de aquí sin obtener las respuestas que busco.

—Sí, cariño, explícale todo —la voz de Janice es aguda hasta el punto de ser rasposa, y la odio. La odio a ella y a su estúpida voz, y odio cómo me hace sentir.

—No hace falta explicarle nada a nadie —responde Hunter, dirigiendo una mirada nada amable a su novia.

—No lo creo —interrumpo—. Exijo una maldita explicación, y la exijo *ahora*.

—¿Por qué estás tan interesada en nuestra relación? ¿Te preocupa cómo se lo tomará tu dulce hermano mayor? Quizá por fin entienda lo que ese idiota se perdió.

Finalmente, la miro. Y otro millón de preguntas cobran vida en mi cabeza: si fuera feliz siendo la novia de alguien, no me importaría lo que mi ex haga o diga. *¿Por qué Janice sigue pensando en mi hermano?*

Una parte de mí sabe que es inútil insistir ahora, que debería volver más tarde y pillarle a solas, pero racionalizar ahora mismo es más difícil de lo que podría parecer y lo único que me importa es saberlo.

—Me interesa saber cuánto tiempo llevan así, de hecho, y si todo es una estrategia para provocar a Nick.

—Mmh —Janice tamborilea con el dedo índice sobre sus labios rojos—. Diría que empezó el año pasado, justo después del partido fuera de casa de los *Blue Streaks* contra el equipo de Hunter. Una atracción indomable, pero yo estaba ocupada con Nick en ese momento, aunque... bueno, algo pasó —su risita es aún más molesta que su voz—. De hecho, desde entonces, no hemos podido quitarnos las manos de encima.

¿De qué demonios está hablando?

Me acuerdo de las sospechas de Lara, de las habladurías y cotilleos sobre los motivos del desencuentro entre Hunter y Nick, pero nunca pensé que Hunter buscara a Janice mientras ella seguía con mi hermano.

¿De quién demonios me he enamorado?

Oh, joder.

Estoy enamorada de Hunter, me doy cuenta, devolviéndole la mirada, que por fin me corresponde.

No sé qué encuentra en mis ojos, pero en los suyos veo un mar tempestuoso, hay tanto en su mirada que no consigo identificarlo todo y me confunde más que antes.

Háblame, por favor.

—Por favor, Savannah, acabemos con esto aquí antes de que salgan mis compañeros —puedo oír la plegaria en la voz de Hunter, puedo verla claramente en su mirada, y es algo que me inquieta.

—Muy bien, vamos a terminar aquí. Contesta primero a una pregunta —espero a que asienta con la cabeza antes de continuar—. Aparte del beso de la foto, ¿hubo realmente algo entre ustedes?

Si no me estuviera mirando directamente, ni siquiera me daría cuenta, pero cara a cara, no puedo fingir que no veo el destello de culpabilidad en su mirada.

Creo que acabo de obtener mi respuesta.

Janice no miente, realmente hay algo entre ellos.

—Oh, bueno, además de la mamada que le hice después de la parte...

—¡Ya basta! —Hunter la interrumpe. Su voz es grave y fría, un escalofrío helado me recorre la espina dorsal y siento que no conozco al hombre que tengo delante.

Sin embargo, es el mismo que anoche me hizo el amor con dulzura y cariño.

—No hay nada que discutir. La cosa es así: Janice y yo solíamos estar juntos, solo estábamos esperando a que pasara el bajón del equipo para contárselo a todo el mundo —sin añadir nada más, y sin dedicarme más que una mirada, Hunter y Janice se alejan cogidos del brazo como si fueran la puta pareja de oro del campus mientras mi mundo se hace añicos.

Cada palabra es una bofetada, un golpe, una herida profunda infligida a mi corazón y ese tono glacial que utilizó intensifica el dolor que irradia en mi pecho.

La esperanza en mi interior se desmorona inexorablemente y ahora sé lo que será de mí. *Un maldito desastre*, eso es.

21. HUNTER

Mi vida apesta.

Hacía tiempo que no me sentía así, tal vez porque me engañé a mí mismo pensando que había encontrado la felicidad por una vez en mi vida. En lugar de eso, me la arrebató brutalmente de las manos una loca que quiere volver a meterse en una relación tóxica.

Savannah nunca me perdonará. Lo vi en sus ojos vidriosos, en su postura resignada tras mis brutales palabras.

No puedo arriesgarme a que Janice haga circular ese video, arruinaría su vida, y eso es lo último que quiero.

Prefiero renunciar a ella y verla feliz que estar con ella y determinar el final de la vida tal y como ella la conoce.

También estoy listo para enfrentarme a todas las miradas sucias de mis compañeros de equipo, especialmente las de Lucas, que anoche me acorraló y no se privó de hacerme saber lo decepcionado que le había dejado.

—No lo entiendo —dice moviendo la cabeza. En su voz, la decepción y un toque inesperado de disgusto son evidentes—. Realmente pensé que te importaba esa chica. Quiero decir, para salir con ella, arriesgaste tu puesto en el equipo, tu oportunidad con la puta NFL, y tu maldito culo, y entonces, ¿qué? ¿De repente cambiaste de opinión? ¿Cuál fue el problema? ¿No te la chupó bien?

Lo agarré por el cuello y lo inmovilicé contra la pared en menos de tres segundos, y cuando notó mi mirada asesina agrandó los ojos.

—No te atrevas a hablar así de Sav, o vamos a tener un problema —tardé un instante en darme cuenta de lo que estaba haciendo, y lo solté al instante, pero sus ojos ya se habían llenado de curiosidad.

—¿Qué coño pretendes, Hunter? Estás con Janice, pero eres jodidamente protector con Savannah —reflexiona en voz alta, antes de sacudir brevemente la cabeza—. No puedo entenderte, te lo juro.

A pesar de todo, no he podido confiarle el lío en el que me he metido y me estoy aguantando toda esta mierda.

En menos de una hora saltamos al campo contra los *Muskies* y cuando entro en el vestuario el ambiente ya es febril.

Me refugio en la familiaridad de la sinfonía habitual de sonidos: equipos que golpean, bromas bulliciosas y ocasionales estallidos de risa. Es un santuario de camaradería y rivalidad, donde nos preparamos juntos para la batalla.

El aire ya está cargado de sudor y determinación. Las taquillas se alinean en las paredes, adornadas con camisetas y recuerdos personalizados. La sala late con una energía palpable, cada jugador es un engranaje de esta máquina del fútbol.

Y ahí está ella, justo en medio de todo. Savannah y su puta bandeja llena de botellas de agua que distribuye entre mis compañeros con una gracia que desafía el ambiente frenético.

La habitación parece silenciarse cuando su mirada esmeralda se posa en mí y, por un breve instante, el mundo parece detenerse. Es solo un instante, pero parece una eternidad, un momento muy largo en el que vuelvo a respirar aire puro después de absorber todo el veneno que emana de esa loca de Janice.

Aparto primero la mirada, incapaz de mirar esos ojos brillantes suyos, le doy la espalda para evitar ir hacia ella, me arrodillo y le pido perdón por lo imbécil que soy.

Tengo que encontrar la manera de destruir el maldito video.

Hasta entonces, debo alejarme de ella y concentrarme en el objetivo final.

Cinco minutos antes de saltar al campo, solo quedamos en el vestuario mis compañeros y yo, y cuando Nick levanta la mano, se hace el silencio al instante, junto con algunas miradas más en mi dirección.

—Chicos, esta noche solo hay un resultado posible. Jugamos en casa contra un equipo que conocemos bien y al que es fácil ganar. Llevémoslo a casa sin prevaricar demasiado y concentrémonos en el partido, nada más importa ahora mismo, ni siquiera los cotilleos de las últimas veinticuatro horas —concluye, dirigiendo una mirada seria a cada uno de nosotros—. ¿He sido claro?

Todos le respondemos a coro con tal fuerza que nos raspamos la garganta.

—¡Vamos a ganar!

Los vestuarios se llenan de gritos y vítores, y la adrenalina se dispara de nuevo.

Nick me mira, pero en sus ojos solo veo determinación. La misma que lee en los míos mientras me hace un gesto con la cabeza y se dirige hacia la puerta.

Es un riesgo, sé que no debería sacar el tema ahora, pero no podemos ir al campo sin que las cosas se aclaren entre nosotros.

—¿Nick? —le llamo mientras termina de ajustarse el uniforme.

—¿Sí?

—¿Podemos hablar?

Se endereza y se gira ligeramente, mirándome por encima del hombro.

—No tenemos nada de qué hablar. Esa *persona* ya no me interesa, puedes quedártela.

El estómago se me hunde bajo los pies y el pánico se abre paso, sustituyendo a la adrenalina. Si él ya no está interesado en Janice, ella no conseguirá lo que está convencida de conseguir con esta farsa, y ¿quién sabe lo que podría hacer para vengarse?

Mierda.

—Sabes, Jones, sueñas casi apenado de que no quiera tener nada más que ver con tu noviecita.

Doy un salto al vacío, sin pensar en las consecuencias, sin pensar siquiera en lo que podría ocurrir, consciente únicamente de la necesidad que siento de proteger a Savannah.

—¿Podemos hablar después del partido?

No sé qué oye Nick en mi voz, pero se vuelve completamente hacia mí y me estudia, frunciendo el ceño.

Ladea la cabeza estudiándome y, a pesar del equipo de protección, con uniforme y todo, me siento tan desnudo como un gusano ante su examen.

—Claro. Pero ahora vamos a pensar en llevarnos la victoria a casa, ¿vale? —me pregunta, dándome un puño cerrado contra el que golpeo el mío.

El árbitro pitó el final del partido y terminamos con una ventaja de veintinueve puntos.

Nick corrió como un loco y todo el departamento de ataque hizo un gran trabajo cubriéndole

las espaldas y dándole los segundos que necesitaba para realizar magníficos lanzamientos.

No es un resultado inesperado, como señaló el entrenador Davies al volver a los vestuarios, pero es innegable que una victoria en casa siempre es buena para el ánimo.

A partir de mañana ya estaremos pensando en el próximo partido, el más difícil de todo el campeonato universitario para JCU, jugaremos fuera contra Mount Union, un campo prácticamente inexpugnable por lo que me han contado los chicos.

Esta noche, sin embargo, es día de relax y Lucas ha quedado con los demás para ir a tomar algo a casa de *Linda*, yo no estoy de humor y estoy deseando irme a casa.

—¿Oye, Jones? —Nick me llama—. ¿Querías hablar conmigo?

Le miro por encima del hombro y me doy cuenta de que la charla en el vestuario se ha vuelto más tenue mientras nuestros compañeros nos lanzan miradas curiosas, probablemente esperando una pelea entre el capitán y el imbécil que se acuesta con su ex.

Gracias, pero no.

—No, está bien. No era nada importante.

Me mira fijamente durante un largo instante, tengo que esforzarme para sostenerle la mirada y no soltar todo lo que llevo dentro en medio del vestuario abarrotado, pero tengo que proteger a la chica que amo... oh, *mierda*.

¿Cuándo demonios ha ocurrido esto? ¿Cómo demonios ha ocurrido?

—¿Estamos de acuerdo? —Oigo la voz de Nick y vuelvo a centrarme en él, debo haberme perdido parte de la conversación.

—¿Qué decías? —le pregunto.

—Vamos de camino a casa de *Linda* y he oído que no quieres venir: esta vez te puedes escapar, pero la asistencia a la fiesta de Halloween es obligatoria para todo el equipo. ¿Está claro?

Que le den a la fiesta.

Ya le había dicho a Janice que no iba a ir inventándome apuntes para estudiar y cosas para ponerme al día. Ella había resoplado y se había quejado de mi falta de compromiso con el papel, pero se había resignado rápidamente a la idea de ir con su amiga barbie. Ahora, sin embargo, parece que tendré que llevar mi hosco culo a la fiesta y tendré que hacerlo junto a mi pseudonovia.

—Sí, por supuesto.

22. SAVANNAH

Estoy lista para la batalla.

Me he pasado los últimos tres días llorando a moco tendido, incrédula ante la actitud indiferente y arrogante de Hunter.

Lloré en la ducha escondiendo mis lágrimas en los riachuelos de agua, pensé que podría ocultar mi dolor, pero Lara me conoce demasiado bien y se dio cuenta de mi sufrimiento la mañana después de la victoria contra *Muskingum*.

—Sav, ¿qué demonios te pasa? —me pregunta mientras se sienta en mi cama.

—No sé, ¿a qué te refieres? —Evito mirarla a la cara y mantengo la vista fija en el libro que estoy leyendo.

—Hablo de que tienes los ojos rojos e hinchados y de que anoche ahogaste tus sollozos contra la almohada —me quita el libro de las manos, lo cierra y lo coloca en mi mesilla de noche.

Supongo que no tengo más remedio que contarle.

—Bueno, supongo que tengo que ofrecerte un batido de chocolate y una hamburguesa doble con queso y triple de tocino.

Lara levanta las cejas ante la mención de las reglas que creamos de niñas.

—¿Cometiste tres infracciones?

—No sé si son exactamente tres, pero tengo unas cuantas semanas de omisiones que cumplir.

Lara abre tanto los ojos que temo que se le salgan de las órbitas, frunce el ceño y me señala con el dedo.

—Savannah Moore, escúpelo ahora mismo o te despojaré de tu condición de mejor amiga.

En ese momento, ya no pude evitar la verdad y se lo conté todo: desde las primeras miradas intercambiadas con Hunter, pasando por el retiro en Bay Point, hasta los días que pasé escondida en el campus.

Esperaba intervenciones punzantes y comentarios polémicos por parte de Lara, pero mi amiga permaneció en silencio y me escuchó sin juzgarme y evitando señalar lo tonta que era por confiar en un jugador de fútbol.

Cuando llegué al final, mis mejillas estaban de nuevo manchadas de lágrimas y mi pecho temblaba de sollozos.

Enfadada, dolida y decepcionada... Sin embargo, una parte de mí no quiere rendirse a la evidencia, al menos no hasta que comprenda cómo es posible que el chico que me hizo confidencias y me habló de un pasado difícil sea el mismo que se estaba viendo con otra a mis espaldas.

Recuerdo los momentos en que me hablaba de su vida con palabras llenas de tensión, esperanza y voluntad de triunfar contra viento y marea.

Pienso en mí escuchándole atentamente, con el corazón henchido de empatía y el deseo de conocer la profundidad de sus experiencias.

Era tan, tan real, que me parecía ver fragmentos de su infancia marcada por la confusión familiar. El pasado de Hunter le ha moldeado de forma visible, pero también oculta, dejando tras

de sí profundas cicatrices emocionales, una conciencia que me impulsó a mirar más allá de la fachada hosca y arrogante que muestra al mundo.

¿Y ahora? ¿Qué queda de todos esos momentos? ¿Qué voy a hacer con la admiración que sentí por él por su determinación para sacar a su hermana pequeña de un entorno tóxico?

—Yo diría que eres despanpanante —la alegre voz de Lara me distrae de mis cavilaciones y centro mi mirada en ella.

Mi amiga lleva un vestido negro corto y sin tirantes que la envuelve como una segunda piel, y está impresionante con su maquillaje temático de Halloween, con un atrevido delineador de ojos negro y pintalabios rojo sangre, por no hablar de que no puede dejar de sonreír desde esta mañana en previsión de la fiesta de Halloween del campus a la que asistiremos esta noche. Además, ayudó a organizarla con la redacción de la emisora de radio y creo que le hizo mucho bien sentirse parte de un grupo.

—Casi me da miedo mirarme al espejo —murmuro—. ¿Seguro que no puedo quedarme aquí? —intento por enésima vez en pocos días, aunque ya sé cuál será la respuesta.

—Absolutamente no.

—Pff —resoplo, consciente de que no tenía ninguna posibilidad desde el principio... *bueno, ¡tenía que intentarlo de todos modos!*

—Se comerá los codos, ese imbécil —murmura Lara, volviendo a poner en práctica todos los trucos que utilizó conmigo, hago como que no entiendo de quién habla y encuentro el valor para mirarme al espejo.

Inclino la cabeza hacia un lado y entrecierro los ojos en el espejo.

¿Realmente soy yo?

—Sí, eres tú —contesta Lara, notando mi mirada inquisitiva—. Te lo dije: eres un bombón y *ese imbécil* que no quieres que mencione también se va a comer los codos.

—Lara...

Levanta una mano para interrumpirme.

—No, ya lo sé. No quieres hablar de ello y no hablaremos de ello, pero quiero que salgas de esta habitación con la cabeza en alto y los hombros rectos porque, de los dos, él es el que salió perdiendo al dejarte así —Hace una pausa, quizá para comprobar que no se me han puesto los ojos vidriosos, pero hace dos días que se me acabaron las lágrimas—. Eres inteligente y guapa, Sav, eres divertida y leal. Si no se dio cuenta de lo valiosa que eras, es menos listo de lo que yo creía.

Llegamos a la fiesta que ya está en pleno apogeo entre zombies, enfermeras sexys y momias más desnudas de lo que uno pueda imaginar.

La casa de la fraternidad ya está abarrotada, hay gente charlando y bebiendo en el jardín delantero.

Entramos, saludamos a algunos compañeros, Lara se para a comprobar con los de la radio que todo va según lo previsto y luego nos dirigimos a la cocina a por algo de beber y vislumbro a Rick en la trastienda.

Me detengo justo a tiempo antes de estirar el cuello en busca de cierto guardia ofensivo, pero Lara debe haber notado la vacilación de mis pasos y sigue mi mirada.

—¿Crees que ya ha llegado? —pregunta, inclinándose hacia mí.

Me tomo mi tiempo para mantener a raya mi ansiedad, voy a la cocina, cojo dos vasos y los lleno de limonada y licor mezclado. Tengo la clara sensación de que esta noche necesitaré todo el coraje que pueda reunir.

Lara me da un golpecito en el trasero, pero antes de que pueda girarme hacia ella, se inclina

hacia mi oído y me dice:

—No mires ahora, pero está quieto al otro lado de la habitación y estoy bastante segura de que acaba de hacerte una radiografía.

Mi estómago da una voltereta, mi cerebro se rebela contra los sentimientos que sigo sintiendo por él a pesar de todo, y mi corazón... bueno, corre el riesgo de salirse del pecho.

Me bebo el contenido del vaso de un par de sorbos ante la mirada atónita de Lara y vuelvo a llenar mi vaso con una mezcla indefinida.

—Hola chicas, ¿quieren un chupito? —me pregunta un tipo cerca de la mesa de licores.

—Sí, por supuesto —respondo antes de que Lara pueda negarse.

El chico sin nombre vierte una hilera de chupitos por todo el mostrador y otros estudiantes se acercan para coger su vaso.

Le doy las gracias al chico, cojo dos vasos con el pulgar y el índice, pero cuando me vuelvo hacia ella, Lara ya está negando con la cabeza.

—Todavía tengo esto —explica, levantando el cóctel que le preparé antes.

—¿Entonces no te importa que me beba el tuyo también?

—Sav, no creo que sea...

—Lara, por favor, no soporto verlo con ella sobria. Podría perder la cabeza otra vez y hacer una escena delante de medio campus.

Suspira profundamente y asiente, luego extiende una mano.

—Dame eso.

Pasamos la siguiente hora en medio de la improvisada pista de baile, y poco después mi hermano se une a nosotras junto con Mick y Rick. Nos lanzamos a bailes de pareja más lentos y otros más animados, reímos y bromeamos y me siento tan ligera como hace días. Eso sí, siempre siento el calor de su mirada en mi espalda.

Lástima que también oyera la estridente voz de la arpía a su lado.

—Estás preciosa, hermanita, pero puede que tenga que sacarle los ojos a algún imbécil —murmura Nick a mi lado.

Suelto una risita más alegre de lo que realmente siento y desvío la mirada hacia mi hermano. Sé que bailar a mi lado en una fiesta como esta le impide encontrar su propia fuente de diversión, pero ahora mismo su actitud protectora me hace bien y me aferro a ella.

—Basta, Nick. En realidad no hay nadie a quien echarle el ojo: a nadie le importo y nadie se preocupa por mí —lo digo todo de un tirón, pero mi voz flaquea en la última parte de la frase, y cuando veo que arquea una ceja, me doy cuenta de que él también se ha dado cuenta.

Mierda.

—Tengo que ir al baño —digo con displicencia, buscando la primera vía de escape posible, y luego me alejo en dirección a las escaleras del primer piso.

Cuando salgo del baño, encuentro apoyada en la pared opuesta a la última persona que esperaba.

Hunter.

Ojos sombríos, pelo revuelto, hombros rígidos... *es magnífico*, aunque parezca dispuesto a lanzarse a una pelea.

Desvío la mirada e intento alejarme sin hablarle, pero es tan ágil como un felino y su mano salta hacia delante para agarrarme del brazo. El movimiento es brusco, pero su agarre sigue siendo suave.

—¿Qué haces? —gruñe.

Me encojo de hombros, sigo sin mirarle, sin hacerle saber el poder que tiene sobre mí.

—¿De qué estás hablando?

—Te vi bailando con Mick.

¿Cómo te atreves a recriminarme algo así?

Resoplo y mis ojos se clavan en los suyos, provocándome ese familiar escalofrío que tanto he echado de menos.

—No tienes derecho a decirme con quién bailar.

—¿En serio?

—¿Estás bromeando? Viniste aquí con Janice, por el amor de Dios. Que no solo es una zorra de primera, sino también la ex de mi hermano. ¿Es en serio? —Mi voz es un siseo envenenado, la ira recorre mis venas, he dado un paso adelante y ahora estamos pecho con pecho, tanto como la diferencia de altura lo permite—. Solo te burlaste de mí y me utilizaste para divertirte un poco, ¿verdad? ¿O tal vez fue despecho contra mi hermano? —*Dios, me pongo enferma pensando en algo así.*

Ojos a ojos, corazón a corazón, se inclina hacia mí y su boca está a un suspiro de la mía.

—¿Es eso lo que piensas?

—Eso es lo que me mostraste.

Desliza una mano por mi pelo hasta la base de mi nuca y tira un poco, obligándome a levantar aún más la cara, exponiendo mi cuello y tocando su boca.

Sus labios son una tentación irresistible, sus ojos hacen arder mi sangre... *¿qué patética soy para excitarme ahora mismo por el tipo que me ha engañado?*

—No, Ojos Grandes —murmura contra mis labios—. Te he demostrado que eres mía tanto como yo soy tuyo... pero quizá necesites un pequeño recordatorio.

Separo los labios para replicar, pero él se me anticipa, y cuando su lengua se abre paso en mi boca, mi cerebro se apaga, dejando al cuerpo y al corazón al mando.

No creo que esto pueda considerarse un beso, huele a batalla y a posesión, parece más bien un choque de voluntades en el que ambos queremos demostrar que sentimos *más que el* otro, que *amamos* más que el otro.

Mi cabeza da vueltas entre la excitación y la confusión porque lo que hace contrasta con lo que dice, y justo cuando lo que pienso por fin se alinea con lo que siento, da un paso atrás, congelándose en el sitio.

Mira a su alrededor con una expresión que apenas puedo descifrar y empieza a negar con la cabeza, se pasa una mano por el pelo nerviosamente y señala la pared que hay detrás de mí.

—Joder, no puedo hacer eso. Tengo que alejarme de ti, Sav. Créeme, es lo último que quiero, pero no hay alternativa.

Ni siquiera termina de hablar que se da la vuelta rápidamente.

Yo, sin embargo, permanecí inmóvil y no le seguí, asombrada al darme cuenta de que la emoción de sus ojos era puro terror.

¿Qué demonios está pasando?

23. HUNTER

¿Qué coño he hecho?

Es lo único en lo que puedo pensar mientras me alejo de la chica que me hace perder la cabeza cada vez que estamos cerca.

Me rozo los labios con el dedo mientras desciendo las escaleras y siento como si aún pudiera sentir el calor de la boca de Savannah.

Corrí un gran riesgo al besarla en medio del pasillo de una casa donde se estaba celebrando una fiesta llena de gente.

¿Y si alguien me hubiera visto?

¿Y si ese alguien fantasma hubiera ido a ver a Janice y le hubiera contado lo que me había pillado haciendo?

Nos habríamos metido los dos en un buen lío.

Sacudo la cabeza pensando en lo idiota que he sido, llego a la cocina y me sirvo dos dedos de vodka con un poco de limonada, me lo bebo esperando que el alcohol me ayude a limpiar los pensamientos desordenados de mi cabeza, pero la única certeza es que necesito irme antes de volver a cagarla.

Me acerco a los chicos del equipo que me arrastraron a la fiesta y respiro aliviado cuando no veo al capitán por ninguna parte.

Asiento a Lucas y veo que frunce el ceño.

—Me voy —le digo secamente con una mirada que le invita a no replicar.

—Hombre, ¿está todo bien? Parece que viste un fantasma.

Miro alrededor irónicamente.

—Fantasmas, brujas, he visto muchas cosas raras —mi voz es demasiado aguda para ser verdad, y me doy cuenta de que Lucas se percata de eso por la mirada que me lanza.

—Como quieras, nos vemos en casa.

Afortunadamente, sigue resentido conmigo por la historia de Janice y no insiste.

Aprovecho para escabullirme sin hacer ruido y dirigirme a la puerta, pero me intercepta la última persona a la que quiero ver ahora.

Y siempre.

—¿Qué demonios quieres? —suelto cuando Janice me agarra por el antebrazo asiéndome por el costado como si fuéramos una pareja efusiva y enamorada. *Puaj.*

Me sonrío con los dientes apretados y, si las miradas matasen, ahora mismo estaría tirada en el suelo.

—Cariño, ¿a dónde vas?

—Me voy a casa, tengo que estudiar.

—Aún es pronto —resopla como si fuera una idea ridícula—. Bailemos un poco, charlemos y saquemos algunas fotos.

Esta chica es increíble. Y no en el buen sentido.

—¿También quieres que ladre un poco o puedo seguir actuando como humano?

Janice mira a su alrededor, preocupada por si alguien se da cuenta de la tensión nerviosa de nuestra interacción, pero no suelta prenda.

—Hunter, no quieres hacerme enojar —sisea en voz baja, manteniendo intacta esa sonrisa falsa y enfermiza.

—Me voy, Janice, y tú también. Porque, si no, le partiré la cara a cualquier imbécil que se atreva a acercarse a Savannah —replico en su mismo tono—. Y eso no es lo que quieres, supongo.

—¿Qué debo decir a los demás?

—Si “métete en tus putos asuntos” no es una opción, puedes decir lo que quieras: que tenía que estudiar, que me dolía la cabeza, que soy un imbécil antisocial. Elige lo que quieras.

No le doy oportunidad de replicar, suelto mi brazo de su agarre dedo a dedo con una sonrisa tan falsa como la suya y no dejo que nadie más me detenga hasta que paso la puerta y salgo.

Por desgracia, solo recorro unos quince metros antes de detenerme de repente.

—¿Qué coño estás tramando, Hunter?

La voz de Nick detrás de mí me deja helada, me giro para mirarle porque es hora de afrontar mis responsabilidades y no niego que un escalofrío me recorre la espalda ante su mirada asesina.

Y sigue sin saber nada...

Bajo la mirada a la acera por un momento, luego miro a mi alrededor y me doy cuenta de que no es el lugar adecuado para hablar: daríamos demasiado espectáculo y la gente estaría deseando hablar de nosotros peleándonos en plena calle.

Porque eso es exactamente lo que ocurrirá si nos quedamos aquí.

Pienso rápidamente y opto por el patio trasero; entonces, me giro y le miro por encima del hombro.

—Sígueme.

Empiezo a caminar, no necesito comprobar que me sigue, siento su mirada quemándome la espalda.

Cuando llego al fondo, miro a mi alrededor y suspiro aliviado al darme cuenta de que no hay nadie: siguen ocupados bailando, bebiendo o en sus distintas habitaciones.

—Mira, Nick, si es por Janice, quiero que sepas que...

—Me importa una mierda esa zorra manipuladora —me interrumpe bruscamente.

Oh.

Bueno, tanto mejor, pero entonces ¿por qué está tan furioso?

Le miro en silencio, frunciendo el ceño.

—Deja que te ilumine, Jones. Iba arriba a mear y adivina lo que veo.

Oh, joder.

—Puedo explicártelo todo —mi voz es firme, no hay vacilación, no tengo intención de negar mis sentimientos por Savannah.

—¿En serio? ¿Puedes explicarme por qué todo el campus sabe que estás con Janice y, sin embargo, parecías estar a un paso de follarte a mi puta hermana en un puto pasillo durante una fiesta de mierda? —Sube el tono mientras continúa y me estremezco ante la idea de que alguien pueda oírle.

No puedo arriesgarme a que la bruja lo oiga.

—Sé que estás furioso, pero Janice no debe saber lo que has visto. Hay cosas que no sabes y... —Me paso una mano por el pelo, frustrado—. Mira, ¿puedes reunirte conmigo y los chicos en mi casa? —intento.

—Morirás mucho antes, Jones.

Me trago mi nerviosismo y suelto la verdad que llevo un tiempo llevando dentro:

—Savannah me importa de verdad y, joder, no deberías ser tú el primero en saberlo, pero estoy enamorado de ella.

—Así que *realmente* tienes ganas de morir.

Sacudo la cabeza, no se me dan bien las palabras, prefiero zanjar las discusiones en el campo.

—Le pedí a Savannah que no dijera nada sobre nosotros dos, no quería arriesgarme a poner en peligro el ánimo del equipo, dada nuestra historia. Pero al mismo tiempo, no podía renunciar a nuestra relación, ella me importa mucho.

—Te importa tanto que, oficialmente, estás con otra persona —se burla de mí—. Entonces, asumo que eres tú y tu nueva relación la razón del mal humor de Savannah los últimos días.

Agacho la cabeza, derrotado, y la culpa se apodera de mí al pensar en el dolor que he causado a la única chica que ha significado algo para mí.

—Dejando a un lado el hecho de que eres un compañero de equipo y que *deberías* habérmelo contado como capitán -y sin mencionar que es *mi* hermana-, aún estoy intentando averiguar qué coño tiene que ver Janice con esto.

Y este es el momento en que se decide mi destino.

—Janice tiene un video.

Nick inclina la cabeza, pero permanece en silencio.

—Sobre Savannah y yo.

Nick insiste en no hablar, limitándose a arquear una ceja.

—En la biblioteca.

Las manos de Nick se cierran en dos puños a lo largo de sus costados, y sé que nada le gustaría más que tirármelas a la cara, pero como buen hermano mayor esperará hasta que se dé cuenta de lo mal que está la situación.

—Ambos somos reconocibles.

Nick cierra los ojos y lo veo inhalar y exhalar lentamente, y sé cómo piensa el capitán: está considerando esquemas y estrategias, cómo hacer sus jugadas para ganar el partido, posiblemente sin matar al guardia ofensivo con el que ha encontrado la mejor sensación de su vida.

Porque eso es lo que Nick y yo tenemos en el césped verde. ¿Afuera? Hmm, me reservo el derecho de responder a eso al final de esta noche.

—¿Por qué? —pregunta aún con los ojos cerrados.

Esta vez soy yo quien ladea la cabeza, sorprendido por su pregunta.

—¿Por qué estábamos en la biblioteca?

Abre mucho los ojos, estrecha la mirada hacia mí, y solo hay furia en su mirada.

—¿Por qué utiliza el video contra *tí*? —pregunta despacio.

Ah, claro.

—Está convencida de que al verla junto a mí, enloquecerás de celos y volverás a arrodillarte ante ella.

—Esa estúpida loca —gruñe, temblando de rabia.

—Le seguí la corriente porque no podía permitir que comprometiera la reputación de Savannah.

—Ni que tu llegada a la NFL se viera comprometida —responde con un deje agrio en el tono, avanzando lentamente hacia mí.

—Es verdad, lo hice por esas dos cosas.

—¿Y cómo piensas resolverlo? —pregunta picado, acercándose de nuevo.

Suspiro, buscando las palabras adecuadas en una situación del todo equivocada, pero lo cierto

es que me encuentro en un callejón sin salida.

La hipótesis de Janice resultó ser un fracaso; sin embargo, todavía tiene todos los ases en la manga.

—Sigo trabajando en ello.

—Lo que traducido significa que no sabes qué coño hacer —replica y, a estas alturas, ya estamos frente a frente.

—Es verdad —admito, bajando la mirada al suelo, decepcionado conmigo mismo.

—Genial, porque ya sé qué hacer.

Le miro con la esperanza floreciendo en mi pecho y por un momento solo veo negro cuando me atropella un camión a toda velocidad en la cara.

Maldita sea. Me acaba de pinchar de lleno.

—¿Qué coño, Moore? En cuatro días, son los *Raiders* —trato de razonar con él con el partido contra Mount Union que ve JCU casi siempre derrotado, pero fracaso miserablemente.

—Deberías haber pensado en eso cuando tocaste a mi hermanita —gruñe antes de golpearme de nuevo en la cara.

Intento esquivarlo, pero no le devuelvo los golpes. En el fondo, sé que no me he comportado correctamente con él. *Solo quiero salir de esta pelea sin huesos rotos.*

—Si me rompes algo, el equipo se irá a la mierda —murmuro, esquivando otro uppercut.

—Preocúpate de ti mismo y a ver si gritas un poco, idiota.

Frunzo el ceño, luego hago una mueca de dolor al sentir una punzada al hacer ese movimiento y asumo que me ha causado un corte en la ceja.

—¿Estás loco?

—Oh no, estoy muy lúcido. Y quiero un puto público. Ahora, chilla —ordena un segundo antes de darme un rodillazo en las joyas de la familia, obligándome a agacharme.

—Joder —gimo de dolor.

—Más alto, Jones, o no servirá de nada.

¿Qué demonios está balbuceando?

Oigo voces que se acercan y entonces alguien silba, otro grita.

—¿Qué pasa? —dice una voz femenina que no reconozco.

—Nick le está cayendo a puñetazos a Hunter —responde una voz masculina que creo que pertenece a uno de los chicos de la radio.

—¡Dios mío! Seguro que lo hace por Janice —grazna emocionada una de las animadoras cuyo nombre no recuerdo.

—¡Demuéstrale quién manda, Moore! —le insta alguien, que más vale que no sea reconocido por tu servidor.

Intento enderezarme, pero Nick me empuja hacia atrás.

—¡Joder! —exclama la inconfundible voz de Lucas.

Si nuestros camaradas han llegado, ahora sí que tenemos público.

Finjo querer golpear a Nick, él me evita y me golpea de verdad en el costado.

—¡Déjenme pasar, quítense de en medio! —reconozco la voz chillona de Janice justo cuando recibo un rodillazo en el estómago.

—¡Es mía, imbécil! —ruge Nick con una teatralidad que no sabía que poseía.

—Nicky, cariño, déjale en paz —maúlla la voz de la loca de su ex.

Permanezco agachado en el centro con las manos en las rodillas para recuperar el aliento, dejando la escena a ese inesperado actor que es Nick Moore.

—Janice —responde asombrado, como si no se hubiera dado cuenta de su llegada. *Mentiroso*

—. ¿Cómo puedes estar con él después de lo que tú y yo compartimos? ¿Cómo es posible que sientas por él lo que sentiste por mí?

Menudo imbécil.

—Cariño, no es lo que piensas. Estábamos conociéndonos, no era nada serio, pero entendí lo que realmente siento. Y solo te amo a ti.

—¿En serio? —le preguntó Nick.

—Por supuesto, nunca lo dudes, haría cualquier cosa por ti.

—¿Estás segura?

—Por supuesto —responde en un tono de adoración tan empalagoso que me sube el azúcar hasta niveles peligrosos.

Aventuro una mirada hacia la pareja y ella está prácticamente aferrada a él.

—Pues vámonos —sentencia entre silbidos y aplausos del improvisado público.

Nick la coge de la mano y empiezan a alejarse, pero solo caminan unos metros y él vuelve, se pone cara a cara conmigo de nuevo para sisearme:

—Aléjate de mi hermana o ese video será el menor de tus problemas.

24. SAVANNAH

Estoy aturdida, confusa y emocionada.

Todavía no me entra en la cabeza lo que acaba de ocurrir, y me retiro al cuarto de baño que hay detrás de mí para poder poner en orden mis pensamientos.

Y apagar los escalofríos que me recorren desde que conocí la mirada del chico que me aceleró el corazón y luego me lo destrozó sin el menor escrúpulo.

Te vi bailando con Mick.

Sacudo la cabeza recordando sus palabras llenas de... ¿qué? ¿Posesión, celos, ira?

Sin embargo, vino a esta fiesta con Janice y ni siquiera intentó negar su historia.

Pero me besó.

Las lágrimas me escuecen en los ojos y la chica que me devuelve la mirada en el espejo tiene las mejillas rojas, la respiración entrecortada y demasiada confusión en la cabeza.

Te he demostrado que eres mía tanto como yo soy tuyo... pero quizá necesites un pequeño recordatorio.

Y maldita sea si ese beso lo fue. Un torbellino de emociones para dos almas reunidas tras un abrupto distanciamiento.

Al igual que Hunter hizo un momento después....

Tengo que alejarme de ti, Sav. Créeme, es lo último que quiero, pero no hay alternativa.

No descansaré hasta saber de qué demonios estaba hablando, porque vi el terror en sus ojos con tanta claridad que parecía real y tangible.

Casi salto por los aires cuando alguien llama a la puerta, me apresuro a enjuagarme las lágrimas y salgo, disculpándome con la chica que me espera por haber tardado tanto.

Debo encontrar a Lara.

No me cabe duda de que mi amiga puede ayudarme a pensar con más claridad y a sacar conclusiones razonadas.

Cuando llego abajo, encuentro la casa medio vacía y la música a un volumen más bajo que antes, compruebo mi reloj de pulsera, pero parece bastante pronto para que la fiesta haya terminado ya.

Un momento después, oigo silbidos y gritos fuera y un par de tipos se precipitan hacia la puerta trasera.

—Moore lo está destrozando —se ríe uno.

—Tengo mucha curiosidad por ver si Jones se rendirá o será capaz de responder al QB — replica el otro, dejándome helada.

¿Qué demonios...?

Rápidamente miro a mi alrededor y, al no ver a Lara por ninguna parte, me apresuro detrás de ellos para salir por la parte de atrás.

Solo tardo un segundo en darme cuenta de adónde se ha trasladado la fiesta y quiénes son el centro de atención: mi hermano y Hunter.

Por Janice.

Otra vez culpa de esa zorra.

Aprieto los dientes con fuerza y tengo que obligarme a no gritar de frustración, me muevo entre los cuerpos sudorosos y eufóricos instando a Nick a golpear más fuerte.

Afortunadamente, logro divisar a Lara en el fondo y me acerco a ella en cuestión de segundos.

—¿De verdad están poniendo en peligro su puesto en el equipo y en la puta NFL por esa bruja? —siseo, negando con la cabeza en cuanto estoy a su lado, sin embargo me quedo sin habla cuando se vuelve hacia mí.

Sus ojos brillan y se enrojecen, sus mejillas están llenas de lágrimas y parece irremediabilmente perdida.

Mi dulce amiga, siempre racional y decidida, tiene una expresión completamente resignada y triste, como si hubiera perdido toda esperanza.

Increíblemente, esto me preocupa más que la pelea entre el chico al que quiero y mi hermano cabeza de chorlito.

—N-no lo entiendo —murmura Lara—. ¿Por qué está haciendo esto? Dijo que ella ya no le importaba.

El tono de su voz, la desesperación que rezuman sus palabras me desconciertan.

—Oye, ¿qué pasa? —La rodeo con mis brazos, intentando consolarla lo mejor que puedo, haciéndole sentir todo el amor que siento por ella.

—No quiero quedarme aquí —murmura contra mi pecho.

—Vámonos —la tranquilizo cogiéndola de la mano—. Si esos dos idiotas son incapaces de enfrentarse civilizadamente, que se jodan y asuman las consecuencias.

Una parte de mí teme lo que les pueda pasar a ambos y al equipo si esta historia llega a oídos del entrenador, pero la otra solo siente rabia por la forma en que están llevando el asunto.

—Vamos, volvamos al dormitorio —empiezo a abrirme paso entre los entusiastas curiosos que graban la escena como si se tratara de una actuación para repasar en bucle, pero cuando Lara no responde lanzo una mirada por encima del hombro para comprobar que aún me sigue y la encuentro concentrada en teclear algo en su teléfono.

—¿Qué haces? —le pregunto cuando por fin llegamos a la acera frente a la casa.

—Llamé a un Uber.

—¿Un Uber? —Arqueo una ceja. Caminamos hasta la fiesta y, aunque comprendo el cansancio y el disgusto, nuestro dormitorio está a solo unos cientos de metros.

—Vamos a casa de *Linda* —responde a modo de explicación.

En respuesta, arqueo también la otra ceja.

—Te debo un batido de chocolate y una hamburguesa doble con queso y triple de tocino —explica justo cuando el coche oscuro de nuestro pasaje se detiene en la acera y ella sube sin mirar atrás.

Alguien llama a la puerta, pero no tengo intención de levantarme de la cama después de la interminable noche que acabo de pasar.

Echo un vistazo al despertador de la mesilla de noche y me doy cuenta de que son poco más de las nueve y he dormido menos de cinco horas.

Lara ha salido hace poco más de veinte minutos para ir a la reunión con el periódico en la que harán un repaso de la fiesta, y me da pavor imaginar lo que podrían escribir sobre la pelea entre Hunter y Nick.

Me duele solo de pensar en esos dos y no sé... Otro fuerte golpe en la puerta.

No importa, si fue Lara quien olvidó algo, ella tiene las llaves y puede entrar sin problemas. Todos los demás pueden irse al infierno, no quiero ver ni hablar con nadie. Y menos con Hunter o Nick.

Me tapo con las mantas, intentando ignorar los golpes en la puerta, cada vez más continuos e insistentes.

—¡Vete! —grito exasperada desde debajo de las sábanas.

Lo único que consigo es que los golpes sean más rápidos y más fuertes.

Al límite de mi resistencia, salgo de la cama y corro hacia la puerta, la abro de un tirón y me encuentro a mi hermano delante de mí, abrigado con la capucha de la sudadera puesta sobre la cabeza y una bufanda alrededor del cuello, con aspecto casi de incógnito.

—¿Qué haces aquí? Sea lo que sea, no me apetece hablar contigo —suelto sin ocultar lo agrio de mi tono.

Intento cerrar la puerta, pero Nick mete el pie y bloquea el movimiento.

Sin que yo le invite a entrar, se sienta, mirando circunspecto a su alrededor, como si temiera que alguien pudiera salir de mi armario y atacarle.

Bueno, alguien lo haría con gusto.

—Relájate —resoplo—. Lara no está aquí.

Sus ojos se clavan en los míos y en ellos veo remordimiento y decepción, pero también ira.

—¿Vas a darme un sermón, por casualidad?

—No lo sé —tamborileo con el dedo índice en la barbilla, fingiendo pensarlo—. ¿Te follaste accidentalmente a mi mejor amiga y luego volviste con tu ex psicópata como si no hubiera pasado nada?

Nick resopla por la nariz e inspira profundamente. Es su forma de calmarse.

—Desde que terminó tu aventura con Janice, te comportas como un auténtico imbécil, metiéndote con todo lo que respira —levanto una mano para bloquearle en cuanto abre la boca para replicar—. Te he visto con más chicas de las que podría contar, pero siempre me he ocupado de mis asuntos, pensé que era tu forma de recuperarte tras el final de un largo y exigente romance, aunque, joder, estamos hablando de mi mejor amiga —mi voz al final se vuelve aguda y estoy a punto de derrumbarme, porque temo que lo que pasó entre ella y mi hermano pueda tener consecuencias negativas en nuestra amistad.

Vi el dolor en los ojos de Lara y le enjuagué las lágrimas, puede que no sepa exactamente lo que pasó entre ellos, pero conozco a mi amiga y sé que no es de las que tienen un rollo de una noche.

Nick me mira fijamente y sacude suavemente la cabeza, pero cuando responde me quedo completamente sorprendido:

—También estamos hablando de un compañero de equipo mío, con el que es más que probable que juegue en la NFL el año que viene.

Disimulo un grito ahogado en el último segundo y hago todo lo posible por mantener una expresión neutra.

—¿Qué estás diciendo?

Nick ladea la cabeza y levanta una comisura de los labios divertido.

—No finjas conmigo. Sé lo de Hunter Jones y tu aventura.

Todo dentro de mí se congela... ¿cómo demonios lo sabe? ¿Se lo dijo Janice? ¿Hunter disfrutaba hablando de nosotros y de cómo me rompió el corazón?

Y, sobre todo, ¿qué sentido tendría confiar en mi hermano ahora que todo ha terminado?

—No importa y, sobre todo, no es asunto tuyo.

Arquea una ceja, al menos la mueca de su cara desaparece.

—¿No es asunto mío? —Vuelve a negar con la cabeza—. Soy el capitán del equipo, Sav. Si hay alguna razón por la que uno de los míos pueda distraerse del objetivo final, tengo que saberlo. Por no mencionar que es una regla no escrita no acercarse a las hermanas de tus compañeros, y Hunter no la cumplió.

—Te aseguro que lo intentó. Te respeta y nunca haría nada que perjudicara al equipo. Pero sucedió, era inevitable —extendiendo los brazos, sin saber por qué me esfuerzo siquiera en defenderle.

—Sí, y luego vino Janice, otra vez.

—¿Otra vez?

—¿De qué está hablando?

—¿Quieres saber la razón por la que nunca pude soportar a Jones? Al menos, antes de que se retirara el equipo —admite a regañadientes.

Asiento con la cabeza, sin saber cómo acabará esta discusión.

—La noche que le ganamos a su antiguo equipo, durante el último campeonato, también me peleé con Janice. Las cosas llevaban semanas tensas, ella quería que oficializara nuestra relación y utilizó el término *anillo* más de una vez. Por supuesto, siempre me mantuve centrado en el objetivo de la NFL y le pedí que tuviera paciencia, pero esa noche me envió un mensaje diciéndome que el capitán del equipo contrario la apreciaba más que yo.

No me atrevo a decir una palabra, Nick suena como un tren desbocado mientras narra.

—Pensé que no hablaba en serio, que era una estupidez para provocarme, pero entonces publicó un selfie situándose en la casa del equipo de fútbol y estaba claro que había una fiesta en toda regla. Cuando llegué, registré todas las habitaciones hasta que....

Trago saliva cuando su voz se apaga y tengo la clara sensación de que lo peor está a punto de llegar.

—¿Hasta qué...?

Los ojos de Nick vuelven a centrarse en mí, es solo un momento, luego reanuda su historia.

—Llegué a su habitación y los encontré juntos.

—¿Juntos juntos? —insisto para ver la gravedad de la situación.

Resopla por la nariz, pero decide contestarme.

—Hunter tenía los pantalones bajados, ella estaba toda despeinada y era obvio que ya habían empezado *algo*... de lo que no te contaré los detalles.

—Mierda.

—Sí. Antes de pegarle, le prometí que la próxima vez que tocara algo mío lo mataría, y ese imbécil le rompe el corazón a mi hermana —sacude la cabeza, la incredulidad y la rabia pasan por su rostro.

—No me lo puedo creer —comento asombrada, sacudiendo a su vez la cabeza—. Ya había habido algo entre ellos dos —dirijo una mirada de enfado a mi hermano—. Deberías haberme dicho por qué dejaste a esa bruja, yo nunca me habría acercado a Hunter.

—¿De verdad? ¿No habría sido *inevitable*? —responde, tergiversando mis propias palabras.

Aunque quisiera, no sabría muy bien cómo responder, pero tengo una pregunta acuciante que necesita respuesta:

—¿Por qué demonios luchaste por ella entonces?

—No luché por ella —su mirada apenas se suaviza y una leve sonrisa roza sus labios.

Frunzo el ceño, esperando a que dé más detalles.

—Tenía un video tuyo —dice Nick. Detecto una extraña calma en su voz, como si ocultara

una emoción más impetuosa.

Arqueo una ceja e inclino la cabeza hacia un lado, sin saber a qué se refiere.

—Tienes que explicarte mejor.

—Janice tenía un video de Hunter y tú en la biblioteca.

En el momento en que me doy cuenta de lo que está diciendo, se me corta la respiración y se me descontrola el cerebro.

—Dios mío... —jadeo y empiezo a pasearme de un lado a otro de la habitación—. ¿Cómo es posible?

—¿De verdad quieres que te explique una de las cien razones por las que está mal follar en un lugar público? —responde en un tono sacarino que me irrita sobremanera.

—Ahórrate el sarcasmo, por favor. Apuesto a que tú también has metido la pata en la vida —replico en tono desafiante, sintiendo que la habitación se me echa encima, pero tengo que mantener la cordura. Mientras tanto, mi cerebro se rompe la cabeza pensando en lo que esa bruja podría haberse llevado.

—Al menos a mí nunca me pillaron... —murmura mi hermano, pero yo estoy demasiado perdida evaluando las consecuencias si ese video se hace público.

Un momento.

—¿Has dicho *tenía*?

Nick levanta los labios en una sonrisa que no tiene nada de tranquilizadora.

—Sí.

—¿Qué has hecho? —le pregunto, y en esas tres palabras está toda la esperanza que poseo de no acabar en la red inmortalizada en un momento de profunda intimidad.

—Le di una paliza a Hunter, convencí a Janice de que estábamos hechos el uno para el otro, fui a su casa y, mientras dormía, borré el video de su teléfono y de la *nube*. Mientras tanto, Mick se aseguró de que no hubiera copias por ahí, de que no lo hubiera subido ya a internet en algún sitio, quizá en el *disco de* la universidad. Fin —una sonrisa de suficiencia se extiende por su rostro, en mi corazón la esperanza se expande como espuma de poliuretano y, mientras me aprieta la garganta, tengo que contener un sollozo.

—Gracias —corro hacia él y le abrazo, me atrae hacia sí y encuentro el refugio seguro que siempre ha sido mi hermano mayor y, esta vez, se me escapa el sollozo—. ¿Te acostaste con ella? —le pregunto, mientras vuelve la claridad, junto con la preocupación por mi mejor amiga.

Nick retrocede ligeramente y en su rostro se dibuja una expresión de disgusto.

—No, yo no habría hecho eso.

Asiento animada ante su confirmación.

—Debes hablar con Lara, lo antes posible.

Cierra los ojos un momento.

—Todo a su tiempo, le hice daño y lo hice delante de todo el campus. Ella necesita tiempo y yo necesito concentrarme en el campeonato. Además, quiero averiguar qué sientes realmente por Hunter antes de romperle las dos piernas por hacerte daño.

Esta vez, me toca a mí cerrar los ojos un momento.

Hay tanto que decir, y creo que ha llegado el momento de confiar en él, después de todo lo que ha arriesgado para salvarme a mí y a mi reputación.

Suspiro y abro de nuevo los ojos, cojo a mi hermano mayor de la mano y con un corazón en el que brilla una nueva esperanza, le digo:

—Ven, sentémonos, hay mucho de qué hablar. Yo... —Hago una pausa y una idea se abre paso en mi interior. Sé que si hay alguien en el mundo que puede encontrar la manera de

ayudarme a realizarla, es él.

—¿Y? —pregunta arqueando una ceja con suspicacia.

—Necesito pedirte un favor.

25. HUNTER

—¿Hay algo de lo que quieras hablarme, chico? —pregunta el entrenador.

Permanezco en silencio y niego con la cabeza, no sé lo que ha oído ni lo que le han contado los demás, pero no traicionaré mi lealtad al capitán.

A pesar de lo que pasó entre nosotros, sigue siendo mi compañero de equipo y estos chicos son lo más parecido a una familia que he tenido en mucho tiempo.

Y lo arruiné todo.

Davies junta los dedos delante de él y asiente pensativo.

—Entonces, ¿te importaría explicar por qué Nick te dio una paliza durante la fiesta de Halloween?

Le sostengo la mirada al entrenador intentando que no me traicione, puede que siga simplemente a la caza de información.

—No sé de qué me está hablando, entrenador.

Arquea las cejas con escepticismo y suspira.

—Creo que lo sabes muy bien, ya que grande y alto como eres, no te defendiste en absoluto. ¿Te importaría decirme por qué?

Trago saliva y bajo los ojos un instante, pero cuando vuelvo a mirarle, sus labios se han estirado en una fina línea y me doy cuenta de que su paciencia se está agotando rápidamente.

—¿Qué le dijo Nick, entrenador?

—Todavía no he hablado con él, pero estoy seguro de que no podrá decirme más que el video que he visto.

Joder.

Estaba seguro de que Mick se había ocupado de ello: Lucas me explicó que es una especie de genio de la informática y que para él sería un juego de niños borrar todo rastro de ese maldito video; no por mí, claro, sino para no dañar la reputación y la posición de Nick en el equipo. Aun así, el entrenador sabe de lo que habla, no está buscando información al azar.

Esto significa que tienen problemas.

Murmura algo indescifrable y luego resopla, y yo tiemblo al saber que esta conversación podría acabar de muchas maneras: yo en el banquillo de por vida, yo fuera del equipo, yo fuera de la universidad... Ninguna situación óptima, en definitiva.

—Quiero contarte una historia, Jones —empezó el entrenador, llamando mi atención—. Cuando yo tenía tu edad, era una promesa de la NFL y sabía que lo era, quarterback titular y capitán del equipo, tenía a mi equipo respaldándome y a mi mejor amigo siempre a mi lado. En resumen, vivía la vida perfecta.

Permanezco en silencio y escucho.

—Mi mejor amigo empezó a salir con la capitana del equipo de animadoras y, al cabo de un par de meses, se convenció de que la cosa iba en serio y empezaron a hablar de planes a largo plazo, hasta que, al cabo de un año de estar juntos, se rompió una pierna y dejó de jugar para siempre. Era un tipo inteligente, con una familia sólida y adinerada a sus espaldas, y el fútbol

nunca había sido el plan principal de su vida, pero en cuanto dejó el equipo, la supuesta mujer de su vida le dejó sin piedad. Por desgracia, él no se resignó a lo evidente y ella, para quitárselo de encima definitivamente, le hizo creer que tenía una aventura conmigo.

Le veo apretar los puños sobre los reposabrazos de su sillón y me doy cuenta de que esta historia aún le hace hervir la sangre.

—Ella le dijo que se había estado acostando conmigo todo el tiempo que habían estado juntos y que también había estado con un par de tipos más. Él estaba fuera de sí y empezó una pelea en pleno entrenamiento. Volaron las palabras gruesas, los golpes y los puñetazos.

Baja la mirada, pero no puedo evitar notar la decepción en sus ojos.

—Un par de chicos confirmaron su versión, diciendo que, cuando ocurrió, las cosas entre ellos no parecían tan serias. Yo, en cambio, siempre mantuve mi verdad. Pero, por desgracia, la semilla de la duda ya estaba plantada y nuestra amistad arruinada para siempre.

Suspira pesadamente y me mira, ahora lleno de determinación.

—Nick y tú podrían hacer grandes cosas, aquí y el año que viene en la NFL. No dejes que una mujer se interponga entre ustedes y lo arruine todo.

Abro mucho los ojos, dándome cuenta de la idea que debe haber tenido el entrenador. Y no podía estar más lejos de la realidad.

—Entrenador Davies, le aseguro que no tengo el más mínimo interés en Janice... — Levanto una mano para detenerlo cuando abre la boca para intervenir—. Sé que hay algunos antecedentes que podrían sugerir lo contrario, sin embargo, la única razón por la que fingí estar con Janice fue para proteger a la chica que realmente me importa. Por desgracia, Janice tenía material comprometedor que podría haberla puesto en una mala posición y no podía permitirlo —Dejo escapar un suspiro y saco la verdad—: Por *ella* estaría dispuesto a hacer cualquier cosa.

El entrenador me escruta con interés y enarca una ceja.

—¿Te das cuenta de que estás a un paso del gran salto? ¿Que en unos meses podrías ser jugador profesional? ¿Merece la pena arriesgar tanto por una universitaria?

La pregunta del entrenador es incómoda, pero legítima. Llevo toda la vida diciéndome que no me comprometa antes de llegar a la profesionalidad, pero con Sav es otra historia.

—No es solo una universitaria, entrenador, es la elegida —percibo claramente la verdad en mis palabras mientras las pronuncio y una sensación de calma se instala en mi corazón.

El entrenador me lanza una mirada entre asombrada e intrigada.

—¿Le conozco?

Me revuelvo en el sitio, no sé si al entrenador le hará gracia saber que estoy enamorado de la hermana pequeña de la estrella de su equipo; al fin y al cabo, las reglas no escritas de un equipo de fútbol son las mismas desde hace generaciones.

—Seguro que la ha visto por el campus —respondo evasivo—. Ahora mismo, las cosas están bastante complicadas entre nosotros, pero espero poder compensarlo.

—Entiendo —murmura, asintiendo—. Dentro de dos días jugamos en casa contra Mount Union, el partido más duro de la temporada, y necesito que estén todos concentrados al máximo.

Asiento con un silencio religioso.

—Observaré los entrenamientos de hoy y mañana, me enfrentaré al equipo técnico, pero debes saber que si notamos la más mínima fisura en el equipo por lo que sucedió en Halloween, serás tú quien se quede fuera del equipo.

Hago una mueca de dolor y no digo nada, no debería sorprenderme, pero aun así duele.

El entrenador echa un vistazo rápido al reloj.

—El entrenamiento empieza en diez minutos, ve a prepararte. Recuerda que siempre estoy

aquí si quieres hablar.

—Gracias, entrenador —me pongo en pie y corro hacia la puerta. Me apresuro al vestuario, encontrándolo vacío.

Gracias, joder.

Empiezo a ponerme el uniforme y el equipo de entrenamiento casi automáticamente, una parte de mi cerebro trabaja furiosamente para ordenar mis pensamientos.

No veo a Savannah desde la noche de la fiesta y me siento en apnea. Sin embargo, después de las palabras de Nick, no puedo acercarme a ella si no quiero volverla en mi contra permanentemente.

Lo más importante es que resuelva la situación de una vez por todas.

Lástima que ese imbécil solo me sonría y aún no me haya dicho si el asunto de Janice está zanjado o no.

Hoy le acorralaré y le sacaré una respuesta.

No puedo seguir, no puedo seguir fingiendo que todo va bien sin ser realmente consciente de lo que puede pasar.

Cuando llego al campo, mis compañeros ya están calentando, nadie me saluda, pero nadie me ahorra miradas de reproche o insultos susurrados.

Volvemos al principio.

Me encojo de hombros para relajar los músculos e intentar sacudirme el peso que me comprime desde que mentí a mi novia mirándola a los ojos.

—Jones —llama en voz alta al entrenador Hegamin.

—Aquí estoy, entrenador.

—Espero que tú y tu pupilo estén preparados, porque hoy y mañana pienso hacerles escupir sangre —arquea una ceja escéptica y se le levanta una comisura de los labios—. Más de lo habitual —señala en un tono que no augura nada bueno.

Tres horas después, no siento ni los dedos de los pies. Me arden todos los músculos del cuerpo, sudo a chorros, jadeo como nunca, pero he recuperado la claridad mental que tanto necesitaba.

De repente, levanto la vista como atraído por las gradas y me encuentro con los ojos más hermosos que he visto nunca.

Sé que Savannah no está aquí por mí, sino para apoyar a su hermano ante el reto más difícil de toda la liga universitaria y, muy posiblemente, el partido que marcará efectivamente nuestro paso a la liga profesional. A pesar de todo, sin embargo, me tomo un momento para mirar su maravilloso rostro que refleja empatía, comprensión y apoyo incondicional.

Cómo me gustaría que todas esas emociones fueran dirigidas a mí.

Cuando me mira, tengo la sensación de que el tiempo se detiene y un escalofrío me recorre de pies a cabeza. No hay juicio en sus ojos, solo una determinación feroz, y en un momento que huele a eternidad, le hago una promesa silenciosa.

Resolveré esta situación y me enfrentaré a su hermano, no dejaré que mis errores definan nuestro futuro y me esforzaré por convertirme en el hombre que se merece.

—Levanta la lengua del suelo, Jones —la voz de Nick es una cuchilla cubierta de terciopelo mientras está a mi lado saludando a los aficionados de las gradas.

—¿Han resuelto la situación? —respondo, porque no puedo negar la evidencia.

Como no contesta, giro ligeramente la cabeza y veo que me observa con una ceja arqueada.

—¿Lo dudabas? —resopla.

—¿Y Janice?

—Janice ya no es un problema —responde crípticamente.

Le miro, arqueando una ceja, pero no doy más detalles.

—¿Está a salvo?

—Siempre estará a salvo *conmigo* —señala tajante.

—No puedes alejarme de ella.

—Puedo y lo haré, Jones —se burla.

Sacudo la cabeza, incrédulo ante su terquedad.

—¿Es posible que no lo entiendas? No solo me harás daño a mí, sino también a ella.

—¿De verdad crees que eres tan importante para mi hermana pequeña? —responde en tono burlón—. A lo mejor ya te ha olvidado y ha seguido adelante. ¿Lo has pensado?

—Te engañas si crees eso. Sé lo que Sav y yo compartimos, y no será este feo paréntesis lo que nos separe.

—¿Es así? —Nick se mueve para mirarme y noto un par de miradas alarmadas de nuestros compañeros.

Tal vez temen una repetición de lo que pasó en Halloween.

—Sé que no te agrado, y sé que la cagué colosalmente con lo de la biblioteca, pero ella no es un juego para mí. Lo que siento por ti es jodidamente real, y voy a ir en serio.

—¿Recuerdas lo que te dije la primera vez que te pillé con Janice?

Mierda. Lo recuerdo muy bien.

—Que si volvía a tocar algo tuyo, me matarías.

—Buena memoria. Supongo que no necesito añadir nada más, ¿verdad?

—Lo siento, capitán, estás imaginando mal. Estoy dispuesto a llegar hasta el final para hacerte entender que hablo en serio.

Ladeó ligeramente la cabeza y frunció el ceño, subestimándome una vez más,

—¿Qué quieres decir?

—Que si el problema es mi puesto en el equipo sin querer cumplir las normas, me iré.

Su mirada se ilumina con sincero asombro.

—Si te vas ahora, nada de NFL, ya lo sabes.

—Lo sé —confirmo, manteniendo mi posición.

Suspira profundamente y se pasa una mano por el pelo empapado de sudor.

—Bien, pero que sepas que, con equipo o sin él, si vuelves a hacerla sufrir, cumpliré mi promesa inicial —luego se da la vuelta y se marcha, dejándome en un limbo de incertidumbre...

¿realmente dijo lo que creo que dijo?

Permanezco inmóvil, incapaz de moverme o formular una pregunta. Afortunadamente, él se ocupa de mí.

—Y, Jones, haz feliz a mi hermana, se lo merece.

—Sí, capitán, será un honor para mí que así sea —respondo, encontrándome con la mirada seria que me lanza por encima del hombro.

Cuando me quedo solo en medio del campo, sudoroso y exultante, devuelvo la mirada a ella, que solo me corresponde un instante antes de abandonar los escalones.

El primer paso está dado, ahora tengo que recuperar a mi novia. No será fácil porque he sido un auténtico imbécil con ella, pero nunca me ha asustado trabajar duro por algo que quiero con todas mis fuerzas y no empezará a asustarme ahora.

A un paso de mi para siempre.

Porque eso es lo que ella representa para mí.

Es la persona adecuada, lo siento como la sangre que corre por mis venas y el amor por el

fútbol.

Ahora solo tengo que demostrárselo a Savannah y conseguir que vuelva conmigo.

26. SAVANNAH

—Aún no me puedo creer que Hunter hiciera algo así para proteger tu reputación, realmente es un chico de oro —suspira Lara soñadoramente, dando un sorbo a su batido de vainilla.

—¿Me equivoco o hasta ayer querías regalarme dardos y una diana con su foto? —Chasqueo la lengua y la miro con escepticismo, metiéndome en la boca un puñado de patatas fritas aún calientes.

Llegamos a casa de Linda en cuanto terminó el entrenamiento del equipo y no puedo evitar desviar la mirada hacia la puerta a intervalos de dos minutos, sé que los chicos van a pasarse a cenar algo rápido y le he mandado un mensaje a Nick para que se reúna con nosotros aquí.

Espero de todo corazón que haya encontrado lo que le pedí.

Pone los ojos en blanco, como si yo hubiera dicho una tontería.

—Bueno, no sabía que ayer se lo jugó todo por ti —responde, arqueando una ceja y retándome a replicar.

Suspiro y reflexiono sobre el enorme cambio que he visto en Hunter desde que llegó al equipo: al principio del semestre, era un chico tímido, cerrado de mente y completamente indiferente a las dinámicas personales entre compañeros.

Después, estrechó lazos con Lucas y, durante el retiro de Point Bay, forjó también nuevas amistades con los demás jugadores, hasta que se consolidó la estimada relación entre él y Nick.

Fue como si dejara a un lado la armadura que había llevado durante *tanto tiempo* y no solo cambiara su actitud, sino también la expresión de su rostro, que ya no es perpetuamente hosco y enfadado con el mundo que le rodea.

Claro que, pensando en lo que me contó sobre su pasado, creo que tenía muy buenas razones para ser un cabezón tan furioso durante tanto tiempo.

En las semanas que estuvimos juntos, vi la lucha dentro de él, la batalla entre el pasado y el presente. Y el momento en que optó por tomar un nuevo camino, relegando al olvido el mecanismo de defensa que le había protegido durante tanto tiempo.

Conmigo nunca necesitó ese escudo, podía ser vulnerable y auténtico, seguro de que yo nunca me burlaría de él ni le decepcionaría.

—Sigues suspirando, ¿no deberías alegrarte de saber que todo fue una actuación con Janice? —Lara me devuelve al presente y decido compartir al menos algunos de mis pensamientos con ella.

—Sí, pero no puedo silenciar la parte de mí que está convencida de que debería haberlo sabido. Quiero decir, incluso durante unas pocas semanas, he llegado a conocerle de *verdad*. He visto la persona que es, debajo de todos esos muros que ha levantado para protegerse de la vida. Me he enamorado de sus ojos, llenos de voluntad, de deseo, de amor y de inseguridad, pero sobre todo de una profundidad que nunca antes había visto.

Lara no dice nada, me deja desahogarme escuchando atentamente.

—Fui testigo de su cambio, de la forma en que cambió su forma de acercarse a los demás, abandonando la fachada hosca que siempre le había caracterizado. Confiaba en mí, en que le

aceptaría a él y a su pasado, ¿y cómo le correspondía yo? No me di cuenta de que era imposible que eligiera a Janice ni de que incluso había estado viéndola en secreto. Creí en las apariencias, no en mi instinto —concluyo en el hilo de mi voz, mientras una oleada de vergüenza lucha con uñas y dientes por clavarse en mi pecho.

—Mi dulce Sav —murmura Lara antes de cruzar la mesa para rodearme el cuello y abrazarme con fuerza. Solo cuando me suelta, me froto las mejillas y me doy cuenta de que me han caído unas cuantas lágrimas.

—Escúchame, cariño. Hunter nunca podría echarte en cara algo así: decidió llevar a cabo una actuación y lo hizo condenadamente bien. Para protegerte, claro, pero tú no podías saberlo. No te sientas culpable por algo que no fue culpa tuya en absoluto.

Resoplo, me enjuago los ojos y saco la pregunta que me ronda la cabeza desde que hablé con Nick:

—¿Y por qué no ha venido a hablar conmigo todavía?

Noté cómo me miraba durante el entrenamiento, cómo me recorría una oleada de calor y me invadieron unas ganas irrefrenables de correr hacia él y gritarle lo dulce y estúpido que era. Tuve que forzar cada músculo de mi cuerpo para quedarme quieta mientras sus ojos me hablaban, prometiéndome un para siempre que no podía esperar a empezar a vivir con él. Aun así, no puedo negar que un rincón de mi mente sigue aconsejándome que mantenga los pies firmemente en el suelo, porque puede que lo haya tergiversado todo.

—Es un chico, ya sabes cómo son —la voz de Lara vuelve a distraerme de mis pensamientos, y ojalá tuviera su serenidad, sobre todo después de cómo han ido las cosas con Nick. *No es que hayamos hablado mucho de ello desde que mi hermano se ha convertido en un tema tabú*—. ¿Crees que por mirar a la puerta cada noventa segundos se va a materializar y te va a pedir perdón de rodillas?

Me atrapó.

—Supongo que no fui tan discreta, ¿eh? —Me estremezco ante la evidente frustración en mi voz.

Lara suelta una risita y pone una mano sobre la mía en medio de la mesa.

—Dale tiempo, se dará cuenta de que la ha cagado y se ha arriesgado a perder lo mejor que le podía haber pasado en la vida, y vendrá a buscarte con el rabo entre las piernas, le perdonarás y volverán a ser dos tortolitos ñoños en un santiamén.

—¿Eso también se aplica a Nick?

Como una nube oscura antes de una tormenta, al mencionar a mi hermano, el rostro de Lara se ensombrece y su mirada se vuelve triste.

—No es lo mismo, y lo sabes. Ahora, si no te importa, me gustaría volver a tomar el sol —dice levantando su copa—, fingiré que no existe.

Suspiro y lanzo una breve mirada a la puerta.

—Um, eso podría ser un poco difícil.

Lara arquea las cejas hacia la línea del cabello.

—¿Por qué? —pregunta con suspicacia, volviendo a dejar el vaso sobre la mesa.

—Vale, no te pongas así, pero Nick va a venir. Tenemos que hablar de algo, no tardaremos y... ¿qué estás haciendo? —le pregunto cuando veo que se lleva una mano al pecho y jadea.

—¿Va a venir *aquí*? ¿*Ahora*? ¿*Ahora mismo*? —murmura con voz cada vez más chillona.

—Um, sí, acaba de entrar por la puerta, creo que estará aquí en unos veinte segundos, a menos que los chicos de las dos mesas de abajo le paren para pedirle un autógrafo.

—Muy bien, es hora de despejar el campo, evacuar la zona, largarse, desaparecer. Sería

perfecto si la tierra se abriera y me tragara. ¡Joder, joder!

—Oye —esta vez soy yo quien pone una mano sobre la suya—. Respira lenta y profundamente, y cálmate. Así está bien. Respira hondo otra vez —sacudo la cabeza, un poco incrédula ante la sorprendente reacción de mi siempre cínica y racional amiga.

El corazón quiere lo que el corazón quiere.

—No quería ponerte en un aprieto, pensé que estaba bien —explico en tono de disculpa—. ¿Por qué no te vas a sonar la nariz? Seguro que para cuando vuelvas ya habremos terminado.

Lara me dedica una sonrisa vacilante y se levanta del banco sin atreverse a mover la mirada hacia la puerta.

—Sí, eso haré. Aunque tengo que serenarme, si me necesitas, escíbeme y allí estaré —pasa a mi lado apoyando una mano en mi hombro y casi corre hacia los lavabos.

—¿Se está quemando algo? —Oigo la voz grave de mi hermano intentando ser sarcástico cuando se acerca a la mesa, pero también detecto la nota de dolor que no puede disimular del todo.

—Ajá, muy gracioso, Nick —respondo impasible, observándole con una ceja arqueada. Le hago un gesto con la cabeza y él toma asiento frente a mí, echando un breve vistazo al batido de vainilla que Lara ha dejado sobre la mesa.

Sus ojos se llenan de algo que no puedo descifrar, pero dura un momento y luego sacude la cabeza, devolviendo su atención a mí.

—Tengo lo que querías.

Si no fuera mi hermano mayor y no le conociera de toda la vida, lo más probable es que no me diera cuenta de su sutil técnica de distracción, pero somos nosotros y sé lo que intenta.

—Buen intento, pero aun así te daré mi opinión no solicitada: creo que deberías hablar con ella y, como mínimo, pedirle disculpas.

No es necesario especificar a quién me refiero.

Nick suspira profundamente y se pasa una mano por la mandíbula hasta pellizcarse la barbilla, un gesto que solía hacer cuando éramos más jóvenes cuando estaba indeciso sobre qué hacer.

—Hablaré con ella, te lo prometo, Sav, sin embargo, ahora mismo tengo demasiadas cosas entre manos: primero Janice y tu video para desaparecer de la faz de la tierra, luego he tenido que calmar las cosas con el equipo para evitar problemas con Jones en un momento crucial de la liga en el que los ojeadores de la NFL están al acecho cuando menos te lo esperas. Por no hablar de que se acerca el partido de Mount Union, no tengo energía para resolver otro drama en mi vida.

Realmente me gustaría encontrar un argumento válido para replicar, pero entiendo su posición y sé lo duro que ha trabajado para llegar a donde está ahora, ya le he pedido demasiado, no puedo presionarle más.

—De acuerdo —resoplo, y le señalo con el dedo—. Después del partido de Mount Union, sin embargo, habla con ella. Necesito que aclaren las cosas entre ustedes.

—Te lo prometo —asiente sin vacilar—. Ahora, vayamos a la información que pediste.

Del bolsillo interior de su chaqueta saca una carpeta azul algo estropeada y la deja sobre la mesa, me mira con seriedad y un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Estás segura de que quieres seguir por este camino? —me pregunta en un tono que no augura nada bueno.

—Sí, por supuesto —cruzo la mesa para coger la carpeta con la impaciencia corriendo por mis venas.

—Aquí hay cosas muy desagradables, Sav —insiste, posando una de sus gigantescas manos sobre la carpeta echando literalmente por tierra todos mis intentos de cogerla—. Me gustaría que

me lo dejaras a mí.

Sacudo la cabeza con decisión.

—No, de ninguna manera, esto es algo de lo que quiero ocuparme personalmente. Tú mismo lo has dicho: tienes demasiadas cosas entre manos. Además, *quiero* hacerlo.

Aprieta los labios, para nada satisfecho con mi respuesta.

—Te conozco, hermanita, y sé que cuando te propones algo, no hay forma de cambiar de opinión, sin embargo, me gustaría volver a insistir en lo mucho que estoy en desacuerdo y lo poco que me gusta que bajes ahí sola.

—Tomaré nota y añadiré que si hubieras hablado con mi mejor amiga, sabrías que Lara ya se ha ofrecido a venir conmigo.

—Oh, bueno, ahora estoy más tranquilo —murmura sarcásticamente, sacudiendo la cabeza.

No hace falta ser un genio para darse cuenta de que esto no le gusta nada. A mí tampoco me gusta, por eso quiero acabar con esto lo antes posible. Por eso le pedí a Nick que le dijera a Mick que se encargara, sabía que era bueno con los ordenadores, pero no me había dado cuenta de lo bueno que era.

Nick me explicó cómo su mejor amigo consiguió sacar de circulación el video en el que aparecía yo en la biblioteca, pero también cómo reunió información y material comprometedor sobre Janice.

Al parecer, la chica tiene debilidad por los profesores adjuntos de esta universidad y por cobrarse los favores sexuales que concede a cambio de buenas notas.

Tras unos segundos que a mí me parecen décadas, Nick empuja la carpeta hacia mí tan despacio que resulta casi insoportable, coge el vaso y se traga lo que queda del batido de Lara, y su expresión se ensombrece cuando la abro y empiezo a leer.

Dios mío.

27. SAVANNAH

—¿Cómo te sientes? —me pregunta Lara desde el asiento del copiloto mientras acciono el freno de mano frente a una anónima casa de campo de dos plantas en el centro residencial de Moraine.

—Náuseas, amargura, pero la emoción predominante es la ira —respondo, manteniendo la mirada fija en la vivienda donde reside un demonio maldito del mal.

Lara inhala profundamente y extiende una mano sobre la mía, apretando suavemente.

—Lo entiendo, créeme. Pero ahora tienes que ser racional y diplomática, si quieres salir de esa casa con lo que quieres.

Tiene razón.

Tiene toda la razón.

Cierro los ojos un momento y regularizo mi respiración, recojo la calma en mi interior y repaso mentalmente todos los puntos de mi plan.

Estoy lista para la batalla.

No dudo ni por un momento que me lo harán pasar mal, pero sé que al final ganaré.

No me iré de esa casa con las manos vacías.

Vuelvo a abrir los ojos, los bajo solo un momento sobre la incriminatoria carpeta azul y luego miro a Lara.

—Estoy lista. Tú, más bien, ¿seguro que no quieres quedarte en el coche?

—Estás bromeando, ¿verdad? Nunca te dejaría entrar ahí sin refuerzos —antes de que termine de hablar, abre la puerta de par en par y sale.

Cojo la carpeta y me reúno con ella fuera del coche, y juntas bajamos por el cuidado camino de entrada hasta los escalones del porche, donde nos detiene una voz áspera.

—¿Y quién demonios eres tú?

Me doy la vuelta y me encuentro frente a la versión femenina -y bastante oscura- de Hunter. Los mismos ojos oscuros, pero llenos de un fuego que me recuerda a la ira, el pelo negro y sedoso, pero largo hasta la cintura y tan brillante que parece tinta. Sin embargo, mientras mi novio se muestra despreocupado y relajado, Helena tiene una postura rígida que no resulta nada acogedora.

Mierda, empezamos bien. Estaba segura de que estaría en la escuela a esta hora de la mañana, pero calculé mal.

—Hola, soy Savannah y esta es mi amiga Lara. Estamos aquí para...

—Deberías irte —pone las manos en las caderas sin disimular su enfado—. En esta casa, a nadie le interesan las ventas benéficas ni ninguna otra actividad que implique hacer el bien a los demás —chasquea la lengua burlonamente.

—No estamos aquí para eso, Helena —doy un paso hacia ella, que sacude la cabeza, haciéndome saber que no le gusta mi avance.

—¿Cómo demonios sabes mi nombre? No te conozco —dice entrecerrando los ojos.

Capto la nota de alarma en su voz y me doy cuenta de que, a pesar de la coraza agresiva, la persona que tengo delante no es más que una niña asustada.

Doy un paso atrás para tranquilizarla y le sonrío de una forma que espero que sea tranquilizadora.

—Soy Savannah, la novia de Hunter.

Inhala bruscamente, abriendo los ojos, y el fuego de sus ojos se convierte en ira abrasadora.

—Entonces, puedes irte a la mierda. Tú y tu amiga. *Ahora mismo.*

—¿Puedes darme tiempo para explicarme?

—No, de ninguna manera —sacude la cabeza, mientras un cierto temblor la invade—. No quiero saber una mierda de ese imbécil. Me abandonó aquí y está muerto para mí.

—No es así, Helena. Intentó mantenerse en contacto, pero se lo impidieron. Y está trabajando duro para sacarte de aquí.

Helena resopla incrédula, pero noto la luz interesada en sus ojos. Aunque solo sea por un momento.

No había considerado su posible negativa.

—Hace años que no veo ni sé nada de mi hermano —empieza, pasándose una mano por el pelo largo en un gesto que me recuerda mucho a su hermano—. Y ahora aparece una desconocida en mi puerta diciendo que hace esto por mí. ¿Es eso lo que intenta decirme?

Suspirando profundamente, aprieto con fuerza la carpeta que tengo en la mano y asiento lentamente.

—Sí, sé que puede sonar absurdo, dado el silencio de radio al que se vio obligada tu madre, pero Hunter nunca pensó, ni por un momento, en abandonarte a tu suerte.

—Pareces muy segura de lo que dices.

—Y tú con bastante escepticismo —le respondo.

—Quizá porque son *cuatro años* de silencio de radio, como tú lo llamas, y en todo ese tiempo podría haber entrenado a una puta paloma mensajera para hacerme saber que aún le importo. Que aún le importo, joder —su voz se quiebra con las últimas palabras y tengo que contenerme para no avanzar y estrecharla entre mis brazos.

Esta joven es un poco más joven que yo, pero parece llevar el peso del mundo sobre sus hombros, y no me cuesta creerlo después de leer la información que Nick ha reunido para mí.

No puedo ni imaginar lo que debe sentir por Hunter.

Toda mi vida he considerado a mi hermano mayor como mi omnipresente osito de peluche. A veces, su actitud algo intrusiva puede ser frustrante, pero su presencia en mi vida siempre ha sido muy tranquilizadora. Y siempre lo será.

—Yo también tengo un hermano mayor. Juega en el equipo con Hunter y al principio no se llevaban muy bien.

—¿Por qué?

—Porque Nick, mi hermano, siempre ha sido muy protector conmigo y no le gustaba que saliera con Hunter. También hay ciertas normas —hago la mímica de las comillas con los dedos en la última palabra.

Helena suelta una risita.

—Por muy testarudo que sea, Hunter no se habrá dejado intimidar y habrá seguido saliendo contigo... —adivina sin dificultad.

—Exacto —sonrío ante la mueca de Helena.

Tal vez aún haya esperanza, tal vez consiga no recibir su rechazo.

—Viene alguien —murmura Lara en voz baja para que solo yo pueda oírla.

Me apresuro dos pasos hacia Helena dispuesta a hacerle sin demora la pregunta que podría cambiar su vida para siempre.

Me hubiera gustado tener más tiempo, me hubiera gustado tener la oportunidad de explicarle con calma cuál es mi propuesta.

Pero yo no tengo nada de eso y tengo que dar un salto de fe en el afecto y el sentido de la

autoconservación de Hunter.

Me acerco a ella, extendiendo una mano para coger la suya y la miro a los ojos, intentando transmitirle toda la seriedad de las palabras que está a punto de oír.

—¿Estás preparada para venir hoy a Cleveland con nosotras, dejando atrás esta casa para siempre?

Estamos tan cerca que sería imposible no ver el sobresalto que cruza su rostro. Helena abre lentamente los ojos y la boca de par en par, sus fosas nasales se estremecen y su mano agarra la mía con más fuerza, sus ojos se vuelven brillantes y una lágrima resbala por su mejilla, pero no emite el menor sonido.

Pasa un segundo o tal vez una hora, oigo el clic de la cerradura que se abre desde dentro, la manilla que se baja y el crujido de la madera al abrirse la puerta.

Y todavía no tengo mi respuesta.

Un escalofrío de terror me recorre la espina dorsal y luego, en un instante, se convierte en plácida realización porque sé que no dejaré a esta chica aquí por nada del mundo. Igual que sé que la tierra gira alrededor del sol y que el agua hierve a cien grados centígrados.

—Me ha parecido oír voces —comenzó una voz altiva, y aunque no supiera que pertenecía a la madre de Hunter, me parecería repulsiva al instante—. ¿Quién es usted?

Me doy la vuelta y veo a una elegante señora de unos cincuenta años que mira fijamente a mi amiga Lara, con la nariz ligeramente levantada en una pose bastante esnob.

—Hola, señora Jones —la saludo manteniendo un tono neutro—. Me llamo Savannah y esta es mi amiga Lara. Venimos de Cleveland por Helena.

La madre de Hunter se vuelve para mirarme.

—Ahora soy la señora Smith —señala con aire irritado.

—Oh.

¿Se casó con Lewis Smith, el famoso jefe de policía de Moraine, sin decírselo siquiera a su hijo? ¿Qué clase de madre hace eso?

Me trago la réplica venenosa que me sube por la garganta y me concentro en la tarea de hoy.

—Lo siento, no sabía lo de la boda, Sra. Smith —trago despacio, no me gusta el sabor de la condescendencia en mi lengua—. Como le decía, mi amiga y yo hicimos un largo viaje para hablar con Helena en nombre de Hunter.

Si la situación no fuera la que es, la forma en que *la Sra. Smith* abre mucho los ojos con las fosas nasales encendidas ante la mención de su hijo sería cómica. Sin embargo, la situación es la que es y no hay nada de lo que reírse.

—No nos interesa lo que Hunter tenga que decir, puedes irte —su réplica es seca, llena de rencor, pero no he venido doscientos veinte kilómetros para volver con el rabo entre las piernas al primer no.

—Mamá —interviene Helena por primera vez, y entre las dos se cruza una intensa mirada llena de muchas cosas difíciles de identificar—. Seguro que las chicas están cansadas después de este largo viaje y seguro que podemos ofrecerles té caliente y esas galletas que horneaste ayer, ¿no?

La madre arquea una ceja y aprieta los labios, y yo aprovecho su vacilación.

—Sería muy amable por tu parte, estoy bastante cansada después de conducir durante más de tres horas, podría ser peligroso y....

—De acuerdo —suelta de repente la mujer más mayor del grupo, volviéndose hacia el interior de la casa—. Pasen, por favor.

Lara me echa una mirada rápida y, cuando asiento con la cabeza, sube los escalones de la casa.

Me vuelvo para mirar a Helena y en su cara leo la respuesta que estaba buscando.

—¿Te has decidido?

Asiente lentamente y cuando enarco las cejas, expresa su voluntad:

—Me voy contigo, joder.

—Sube y prepara una bolsa con tus cosas. Llévate solo lo necesario, el resto lo compraremos en Cleveland —le pongo una mano en el hombro, intentando tranquilizarla, pero cuando se encuentra con mi mirada, lo único que leo en sus ojos es determinación, la misma que veo en Hunter cada vez que salgo al campo.

Esta chica es una luchadora, será mejor que no lo olvide.

—De acuerdo, será solo un segundo.

—No, quédate arriba diez minutos, necesito hablar con tu madre para asegurarme de que no hay problemas, ¿vale?

—Está bien.

Helena pasa lentamente junto a mí, poniendo excesivo cuidado en colocar un pie tras otro, pero cuando llega al final de los escalones del porche y apoya una mano en la balaustrada, me mira por encima del hombro.

Entiendo lo que me va a preguntar incluso antes de que abra la boca, lo noto por la inseguridad que destila, por la vacilación de sus movimientos, y le sonrío, anticipándome a sus palabras.

—Me encontrarás aquí cuando bajes, Len, no me iré sin ti. Puedes estar tranquila.

No se me escapa la sonrisa que se dibuja en su cara al oír el apodo que Hunter usaba con ella cuando era pequeña, y espero que mis palabras la tranquilicen lo suficiente.

Ahora asiente con más convicción y sube volando las escaleras y entra en la casa.

Ahora me toca a mí.

Respiro hondo y entro en la casa, siguiendo la dirección del salón, donde encuentro a Lara ya sentada y a la señora Smith disponiendo una jarra de lo que imagino que es té helado en la mesita del centro de la habitación.

Tomo asiento en el sofá de dos plazas junto a Lara, justo cuando la señora Smith se sienta en el sillón de enfrente.

Su sonrisa es tirante, falsa como el infierno, y ni siquiera hace un esfuerzo por ocultar el fastidio en su mirada.

Genial, yo tampoco haré el esfuerzo de mantener una fachada de buenos modales e iré directamente al grano.

—Allison, ¿verdad?

Asiente brevemente con la cabeza.

—Hoy Helena vendrá con nosotras a Cleveland.

La mujer que tengo delante se limita a enarcar una ceja, pero cuando ve que no me retracto, resopla con sorna.

—¿Estás loca? Si te atreves a poner un pie fuera de aquí con mi hija, te denunciaré inmediatamente por secuestro. Y supongo que sabes que mi marido es el jefe de policía de Moraine: tendrás a todo el cuerpo de policía tras de ti en un santiamén.

—No, creo que no —bajo su atenta mirada, me inclino hacia la mesita, coloco la carpeta azul sobre ella y cojo dos vasos; los lleno, ofreciéndole uno a Lara, que me observa con suficiencia, y con dos dedos muevo la carpeta hacia la altiva dama que tengo delante.

Sube el telón, es la hora del espectáculo.

Baja lentamente la mirada hacia la carpeta y, con una confianza que está a punto de derrumbarse miserablemente pieza a pieza, la coge y la abre.

Le doy unos segundos para que se dé cuenta de que voy en serio.

—Como puedes ver, Allison, en esa carpeta hay una copia de los diversos *incidentes* protagonizados por tu marido desde su época universitaria. Acoso, hostigamiento, un intento de violación y una chica que acabó en el hospital por golpearse con un borde que, al parecer, tenía la forma de la mano de Lewis.

—No hay nada concreto, las denuncias han sido retiradas. Pierdes el tiempo, chiquilla —a estas alturas el desprecio en su voz es evidente convencida como está de que tiene las espaldas cubiertas.

—¿Qué hay de Helena? ¿Sobre las palizas que recibió de Lewis desde que era poco más que una niña, o quizá prefiere hablar de la ambigua actitud de su marido hacia ella cuando se convirtió en una joven?

Sacude la cabeza y me lanza una mirada mordaz.

—¿Y cómo piensas demostrarlo? Nunca testificará contra el único hombre que fue su padre.

Resoplo una media risita y señalo con la cabeza la carpeta invitándola a continuar y, cuando lo hace, le digo:

—Ahí dentro también encontrarás la pornografía infantil del ordenador de Lewis. No tuve el valor de mirarlo todo en detalle, pero los que lo hicieron me dijeron que hay cosas muy desagradables. Masoquismo, palizas, sangre, tortura. Pero, ¿sabes qué sería realmente interesante explicar en un juicio?

Me mira y ya no hay desprecio ni confianza, solo un pavor vacuo ante la posibilidad real de tener que explicar ante un tribunal la perversidad del puto jefe de policía de Moraine.

Traga saliva lentamente, luego sacude la cabeza despacio sin apartar los ojos de los míos.

Y vuelvo a inclinarme hacia delante, mirándola fijamente a los ojos para que sepa que no estoy bromeando, antes de soltar la bomba.

—El asombroso parecido que todos los protagonistas de ese material tienen con Helena.

Allison abre mucho la boca y palidece, la expresión de su cara se vuelve de horror.

Tal vez aún quede en ella una pizca de amor maternal.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta, cerrando la carpeta con una mano que ahora tiembla claramente.

—Hoy nos llevaremos a Helena con nosotras y usted -usted y su marido- olvidarán que existe. No intentarán ponerse en contacto con ella, a menos que ella quiera hacerlo. No intentarán traerla a casa, a menos que quieran que una copia de esa carpeta acabe en manos de las autoridades competentes. Mientras tanto, Hunter se convertirá en el único tutor legal hasta que sea mayor de edad.

La observo, dándole tiempo para que metabolice todo lo que le ha llovido de repente.

Cuando no protesta ni exige nada, me toca a mí enarcar una ceja.

—¿Todo claro?

Ella asiente lentamente.

—¿Preguntas?

—Solo una: ¿qué le digo a mi marido?

—Que si le importa su carrera, y su libertad, siga las instrucciones sin intentar pasarse de listo: tengo un equipo de abogados preparado para acabar con él en los tribunales.

Ella asiente de nuevo, una sola lágrima se dibuja en su cara.

—De acuerdo.

—¿Quieres hablar con Helena?

—No, prefiero que te vayas antes de que mi marido vuelva para comer.

Demasiado para ese poco de amor maternal.

28. SAVANNAH

—Quiero decir, ¿me estás diciendo que no tiene ni idea de que voy a Cleveland? —El tono de Helena es cortante y alarmado, ya que a mi poco diplomática amiga Lara se le ha escapado que Hunter y yo estamos en un momento complicado y que aún no le he informado de mi incursión para alejar a su hermana de su padrastro loco y enfermo.

Lanzo otra mirada a Lara, que simplemente se encoge de hombros y se vuelve hacia el asiento trasero, donde una Helena cada vez más agitada me mira con los ojos muy abiertos a través del retrovisor.

—Ahora respira, niña, y disfruta del viaje hacia la libertad —le dice Lara—. No me cabe duda de que tu hermano estará encantado de volver a verte y volará a tres metros del suelo cuando sepa que de salvarte de las garras de esos imbéciles se encargó su novia.

—Técnicamente, de momento, soy su ex novia —murmuro en voz baja con un deje de fastidio.

—¿Por qué? —pregunta Helena.

—¿Por qué se va a emocionar al verte? —replica Lara haciéndose la tonta.

Helena suspira audiblemente y especifica más:

—¿Por qué es su ex novia?

—Oh —Lara frunce el ceño—. ¿Quieres explicárselo? —pregunta con una ceja levantada.

—Um, no, tengo más curiosidad por escuchar tu preciso análisis periodístico —solo la miro un momento antes de volver a centrar mi atención en la carretera, pero me basta para ver la luz del desafío brillando en sus ojos.

—A ver, me explico: Hunter llegó este año a nuestra universidad y enseguida se vio rodeado de animadoras que lo adoraban y de compañeros de equipo que se desmayaban ante la idea de ganar el campeonato estatal, pero la chispa de la química en el campo con el capitán no hizo clic de inmediato, sino todo lo contrario. Y el entrenador consideró oportuno enviarlos a todos al campo de entrenamiento para crear un vínculo sólido que derrotara a sus rivales en el campo. Una vez más, se tomó su tiempo para que esto sucediera. ¿Me entiendes?

—Te sigo.

—Mientras tanto, sin embargo, un fuego mucho más caliente se encendió con la hermana pequeña del capitán antes mencionada, y aquí presente, Savannah Moore —ríe Lara—. Los dos habían estado saliendo en secreto, incluso de la mejor amiga de tu servidora, pero entonces la ex psicópata de Nick, el capitán y hermano mayor de Sav, volvió a la palestra chantajeando a Hunter y obligándole a romper el corazón de su novia.

—Cómo... —comienza Helena, pero Lara la interrumpe levantando una mano.

—Finalmente, de una forma que aún no está demasiado clara, Hunter pidió ayuda a Nick para resolver la situación y ambos se dieron una paliza durante la magnífica fiesta de Halloween que ayudé a organizar.

—Pero qué...

—Espera que no he terminado. Quiero decir que Nick le explicó a Sav cómo eran las cosas en

realidad y ella le pidió ayuda para arreglar *tu* situación, ya que sus amigos tienen las habilidades y los recursos necesarios para meter a cualquiera en un buen lío, por no hablar del fango que podrían encontrar en un viejo pervertido. Y aquí estamos —sonrió, abriendo mucho los brazos y terminando con cierta falta de aliento el resumen de las últimas semanas de mi vida.

—Yo... —empieza Lara, luego recapacita y sacude la cabeza—. Qué gran lío.

—Estoy de acuerdo, chica —afirmo con una media sonrisa.

—Entonces, tú y Hunter están, quiero decir estaban juntos... ¿y ahora?

—Y ahora, estoy esperando a que él haga el siguiente movimiento —le explico—. Es su turno, ¿sabes? —Le lanzo una rápida mirada desde el espejo—. No quería meterle prisa porque mañana es el partido más importante del campeonato para la JCU y ya tiene bastante presión.

—¿Mañana?

Es el turno de Lara para explicar.

—Sí. Mañana por la noche jugamos en casa contra Mount Union, un partido que no ganamos desde hace al menos una década.

—Vaya qué mal —reflexionó Helena—. ¿Qué posibilidades hay de que ganen mañana?

—Bueno, no sé los porcentajes exactos —se ríe mi amiga—. Pero sí sé que nunca hemos tenido un ataque como el de este año: Mick es un gran *receptor*, Rick es un centro que siempre está listo para entrar en acción y Nick tiene un portentoso brazo lanzador, es un gran quarterback y un capitán capaz de arrastrar a sus compañeros incluso en los peores momentos.

—Ah, me huele a enamoramiento —comentó la hermana pequeña de Hunter, dándose cuenta de algo que yo había ignorado durante quién sabe cuánto tiempo.

—Sí —interrumpo—. Y los dos han estado haciéndolo *en secreto, incluso para tu servidora* —digo, repitiendo las mismas palabras que ella acaba de usar conmigo.

—Hmm, eso son detalles. De todos modos, las cosas entre Nick y yo sucedieron en un momento de poca claridad para ambos, todo fue breve y fugaz y ya es un capítulo cerrado y archivado. De hecho, muerto y enterrado.

—Quién sabe —suelto antes de poder recapacitar, lo que me vale una mirada escéptica de Lara. No me giro en su dirección, mantengo la atención en la carretera, pero siento el calor de su mirada y las mil preguntas que se arremolinan en ella.

—¿Qué quieres decir? —pregunta finalmente, sin resistirse a la curiosidad que despertó en ella mi comentario.

Me encojo de hombros, tomándome mi tiempo y reflexionando sobre lo que puedo decirle a mi amiga, no quiero engañarla con falsas esperanzas, pero he notado el sincero interés de Nick por ella.

Por supuesto, mi hermano es el típico estudiante estadounidense que se centra en los deportes y nada más, que se divierte con las chicas, pero sin compromiso. Y además, a estas alturas de su carrera, se está jugando el todo por el todo para llegar a la NFL, el verdadero objetivo de todos los que juegan a nivel universitario.

La oportunidad de dar el gran salto.

—No quiero decir nada, de verdad. Es solo una sensación que tuve con Nick cuando me referí a tu *situación*. No quiero que leas entre líneas, porque bien podría ser que él decida no hacer nada y seguir su propio camino al final del año académico, sin embargo, te estoy diciendo que, en mi humilde opinión, él está interesado en ti —La miro de reojo—. Tómatelo con humor, ¿vale? Y, sobre todo, no te quedes ahí esperándole, ¿vale?

Me mira un momento y luego asiente despacio.

—Sí, claro. Como dije, muerto y enterrado.

En el coche se produce un largo momento de silencio, pero no uno de esos incómodos que uno siente la necesidad de llenar.

—¿Qué te gusta de mi hermano? —salta Helena de repente.

—Ah, yo sé la respuesta —contestó Lara en mi lugar—. Ese culo de mármol y los brazos llenos de venas, luego unos cuádriceps fuertes a los que agarrarse cuando....

—Argh, qué asco —la interrumpió Helena—. Vamos, Sav, responde tú.

Me lo pienso un momento, poniendo en orden mis pensamientos, porque hay muchas cosas que me gustan de Hunter.

—La determinación y la pasión que pone en lo que ama. La ferocidad con la que salta al campo y la ternura de sus gestos en privado. Me gusta la despreocupación con la que sonríe cuando cree que nadie le mira y la luz que llena sus ojos cuando encuentra los míos.

—Vaya —comenta Lara soñadoramente—, aún no ha terminado.

—También me gusta la coraza de desconfianza que lleva al primer acercamiento, pero sobre todo me gusta cómo es conmigo. La forma en que le he visto cambiar desde que llegó a Cleveland —lanzo una rápida mirada al espejo antes de continuar—. Se dio cuenta de que su mecanismo de defensa, el que utilizaba para protegerse del mundo, no le servía conmigo. Que podía ser vulnerable y auténtico, que podía ser simplemente él mismo. Y, de alguna manera, me permitió quitarme la máscara de la *hermana del quarterback*, esa a la que nadie invita a salir porque le tiene demasiado miedo, esa de la que las chicas se hacen amigas para conseguir el número de Nick.

—Mierda, nunca la había visto así —reflexiona pensativo mi mejor amiga mientras Helena asiente en el asiento trasero.

—Fuiste muy valiente. Siempre me intimidó su fachada hosca... aunque sabía que era un montaje y que le daba miedo mostrarse vulnerable. ¿Tiene sentido?

Asiento con la cabeza antes de que termine de hablar.

—Sí, por supuesto. En realidad, esa fachada gruñona sigue apareciendo de vez en cuando, pero ha sido genial ser testigo de su transformación y verle abrirse más con sus compañeros, dentro y fuera del campo. Por mis estudios, tengo la suerte de trabajar estrechamente con el equipo, y su cambio ha llenado el vestuario de risas y camaradería, donde solo unas semanas antes había tensión y rivalidad.

—Ahora que lo pienso, tienes toda la razón —interviene Lara—. Durante el retiro, algo hizo clic en su interior, pero lo cierto es que fue la relación que entablaron lo que le permitió romper las barreras entre él y el resto del equipo.

Siento un calor que me sube por el pecho, me sube por el cuello y estoy segura de que me ruborizo.

—Bueno, yo no iría tan lejos... —digo un poco avergonzada.

—Oh, sigue adelante, amiga —insiste Lara—. Yo sé lo que vi, y al principio ese grandullón estaba solo, subido en una torre de mudez y miradas sucias. Ni siquiera sabía los nombres de sus compañeros, por Dios.

No puedo resistirme, y sé que no debería, pero aparto los ojos de la carretera para mirar sorprendida a mi amiga.

Sin embargo, solo dura un momento.

—Son palabras de Nick, yo pondría la mano en el fuego. Demasiado para el *breve y fugaz momento de deslucida claridad* —me río entre dientes, mirando el asfalto que se escapa bajo las ruedas de mi coche.

Es el turno de Lara de sonrojarse, tan violentamente que incluso provoca una carcajada de

Helena, que se relaja cada vez más a medida que ponemos kilómetros de distancia entre nosotras y la casa de su infancia.

—Observo con placer que me estás escuchando. Sin embargo, esa no es la cuestión y tus tácticas de distracción no funcionarán —dice mi amigo, afrontando la vergüenza como un profesional—. La cuestión es que estar contigo le ha llevado a abrirse al mundo, a confiar más en quienes le rodean y a cooperar con su equipo, en lugar de quedarse al margen con su máscara de superioridad e indiferencia.

Estoy deseando volver a verle y descubrir cómo ha cambiado mi hermano mayor.

—Por la forma en que lo describes, realmente parece una persona diferente de la que salió de casa hace años dando un portazo y gruñendo una despedida a media boca —reflexiona Helena, y luego se endereza—. Conmigo, sin embargo, siempre ha sido un oso de peluche enorme, cariñoso y protector.

—Sí, ya lo veo —me río entre dientes.

A mitad de camino, decidimos hacer una parada rápida para ponernos algo debajo de los dientes e ir al baño, y yo aprovecho para estirar un poco las piernas, ya que hoy llevo casi seis horas seguidas conduciendo y el cansancio empieza a hacer mella.

Estoy impaciente por llegar a la residencia y darme una larga ducha caliente y una buena noche de sueño.

—Vale, ¿cuál es el plan? —pregunta Helena justo cuando empiezan a aparecer las primeras vallas publicitarias que muestran Cleveland a solo diez minutos.

—Tendrás que quedarte en nuestra habitación hasta mañana —se ríe Lara—. Queremos que tu hermano se concentre al cien por cien en el partido de mañana, así que debemos evitar que sepa que estás aquí. Haría demasiadas preguntas sobre cómo y por qué. Preguntas que dejaremos para después del partido, ¿vale?

—De acuerdo. Desde luego no quiero poner en peligro su carrera profesional. No le he visto en casi cuatro años, un día más no cambiará nada.

—Bien. Parece que tenemos un plan —reflexiono mientras una breve sonrisa se dibuja en mis labios: por fin parece que las cosas empiezan a ir bien.

29. HUNTER

El estadio palpita de energía y el público ruge de expectación. El aire crepita con electricidad, cargando el ambiente con una sensación de urgencia.

Este partido es crucial y tiene el poder de determinar no solo el ganador en el campo, sino también mi futuro y el de Nick.

Estamos más que preparados para saltar al campo, aunque para nosotros sea más bien una batalla a muerte.

Ganar significa la NFL, perder significa seguir luchando por la última oportunidad.

Estamos realmente a un paso de la línea de meta y el sentido de la responsabilidad hacia mí mismo y hacia mis compañeros de equipo pesa mucho.

Mucho más que toda la protección que llevo.

En el vestuario, la tensión podría cortarse con un cuchillo cuando el entrenador entra seguido de los demás entrenadores.

La determinación está grabada en los rasgos de todos los hombres que me rodean y mi corazón empieza a bombear adrenalina por mis venas.

Es una sensación magnífica que parece hacer vibrar mi sangre y mis huesos.

Desvío la mirada hacia mi derecha, hacia el lugar donde se encuentra Nick con toda su confianza de capitán, y siento una oleada de orgullo por saltar al campo junto a él y todos nuestros compañeros.

No importan las diferencias que hubo entre nosotros en el pasado, hoy se trata de confiar los unos en los otros y aplicar los esquemas como hemos ensayado mil millones de veces en los entrenamientos.

Nunca ha habido tanto en juego.

—Están preparados, son fuertes y lo van a conseguir —grita el entrenador, agitando su portapapeles en el aire—. Recuerden las malditas jugadas, recuerden toda la maldita sangre que escupieron en los entrenamientos y vayan a patearles el culo a esos imbéciles.

Un gruñido de acuerdo se eleva entre los chicos, pero el entrenador no ha terminado.

—Recuerden que el fútbol es un deporte, pero este deporte es su comida, su aire, su puto corazón palpitante. No necesito recordarles las estadísticas contra Mount Union, pero quiero recordarles que creo en ustedes y que confío firmemente en que este equipo puede luchar de verdad por la victoria. Quiero que miren al jugador que tienen al lado, que le miren a los ojos, apuesto a que verán a un jugador que está decidido a ganar terreno con ustedes, uno que se sacrificará voluntariamente por el equipo, sabiendo que cuando llegue el momento, ustedes harán lo mismo por él. Eso es ser un equipo, señores. Así que o nos levantamos ahora, como colectivo, o seremos aniquilados, individualmente. ¿No es así? —pregunta el entrenador, citando las palabras de Al Pacino en *Todos los malditos domingos*, una película que todos los jugadores de este vestuario habrán visto mil millones de veces.

—Sí, entrenador —gritamos en respuesta.

—Ahí fuera está lleno de observadores. Algunos tienen el camino despejado, otros no tanto.

Ahora es el momento de que todos demuestren de qué están hechos.

—Sí, entrenador —volvemos a gritar y las paredes casi tiemblan.

—Así que salgan de aquí y vayan a patearles el culo.

Ni siquiera termina de hablar cuando empiezan los cánticos del equipo y todos nos apiñamos en círculo en el centro del vestuario. Nos ponemos hombro con hombro, nos miramos y la energía que intercambiamos en estos momentos previos al partido es algo imposible de explicar para cualquiera que nunca haya entrado en un vestuario de fútbol.

A la señal de Nick, salimos y nos instalamos en el túnel mientras el equipo visitante es presentado en el césped, la multitud es ruidosa, pero nuestros adversarios han venido con una buena cantidad de aficionados y no se dejarán intimidar.

Intercambio una mirada con Lucas, e inmediatamente noto que está muy concentrado, recuerdo sus palabras durante el retiro y siento que la presión aumenta aún más.

Nick y yo ya tenemos un pie en la liga profesional, pero no todos nuestros compañeros lo tienen, y aunque éste no es el último partido del campeonato universitario, es sin duda el que tiene más valor.

Ganar en casa a un equipo que lleva años ganando a la JCU metería a nuestro equipo en la historia de esta universidad.

Un escalofrío me recorre desde la base del cuello hasta la punta de los dedos de los pies y suelto un profundo suspiro.

Estoy listo.

Cuando llega nuestro turno, hacemos una corta carrera por el túnel y salimos al césped, bajo las luces casi cegadoras y los gritos extasiados de nuestros seguidores.

Con el pitido inicial, el partido estalla en una sinfonía de movimientos.

Nos toca atacar y lo hacemos como uno solo, con movimientos fluidos, una fuerza sin igual y unos esquemas perfectamente ejecutados.

Siento la determinación rugir por mis venas y, cuando lanzo una breve mirada a Nick antes del nuevo *chasquido*, me doy cuenta de que la misma determinación está grabada profundamente en sus facciones.

La sincronía entre los guardias ofensivos y el quarterback es perfecta y nuestra antaño enconada rivalidad se convierte en un baile de coordinación y sincronía.

Los defensores de Mount Union se sentían cada vez más frustrados, ya que no podían penetrar en la bolsa que habíamos creado para permitir a Nick lanzar.

Cuando nos toca defendernos, su ataque es implacable y los nuestros sufren palmo a palmo, dispuestos a escupir sangre para no ceder terreno a los adversarios.

A falta de seis minutos para el final del tercer cuarto, ganamos por cinco puntos, pero basta una mirada a Nick para darse cuenta de que piensa lo mismo que yo.

Nuestra defensa está agotada y tenemos que apretar al máximo en nuestro turno de ataque para tener opciones reales de llevarnos la victoria a casa.

Calmo brevemente mi sed, respiro hondo y escucho atentamente las últimas recomendaciones del entrenador Hegamin en la banda. Intercambio una rápida mirada con mis compañeros de equipo y Nick y Mick también se acercan.

—Vale, chicos —empezó el capitán—. Quiero acabar con esto en los primeros minutos del último cuarto. Vamos a darles un buen *touchdown*, ¿de acuerdo?

—¡Joder, sí! —exclaman un par de chicos.

—Bien —asiente Nick—. Mick recibió un fuerte golpe en el hombro en la última jugada y quiero evitar que tenga que hacer demasiados metros con el balón en las manos; necesito que me

des margen para retroceder y hacerle un lanzamiento largo —explica mientras nuestro *receptor* asiente.

—Sí, no hay problema —digo.

—Vamos, chicos, un último esfuerzo. Tenemos este puto partido en el bolsillo —grita, levantando un brazo hacia el cielo.

—Sí, capitán —le respondemos en el mismo tono antes de volver corriendo hacia el campo, relevando a la defensa.

Los segundos pasan rápidamente en el marcador, solo faltan unos minutos, pero me parece que el tiempo se ralentiza y lo veo todo muy claro mientras nos posicionamos para el chasquido que podría ser decisivo.

Veo la tensión en las expresiones de mis compañeros de equipo -los que están en el campo conmigo escupiendo sangre y los que están en la banda retorciéndose las manos- y veo las expresiones concentradas de los entrenadores, de los preparadores.

Echo un vistazo a las gradas y las expresiones de los aficionados me llenan el pecho de orgullo, pero lo que amenaza con hacerme estallar el corazón del pecho son los ojos vidriosos de mi novia, que no se pierde una jugada en el campo con las manos juntas bajo la barbilla y las cejas fruncidas.

Cómo le echo de menos, joder.

—Hunt —la profunda voz de Nick me devuelve bruscamente al presente y desvío la mirada hacia el defensa que tengo delante, que no ha dejado de murmurar obscenidades sobre mi madre desde que empezó el partido.

Como si me importara una mierda.

Nick inició la jugada y en cuanto Rick sacó el balón del suelo, los guardias ofensivos nos lanzamos sobre los defensas para mantenerlos alejados del movimiento de Nick, que arrancó con un juego de pies envidiable, volvió varios metros atrás y en pocos segundos hizo un lanzamiento perfecto que fue directo a las manos de Mick, que mientras tanto había esprintado hacia delante, descartando a los defensas y entonces...

¡Touchdown!

Cuando, unos minutos después, el árbitro pita el final del partido, vitoreamos como si acabáramos de ganar el puto Super Bowl.

El público estalla en júbilo con aplausos, gritos y cánticos, animándonos como si fuéramos dioses.

Y, aunque todavía no hemos ganado el campeonato universitario, esta victoria tiene un sabor especial para la historia de la JCU.

Lucas salta sobre mí riendo, o tal vez llorando.

—Joder, lo hicimos, hermano.

Hermano.

Una punzada me atraviesa el corazón, y sé que no es el momento más oportuno para pensar en mi hermana pequeña, pero... *cómo la echo de menos, joder.*

Me esfuerzo por centrarme en el momento, pero un rincón de mi cerebro ya está pensando en la posibilidad real de que esta noche consiga un contrato oficial con la NFL y pueda ir a salvar a Helena de esos dos lunáticos.

Concéntrate, Hunter.

—¡Eh, gran fiesta esta noche en la casa del fútbol, eh! Cerveza, chicas y diversión a raudales. Estoy impaciente —exclama Lucas todavía incrédulo ante esta victoria que lleva casi una década gestándose.

Yo, sin embargo, no tengo ningún interés en ir a la fiesta, prefiero buscar a Savannah y rogarle de rodillas que me perdone y nos dé la oportunidad de empezar de nuevo.

Alguien me agarra por los hombros y me doy la vuelta para encontrarme con la cara sonriente y engreída de Nick Moore.

—Te dije que lo conseguiríamos —se burla.

—Menudo imbécil arrogante —le respondo, pero cuando nos damos la mano, todo el respeto y la estima que hemos aprendido a sentir el uno por el otro se traspasa en nuestras miradas.

El momento se ve interrumpido por un periodista del campus que se acerca a nosotros para hacernos algunas preguntas sobre el partido, las expectativas de futuro y el feeling que se ha creado en la cancha entre nosotros, los jugadores, a pesar de las dificultades iniciales.

—Espero que estés listo —me murmura mientras nos acercamos para una rápida palmada en la espalda para las cámaras antes de que el reportero se aleje para entrevistar a otra persona.

Cuando me doy la vuelta, debe de notar mi mirada confusa, porque inclina la cabeza hacia el banquillo y veo que el entrenador, con una sonrisa pícaro en la cara, me hace señas para que me acerque a él.

—¿Para qué? —pregunto.

—Vamos —responde siseante antes de girarse y marchar hacia el entrenador—. Aquí vamos, estamos listos.

—Bueno, te están esperando en la sala de reuniones.

Oh, joder.

Ya está.

Estamos realmente allí, ¿no?

—Sí, chico. Estás ahí de verdad, entra y recibe lo que te mereces.

—Buenas noches, caballeros —empezó el Sr. Nelson, el ojeador de los Browns al que no había visto en meses, mientras se levantaba—. Gran partido el de esta noche, han hecho historia para esta universidad.

—Gracias, señor —respondemos Nick y yo al unísono, tomando asiento al otro lado de la mesa de conferencias que llena la sala de reuniones.

Mi mirada se fija en el hombre con traje que nos observa en silencio, y tengo que tragarme el nudo que se me forma en la garganta.

Kurt Haslan, el dueño de los Cleveland Browns.

El hombre que podría, literalmente, cambiar mi vida.

—No queremos quitarles demasiado tiempo, hemos visto el esfuerzo que han hecho y nos imaginamos que estarán listos para revolversse en la ducha —lanza una rápida mirada al hombre que tiene a su lado, que asiente casi imperceptiblemente.

—Vamos al grano: estoy aquí con el señor Haslan porque los Cleveland Browns estarían encantados de ofrecerles a ambos un contrato de cuatro años, renovable y revisable en términos económicos en función del rendimiento —explica, deslizado hacia nosotros dos carpetas llenas de papeles.

Cada uno coge uno y empieza a hojear lo que tiene delante, a hacer preguntas, a plantear exigencias y a expresar preocupaciones.

Al cabo de diez minutos, ambos firmamos y somos oficialmente dos nuevos jugadores del equipo de Cleveland, estrechamos la mano de los hombres, que abandonan la sala, dejándonos solos y emocionados.

—Oh vaya —murmuro aún asombrado.

—Sí —se ríe Nick, dándome una palmada en la espalda que amenaza con hacerme escupir un pulmón—. Somos putos jugadores de fútbol profesionales.

—Mierda —repito.

Creo que es todo lo que podré decir durante un tiempo.

Nick se ríe de nuevo.

—Vamos, nos espera una fiesta y ahora los motivos para celebrarlo se acaban de duplicar.

—Um... —empiezo, lanzándole una mirada nerviosa—. Voy a buscar a Savannah.

Cierro los ojos un momento, esperando el regaño que me va a echar como buen hermano mayor, pero cuando solo oigo silencio, abro lentamente los ojos y lo encuentro sonriendo y con expresión satisfecha.

—Eres un cabrón con suerte, ¿sabes? —me pregunta.

—¿Se supone que debo saber a qué te refieres?

—Hmm, supongo que lo averiguarás pronto. Hasta mañana, Jones. Y, recuerda si...

—Solo si me atrevo a hacerla sufrir, tendrás mi cabeza —concluyo para ella—. No te preocupes, prefiero morir antes que volver a hacerle daño.

Me lanza una mirada seria e intensa, muy distinta de la del tipo que hace un momento se reía a carcajadas, luego asiente y se va.

Supongo que esa es mi señal para ir a buscar a mi novia.

30. SAVANNAH

Hace años que no veo jugar a mi hermano —reflexiona Helena cuando entramos en el estadio.

—Vaya, lo siento. Estoy tan acostumbrada a ver jugar a Nick que me dolería no volver a hacerlo —respondo.

—Sí... —Su voz se apaga por un momento, luego se reanuda más alegre que antes—. Bueno, espero poder verle jugar todas las semanas a partir de ahora —se ríe.

—Desde luego que sí. Imagínate cuando llegue a la NFL —no puedo evitar una sonrisa de oreja a oreja.

—¿De verdad crees que lo logrará?

—Estoy absolutamente segura de ello, vaya como vaya este partido. Además, los ojeadores ya se interesaron a principios de año. Si ganan, no excluyo que los fichen incluso antes de que acabe el campeonato universitario.

Con la sudadera y la gorra del equipo, y ella más abrigada que yo porque teme distraer a Hunter en caso de que la descubra entre el público, nos dirigimos a nuestros asientos, estratégicamente elegidos para no estar en las primeras filas.

La tensión que envuelve el estadio es casi palpable y me hace cosquillas en la piel como una pluma mientras espero temblorosa el comienzo del partido.

Lara sigue sin aparecer, pero estoy segura de que está recopilando las últimas noticias.

—Pareces bastante tensa —se ríe Helena y rápidamente desvío mi mirada hacia ella.

—La verdad es que sí. Aunque solo soy una novata, sé lo mucho que significa este partido para la JCU, y ésta es la primera oportunidad real de ganar que hemos tenido en años —explico con la voz llena de emoción, recordando todas las derrotas que Nick ha presenciado en años anteriores.

Solo es capitán desde el año pasado, y la defensa nunca ha sido la mejor zona de los *Blue Streaks*, pero hoy tienen algo diferente. Un hambre increíble. Un ataque formidable. Una defensa meticulosamente preparada.

Pueden hacerlo.

—Aquí estoy, aquí estoy —oigo la voz traspasada de Lara acercándose justo cuando el partido está a punto de empezar y el público ya ha empezado a corear estribillos.

Los aficionados contrarios también se hacen oír y, pronto, el bullicio en el estadio es alto y casi ensordecedor.

—¿Te has enterado de algo? —le pregunto a Lara.

Me hace un guiño conspirador y se inclina para susurrarme:

—Entre el público está el ojeador oficial de los Browns, pero se rumorea que incluso el dueño podría estar presente.

—¿Está Kurt Haslan aquí? —susurro asombrada.

—Eso parece.

—Mierda, esto podría significar... —empiezo, pero entonces se me quiebra la voz ante la oportunidad que esta noche tienen mi hermano y el hombre al que amo de hacer realidad el

sueño de toda su vida.

—Ahí están, entrando —Helena señala el lugar donde entra primero el equipo de Mount Union y, unos minutos después, nuestros chicos.

No puedo evitar saltar para aplaudir y vitorear los nombres de Nick y Hunter.

—¡Vamos, Nick! ¡Vamos, Hunter! ¡Hagan que coman polvo!

Oigo las risitas de Helena y Lara, mientras mi mejor amiga se inclina hacia la hermana de mi novio para burlarse de mí.

—Como has podido ver, es una fan bastante loca.

—Sí —responde Len—. Me encanta su entusiasmo —se ríe entre dientes.

—Búrlense de mí todo lo que quieran, pero las vibraciones positivas son de gran ayuda —replico, sacándoles la lengua. Y sí, me estoy comportando como una niña de cinco años, pero animar es algo serio y debe tratarse con todo el transporte del que soy capaz.

Sobre todo, cuando hay tanto en juego.

En el tercer cuarto, Nick hace un buen pase a Mick, que consigue avanzar varios metros antes de ser derribado por un defensa rival del tamaño de un toro.

Qué explosión.

Me levanto un poco ansiosa y con las cejas fruncidas y respiro aliviada cuando nuestro receptor señala que está bien y puede continuar.

Los chicos están trabajando bien y en sintonía, la delantera es decente, pero necesitan más seguridad, sobre todo porque la defensa está empezando a pasar apuros.

Y eso es exactamente lo que hacen cuando en el último cuarto los guardias ofensivos colaboran para dejar cada vez más espacio a mi hermano mayor, que corre como un loco y lanza como un ángel.

Me gustaría comprobar el tiempo en el marcador, que no parece pasar lo bastante rápido, pero no puedo apartar los ojos de la acción.

—Vamos Nick, un último lanzamiento —murmuro en voz baja.

Y entonces se produce la magia. Los once hombres sobre el terreno de juego trabajan en sincronía como si fueran piezas de un rompecabezas que encajan a la perfección, creando una imagen perfecta: la de la victoria.

El comentarista grita: “¡Touchdooooown!” y unos segundos después, el árbitro hace sonar el silbato, declarando la victoria para los *Blue Streaks*.

El público está en pie, los fans enloquecidos y yo no puedo dejar de saltar y abrazar a Helena y a Lara.

—Dios mío, lo hemos conseguido. Lo hemos conseguido! —exulto, coreando los cánticos del equipo junto con la gente que me rodea.

—¡Vamos, vamos! —al cabo de unos minutos, Lara nos insta a seguirla escaleras abajo y luego hasta la entrada del túnel que conduce a los vestuarios.

Saludo a unos tipos de seguridad que nos dejan pasar sin preguntar. *La belleza de ser la hermana pequeña del capitán del equipo local.*

—Chicas —nos saluda el entrenador Davies al llegar a las inmediaciones de los vestuarios, y me detengo de repente al notar la expresión alegre que luce.

Que me jodan, nunca he visto sonreír a este hombre en los cuatro años que Nick lleva en la JCU.

—Hola, entrenador. Una victoria histórica, ¿eh?

—Sí, un resultado muy bueno para un equipo en gran forma.

Vale, definitivamente algo va mal.

Nick siempre me ha dicho que Davies siempre encuentra margen de mejora, incluso en las victorias más aplastantes.

¿Qué demonios le pasa?

—¿Todo bien, entrenador?

Me responde guiñándome un ojo y casi se ríe como un niño pequeño.

—Todo va genial, Moore.

Oh, mierda.

—Han firmado —no es una pregunta, es la única razón por la que Davies podría estar *tan* alegre.

—¿Qué? —susurran asombradas las dos chicas que están detrás de mí.

No sé a qué se refiere, Moore, y aunque lo supiera no podría responderle, pero estoy segura de que en breve podrá preguntar a los interesados.

—Disculpenme —se despidió y casi trotó alegremente por el pasillo hacia la sala de periodistas.

—Bueno, iremos a escuchar lo que dice Davies a los periodistas y te dejaremos unos minutos a solas con Hunter —propuso Lara con una mirada interrogativa a Helena.

Ella asiente y luego me sonrío.

—Sí, pero no te lo tomes con demasiada calma. Me muero por volver a abrazarle.

Asiento con la cabeza y las veo desaparecer por el pasillo hablando entre ellas, me alegra que Len esté haciendo nuevos amigos y que Lara esté entre ellos.

—Ojos Grandes.

La voz de Hunter hace que se me pare el corazón y, cuando me doy la vuelta, tengo que contenerme físicamente para no saltar a sus brazos y compartir mi alegría por su futuro y la sorpresa que le espera.

Está guapísimo con el pelo aún recién duchado y la expresión radiante.

—Hola —le saludo y esa sola palabra basta para revelar hasta qué punto mi voz tiembla de emoción.

Avanza lentamente sin apartar sus ojos de los míos y cuando se acerca a un paso de mí, su mirada está llena de una devoción inquebrantable.

—Perdóname, Sav, fui un imbécil. Creí que te protegía, pero en lugar de eso solo conseguí hacerte daño, arruinando lo más preciado de mi vida —extiende una mano para coger la mía y, cuando hacemos contacto, mi cuerpo parece volver a la vida después de un sueño interminable.

Se me llenan los ojos de lágrimas de alegría y solo quiero que me abrace, pero necesito que entienda que no soy una niña a la que hay que proteger, sino su igual.

—Prométeme que confiarás en mí en el futuro y que afrontaremos juntos las dificultades que nos ponga la vida.

—Te lo prometo, Sav. Te juro que me he dado cuenta de mi error y que nunca más permitiré que nada se interponga entre nosotros —se acerca aún más y apoya su frente en la mía.

Quizá debería hacerle sudar más por mi perdón, hacerle ver lo profundamente que me hirió su comportamiento, pero ahora mismo, solo puedo pensar en el vacío que sentí cuando estuvimos separados y no quiero volver a sentirme así.

Me pongo de puntillas y poso mis labios sobre los suyos.

—No me hagas más daño, Hunter.

—Te lo juro, Sav. Pasaré el resto de mi vida enmendándome, porque no puedo pensar en pasar ni un día más sin ti, sin *nosotros*. Te amo, Ojos Grandes.

Me besa suavemente y, por un momento, el mundo que nos rodea se desvanece en el fondo. El

tiempo parece detenerse mientras nos abrazamos, nuestras almas se encuentran, se completan.

Contengo un sollozo y retrocedo un poco, tengo algo importante que decirle.

—Tienes que saber algo.

Hunter palidece y la preocupación invade su mirada.

—¿Está todo bien?

—Genial, la verdad —le tranquilizo, estrechando la mano que aún sostiene la mía—. Me he esforzado demasiado -y Nick me ha echado una mano- para darte una sorpresa y espero que te alegre tanto como a nosotras.

—¿Nosotras? —repite Hunter asombrado.

—Hola, hermano mayor.

La voz de Helena tiene el poder de desestabilizar la expresión y la mirada de Hunter, que se desplaza por encima de mi hombro, volviéndose primero estupefacta, luego incrédula y finalmente desbordante de felicidad.

—¿Len? —pregunta confirmando como si no pudiera creer lo que ve.

Ella le sonrío y yo me aparto justo a tiempo antes de que salte a sus brazos y se aprieten entre lágrimas y risas.

—¿Cómo es posible? —preguntó Hunter.

—Tienes que preguntarle a tu novia, hermano mayor. Lo más importante, sin embargo, es que nos deshicimos de esos dos monstruos de una vez por todas.

Los ojos de Hunter se dirigen a los míos en busca de confirmación y yo me limito a asentir.

—Te lo explicaré todo más tarde. Ahora es momento de celebrar.

31. HUNTER

—¿Estás lista? —pregunta Lucas desde la puerta mientras compruebo mi imagen en el espejo por 200ª vez.

—Cómo siempre en la vida —me tiembla un poco la voz y espero que mi amigo no se dé cuenta.

Lucas se ríe y sacude la cabeza.

Supongo que no tengo suerte.

—¿Qué?

—Pareces un poco nervioso, hermano.

—Vete a la mierda, me siento muy bien.

—Sí, claro.

—¿Por qué demonios sigues en mi habitación?

—Con decirte que mi coche está tan limpio como cuando salió del concesionario, *amigo desagradecido* —se burla de mí.

Sí, firmé un vertiginoso contrato con la NFL, pero sigo siendo un tipo pobre que vive de una beca deportiva y nunca ha tenido coche.

Tendré que compensarlo con mi primer sueldo.

A esto y a un par de cosas más que podrían hacer más feliz a mi novia.

—Gracias, hombre, te debo una.

—No te preocupes, ya sé cómo compensarme —se burla.

Le miro a través del espejo con una ceja arqueada mientras termino de ajustarme los puños de la camisa que llevo puesta.

—Lo compensarás con entradas para el primer partido en casa, asientos VIP, por supuesto.

Me río entre dientes, una parte de mí aún no se da cuenta de que dentro de unos meses jugaré en el *First Energy Stadium*.

—No creo que haya ningún problema.

—Oh, escucha eso. *No creo que haya ningún problema* —imita mi voz y lo hace tan bien que me río a carcajadas.

Me pongo la chaqueta y suelto un profundo suspiro, al darme cuenta de lo que ha hecho mi amigo.

Me acerco a la puerta y, al pasar junto a él, le doy una palmada en la espalda.

—Gracias, amigo.

Lanza una mirada de inocencia fingida y levanta las cejas como si no tuviera ni idea de lo que estoy hablando, como si yo no estuviera mucho más relajado ahora que hace cinco minutos.

—¿Y de qué? No he hecho nada más que lavar un coche. Ahora ve a buscar a tu novia.

Y no hace falta repetir dos veces que salgo volando por la puerta y corro hacia mi coche, ansioso por alcanzar a la chica que hace latir mi corazón y que me ha permitido recuperar la esperanza de que merezco una buena vida.

Cuando llego a su dormitorio y la veo cruzar el umbral con una coleta alta, vaqueros ajustados

y una sudadera de los *Blue Streaks*, el corazón me empieza a latir tan rápido que me llega a la garganta y, si lleva mi nombre en la espalda, temo que me provoque un infarto masivo.

—Dios, estás preciosa —suspiro mientras ella sube al coche, sonriendo. No puedo resistirme más, me inclino hacia ella y rozo sus labios con los míos—. Te amo, Ojos Grandes.

Desde que me ha perdonado y ha vuelto definitivamente a mi vida, no tengo frenos. Necesito decirle lo que siento y estar lo más cerca posible de ella, todos mis muros han caído y soy un libro abierto para ella.

Por no hablar de que ya no tener que esconderse de su hermano ayuda mucho a sentirse más tranquilo.

—Gracias, a ti también te queda muy bien esta camiseta. ¿Estoy demasiado informal así? —pregunta con fingida inocencia, señalando la sudadera.

Le lanzo una sonrisa sarcástica y me inclino hacia ella hasta rozarle la oreja.

—Si esta sudadera tiene mi número, puede que te obligue a llevarla el resto de tus días —me río.

—Oh, ¿solo esta? Y yo que esperaba uno de los *Browns*.

Me guiña un ojo y la veo con su vestido blanco, con su barriguita de embarazada, con nuestros hijos en brazos, con sus primeras canas, con mi mano entre las suyas mientras vemos a nuestros nietos jugar juntos.

Vale, cálmate.

Dejo escapar un profundo suspiro, pero le sonrío, intentando no asustarla con la seriedad de mis palabras.

—Puedes tener todas las sudaderas que quieras, de todos los equipos que quieras... mientras siempre lleve mi número.

—Siempre —reitera y se inclina para sellar esta promesa con un dulce beso.

Unas horas más tarde, me giro para verla escuchar atentamente al grupo que actúa esta noche en el *Salón de la Fama del Rock and Roll* y no puedo evitar sentirme un cabrón con suerte.

Cuando organicé nuestra primera cita, pensé que me gustaría hacer con ella todas las cosas de las que tuvimos que privarnos durante el primer periodo de nuestro noviazgo: por eso la llevé al cine, luego a comer al West Side Market -donde probó una extraña combinación de comida italiana, mexicana y china- y finalmente, tras un agradable paseo por la orilla del lago a pesar de la temperatura algo fresca, vinimos a escuchar música *rock romántica*, que descubrí que era uno de los géneros favoritos de Savannah.

Mi chica polifacética.

—Siento que me miras —dice en voz alta para que se le oiga a pesar de la música alta.

—Porque eres un espectáculo para la vista.

—Hmm, ya me has ganado de nuevo, Hunter, no hay necesidad de jugar tus mejores frases para ligar.

Resoplo una risita y le doy un golpecito en la nariz.

—Es bueno saberlo, ¿y cómo me fue organizando la cita? ¿Pasé el examen?

Me lanza una mirada, me escruta con curiosidad y siento un escalofrío que me recorre la espalda.

—Sabes, casi parece que lo tuyo no es ironía, sino que realmente quieres saberlo.

Siento un repentino calor en la cara y temo estar ruborizándome. *Mierda, ¿los tipos también pueden sonrojarse?*

—Así es, ¿no? ¿Qué, tienes miedo de haber perdido tu ventaja?

Bueno, he decidido que quiero ser un libro abierto con ella, así que solo puedo decirle la verdad:

—En realidad, ésta es la primera cita en la que he estado. De hecho, sería más exacto decir que es mi primera cita en general.

Si no me avergonzara *un poco*, sería casi cómica la forma en que abre mucho los ojos y sus labios adoptan la forma de una “o” perfecta.

—Yo... creo que no entiendo... ¿hablas en serio?

Me limito a asentir.

Y su boca se abre en la más brillante de las sonrisas.

—Oh, qué dulce —luego se aclara la garganta y, con aire serio, dice—: Así que, señor Jones, me complace informarle de que esta cita es poco menos que perfecta. Espero que se repita —añade, guiñándome un ojo y poniendo una mano estrecha sobre mi muslo.

Me inclino hasta rozar su oreja.

—¿Sigo considerándome dulce si te digo que ahora tengo una necesidad visceral de estar dentro de ti y hacerte gritar mi nombre hasta que no recuerdes nada más? —Por si fuera poco, trazo el contorno de su lóbulo con la punta de la lengua y siento cómo se estremece.

Cuando retrocedo un poco, me alegra ver que ahora somos dos los que nos sonrojamos.

—Llévame a casa, Jones —murmura contra mis labios.

—Con mucho gusto, Moore —dejo una nota en la mesa, la cojo de la mano y salimos de allí sonrientes y felices.

32. SAVANNAH

Siento que vuelo, me mareo y creo que los músculos de mis mejillas están permanentemente bloqueados en una sonrisa.

Esta velada fue sencillamente magnífica en su sencillez y aún no puedo creer que fuera literalmente la primera cita de Hunter.

Sobre todo, aún no puedo creer que se haya abierto a mí hasta el punto de contarme algo que le avergüenza, a juzgar por cómo se sonrojó.

No estoy segura de que sea plenamente consciente de ello, pero Hunter está cambiando y el cambio va más allá de sus interacciones conmigo. Durante las celebraciones posteriores al partido contra Mount Union, le vi más compenetrado con sus compañeros de equipo, además del ya fuerte vínculo que ha establecido con Lucas y, en cierta medida, con Nick.

No puedo evitar una abrumadora sensación de orgullo. Siento que he sido testigo del descubrimiento de un tesoro escondido, de la revelación del verdadero Hunter. Y me siento privilegiada por ser la persona que él eligió para compartir este viaje.

Juntos nos hemos enfrentado, y estoy segura de que seguiremos haciéndolo, a las complejidades de nuestra relación, abrazando la vulnerabilidad que surge al soltar las máscaras. La transformación de Hunter es un testimonio del poder del amor, la fuerza curativa que desvela nuestras inseguridades más profundas y revela nuestra belleza interior.

Atrás quedaron los días de la fachada malhumorada. En su lugar, emerge un hombre más fuerte y auténtico que nunca. Se ha dado cuenta de que el amor requiere vulnerabilidad y está dispuesto a dar ese salto conmigo a su lado.

Aprecio cada momento de esta transformación, saboreo su ternura, su intimidad y la profundidad del vínculo que crece entre nosotros.

Ahora, por fin, somos libres para ser una pareja a la luz del sol, listos para afrontar todos los retos que nos esperan.

—Pareces muy pensativo en este momento, ¿te gustaría compartir lo que estás pensando?

Vuelvo al presente y me doy cuenta de que Hunter ha aparcado en la entrada y me mira con intensidad.

—Um, ¿cuánto tiempo hemos estado aquí?

—Un par de minutos —responde—. Pero estabas tan guapa toda concentrada que aproveché para deleitarme la vista.

Sonríó y sé que me ruborizo un poco.

—Qué tierno —bromeo, pero la atención que me presta desde que volvimos a estar juntos me produce secretamente mucho placer.

Me gusta cómo me mira, su mirada llena de adoración y asombro. En los momentos vulnerables, comparte sus miedos e inseguridades, confiándome sus emociones más profundas. Baja la guardia y me permite ver las partes más tiernas de su alma, sin perder su particular sentido del humor.

Alargo una mano y entrelazo mis dedos con los suyos, notando el contraste entre nosotros

mientras me acaricia la espalda con el pulgar. Siento mi mano diminuta en la suya, más grande y más fuerte.

También me gusta esto, la forma en que me hace sentir protegida y mimada.

—Por la sonrisa que tienes ahora, no parece importarte.

Sacudo la cabeza y le sonrío.

—No me importa en absoluto, de hecho, me hace muy feliz. Es solo que aún tengo que acostumbrarme a lo nuestro, a no tener que esconderme, me parece todo tan increíble —intento explicarle la tormenta de emociones que siento y él asiente.

Él me entiende.

Claro que sí, nuestra armonía siempre ha sido natural e inmediata.

—¿Entramos? —le pregunto, aunque estaría dispuesta a pasar el resto de la tarde aquí sola en el coche charlando de sueños y planes de futuro, a pesar de que una parte de mí tiene miedo de no saber qué nos esperará cuando él sea un futbolista profesional hecho y derecho.

Me acaricia la frente con la punta de los dedos.

—Cuando algo no te sienta bien, te sale una arruguita aquí, señorita Moore, ¿quieres decirme qué te molesta?

Me llevo la mano libre al pecho, fingiendo horror.

—¿Por casualidad estás diciendo que tengo arrugas?

Nos echamos a reír y me atrae hacia él para estrecharme en un abrazo, el calor de su cuerpo me envuelve como una suave manta y me derrito contra su pecho.

—Eres preciosa, Ojos Grandes —la verdad que rezuma cada palabra me emociona y siento un nudo en la garganta por la felicidad que siento—. Pero, antes de entrar, necesito que sepas lo que eres para mí.

Me alejo un poco para mirarle y veo que se tensa, que aún le cuesta abrirse sobre sus sentimientos.

—No es necesario, Hunter —le tranquilizo, pero él niega con la cabeza incluso antes de que termine de hablar.

—Sí, yo creo que sí.

Mete la mano libre en el bolsillo del pantalón y saca lo que parece una cajita de terciopelo para... ¿un anillo?

¿Pero qué...?

Abro mucho los ojos y me llevo la mano libre a la boca, pero él no presta atención a mi asombro.

—Savannah Moore, eres mi refugio, mi hogar, el santuario en el que soy libre de sentirme vulnerable despojándome de la coraza que me protege en el trajín diario de tratar con la gente.

Empiezo a verlo borroso y me doy cuenta de que tengo los ojos llenos de lágrimas.

—Déjame convertirme en tu escudo, en tu refugio seguro, en el oasis de protección y libertad donde podrás ser lo que quieras ser: la dulce y vulnerable niña de ojos grandes o la decidida y fuerte Sav que no se detendrá ante ningún obstáculo. Te prometo que no dejaré que mi pasado empañe el vínculo que compartimos y haré que te sientas querida y protegida todos los días de tu vida —continúa y su voz se vuelve ronca por la emoción mientras unas lágrimas escapan a mi control y recorren mi rostro.

Abre la cajita y dentro hay una llave.

¿Una llave?

—La de la cajita es solo simbólica porque, en realidad, es la llave de esto —explica, agachando la cabeza en dirección a la casa que comparte con el equipo—. Pero, ¿te gustaría

venir a vivir conmigo?

Sonrío, feliz y un poco aliviada de que no me haya hecho una pregunta más desafiante para la que no creo que hubiera estado preparada.

—Sí —asiento frenéticamente y él me atrae hacia sí, secándome las lágrimas con los labios, antes de reclamar mi boca.

—Genial, entonces tendremos que ir a elegir una casa en cuanto reciba mi primer anticipo —se ríe entre dientes, antes de acercarse más a mi oído—. Y luego, cuando estés lista, te haré también la *otra* pregunta, Savannah Moore, porque eres toda mía para siempre.

EPÍLOGO

Cuatro años después

En cuanto el árbitro pita el final del último cuarto, salgo corriendo de la cancha como si estuviera ardiendo.

Paso junto al entrenador, intercambiamos una rápida mirada y él me hace un gesto con la cabeza, entregándome mi teléfono y una sudadera limpia, antes de salir corriendo hacia el aparcamiento.

Por los fuertes pasos que resuenan detrás de mí, estoy bastante seguro de que tengo al capitán justo detrás de mí.

—Yo conduzco, Jones —confirma la áspera voz de mi cuñado, que me alcanza con un pequeño trote.

Y sí, Nick Moore se convirtió en mi cuñado cuando le propuse matrimonio a su preciosa hermanita hace dos años. Me hubiera gustado esperar a que se graduara para hacerlo, pero vivir cada día y quemar cada noche juntos me impacientaba y no pude resistirme.

Los Browns acaban de ganar el Super Bowl, un acontecimiento histórico para el equipo por no decir otra cosa, y en lugar de estar en el campo celebrándolo con mis compañeros y los aficionados, me estoy despojando de las protecciones mientras marcho hacia el aparcamiento y alcanzo el todoterreno de Nick.

Como un mecanismo bien engrasado, él abre las cerraduras y yo abro el maletero, meto el equipo y espero a que él haga lo mismo, luego abrimos las puertas de par en par y, en cuestión de segundos, cruzamos la salida del aparcamiento reservado para recorrer los quince kilómetros que nos separan del *campus principal de la Cleveland Clinic*.

Tengo el corazón en la garganta, me tiemblan las manos y noto cada gota de sudor que me recorre la espalda.

No percibo cansancio, solo una tensión nerviosa que recorre mi cuerpo, haciendo vibrar mis músculos agotados.

Quince millas parecen multiplicarse por diez a pesar de la velocidad a la que Nick atraviesa las principales calles de la ciudad semidesierta.

La mitad de la población sigue en el estadio.

Recupero mi teléfono y compruebo rápidamente mis mensajes, ignorando las diez llamadas perdidas de Lara.

Date prisa, Jones.

¿Cuánto tiempo se tarda en jugar cuatro cuartos?

Mierda, Jones, muévete.

Intentaré ser más clara: muévete de una puta vez.

Evito abrir los otros mensajes de la mejor amiga de mi mujer.

Supongo que todas pertenecen al mismo género.

—¿Qué dice? —pregunta Nick con los ojos fijos en la carretera y el pie firmemente plantado en el acelerador.

—Básicamente, que me apure.

—Mierda.

—Sí —suspiro.

—¿Estás listo?

—Ni una puta mierda —respondo sin vacilar y con voz temblorosa.

—Lo harás muy bien. Los dos lo van a hacer genial —me tranquiliza, como ha hecho varias veces en los últimos cuatro años en los que hemos compartido camiseta y vida.

—Aquí es —me informa mientras entra en el aparcamiento del centro sanitario—. Ve tú, yo buscaré aparcamiento y me reuniré contigo.

—Sí.

Ya está.

Dios mío, está pasando realmente.

Salgo del coche y paso volando por las puertas automáticas, me parece que los sonidos se amortiguan y mi cuerpo solo se mueve gracias a la memoria muscular.

No pido información, ya sé adónde ir, aunque hoy el ascensor parezca lento.

Suspiro hondo y cierro los ojos, buscando en mi interior todo el coraje que necesitaré dentro de unos minutos, y me acuerdo del rostro sonriente de mi mujer, la única mujer que tiene la capacidad de hacerme sonreír y de hacerme esperar, soñar y simplemente ser yo mismo.

En nuestros años juntos, Savannah me ha enseñado que el amor consiste en abrazar todos los aspectos de nosotros mismos, incluso los más extraños, y compartirlos con la persona que guarda nuestro corazón.

Para cuando el ascensor señala la llegada, mi respiración se ha regularizado y la determinación se ha apoderado de todas mis terminaciones nerviosas.

Salgo del cubículo como si supiera exactamente qué hacer y llego al mostrador de información.

—Buenas noches, ¿podría indicarme la habitación de la señora Jones, por favor? —le pregunto a la enfermera del mostrador.

—Sr. Jones, buenas noches. Por favor, la última habitación del pasillo, le están esperando —no necesita decir nada más para que yo corra a mi destino.

Fuera de la habitación encuentro a mi hermana un poco pálida.

—¿Está todo bien, Len?

—Mejor ahora, pero tuvo un par de momentos difíciles. De todos modos, parece que esto es todo, solo está esperando —me aprieta el bíceps y paso de ella con un beso rápido en la parte superior de su cabeza.

—Aquí estoy —empiezo al entrar en la estéril habitación blanca, encontrándome a mi mujer despatarrada y decidida a insultarme a mí, a las instituciones y a su propia mejor amiga, mientras agita la mano como si fuera su salvavidas.

—¡Ya era hora! —suspira Lara, mientras Savannah me señala amenazadoramente con el dedo.

—¡Tú! —exclama—. Aléjate de mí, mira lo que me has hecho, joder. Olvídate del sexo, no quiero volver a ver tu polla nunca más —arremete, ignorando la presencia del médico y la comadrona.

—Sí, Ojos Grandes, lo que tú quieras —respondo complaciéndola según me aconseja un artículo que leí en Internet. Alargo la mano y la cojo de la que tiene libre, dando las gracias a Lara con un movimiento de cabeza, que aprovecha para salir en cuanto Savannah engancha sus

manos en las mías—. Aquí estoy, amor.

—Ya era hora, Hunter, empiezo a tener miedo —murmura cuando me inclino y le beso la frente.

—No tienes por qué sentirte así, Ojos Grandes, no dejaré que te pase nada malo.

El médico se adelanta aclarándose la garganta.

—Es hora, Sra. Jones, debe empujar.

Los ojos de Savannah se desvían hacia los míos y veo en ellos todo el miedo que está sintiendo.

—Puedes hacerlo, amor, eres la mujer más fuerte y testaruda que conozco.

Y basta un momento para que ese miedo se convierta en determinación y empecemos a empujar para traer al mundo a nuestro primer hijo.

No queríamos saber el sexo de antemano, nos bastaba con saber que estaba sano durante las visitas programadas del embarazo.

—Un empujón más y la cabeza estará completamente fuera —nos informa el ginecólogo mientras le limpio el sudor de la frente antes de otro empujón.

—¡Aaah!

—Ya casi lo logras, cariño, vamos —le insisto.

Uno, dos, tres pujos y el tiempo parece cristalizarse, obstetra y ginecólogo trabajan en sintonía, yo murmuro dulces palabras a Savannah, que replica con amenazas e insultos, hasta que un largo y dulce gemido llena la habitación, retumba por mis venas y amenaza con reventarme el corazón de felicidad.

La comadrona se acerca, coloca un pequeño bulto sobre el pecho de Savannah y, sonriendo, nos informa:

—Es una niña.

—Mierda —murmuro, mirando a mi hija por primera vez. Nunca he visto nada más perfecto y siento un asombro casi reverencial mientras extendiendo una mano para rozarle la espalda—. Es preciosa.

Desvío la mirada hacia Savannah y la encuentro mirando embelesada a nuestra hija mientras las lágrimas corren por su rostro.

—¿Cómo la llamaremos? —me pregunta y no necesito pensarlo.

—Esperanza.

Savannah se vuelve para mirarme, acerca su mano libre a mi cara y, cuando me acaricia la mejilla, me doy cuenta de que yo también estoy llorando.

—¿Esperanza?

Asiento con la cabeza.

—La que me devolviste cuando trajiste a mi hermana de vuelta a mi vida, cuando me demostraste que mi vida no podía ser una mierda, que podía permitirme no llevar mi armadura permanentemente y que una mujer magnífica como tú podía amar a un imbécil como yo.

—Me encanta —se vuelve para mirar a nuestra hija—. Bienvenida al mundo, Esperanza Jones. Y... ¿Hunter?

—¿Sí, Ojos Grandes?

—Yo también te amo mucho.

Una sonrisa casi me parte la cara por la mitad mientras me aprieta la mano con fuerza.

—Te amo a morir, Sav, gracias por hacerme el hombre más feliz del mundo.

FIN

Agradecimientos

Por esta novela tengo que dar las gracias a tanta gente que espero no olvidarme de nadie.

A Alessandra Tronnolone y Len McCabe, que escuchan mis desvaríos y comparten con entusiasmo mis ideas más locas.

A mi marido, sin ti no podría hacer nada de esto. Eres mi roca, mi hombro, mis alas.

A mis hijas, *siempre*.

Pero el mayor agradecimiento es, sin duda, para vosotros, que leéis mis historias, me escribís y compartís con la magnífica *bookcommunity* lo que pensáis de ellas.

Gracias por darme una oportunidad en un género completamente distinto al que estoy acostumbrada: estoy aterrada y a la vez ansiosa por conocer vuestra opinión.

Una mención especial a mis lectores hispanos, siempre atentos, que acogen mis historias con calidez y pasión y siempre quieren más... ¡OS QUIERO! (y quiero gritarlo).

Hasta el próximo viaje.

SOBRE LA AUTORA

Kris Hamlet es el seudónimo de una madre, esposa y profesora de inglés que no quiere perturbar a sus alumnos (ni a sus padres).

Vive en Italia, con sus dos hijas y su marido, y le gusta pasar las tardes en el sofá entre series de Netflix y palomitas de maíz.

Come demasiado chocolate (sobre todo blanco) y llora como una fuente ante las películas románticas.

Ávida lectora de romances, lee y aprecia cada matiz.